

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS

**Explicación de los Hechos
de los Apóstoles**

Volumen I

Serie
Los Santos Padres
N.^o 18

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-2231-1991

I.S.B.N.: Tomo I - 84-7770-214

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

ADVERTENCIA

SEGÚN PARECE predicó el Santo estas Homilías entre el 400 y el 401, o sea cuando llevaba ya unos tres o cuatro años en la sede de Constantinopla como Arzobispo; y por lo mismo se encontraba en pleno vórtice de los desórdenes promovidos por Gaina y los godos en aquella ciudad imperial. El Santo había elevado a dicha sede el 2 de febrero del 398. A consecuencia de tales desórdenes, los mismos taquígrafos que tomaban las improvisaciones y también los copistas de las libreras andaban mezclados en los alborotos políticos y perturbados, como se puede ver por las infinitas variantes de los códices. Por otra parte, según testimonio del mismo Santo, en su primera Homilía, el libro de los Hechos de los Apóstoles era en Constantinopla tan desconocido que muchos ni siquiera sabían que existiera o que fuera canónico. Por tales motivos el orador se vio obligado frecuentísimamente a poner, tras de una primera explicación del texto, una segunda, de donde resulta para los actuales rectores una redacción sin energía, seca, cortada, áspera y molesta. Por lo cual hubo quienes aseguraban no ser auténticas estas Homilías. Otros afirmaron sí serlo, pero no estaban pulidas ni castigadas. Sin embargo, en las aplicaciones morales, verdadero campo oratorio del Crisóstomo, todos están de acuerdo en que son ciertamente auténticas y muy útiles. Migne asegura: *Non multas esse apud Chrysostomum conciones informandis moribus aptiores.*

HOMILIA I

Mi PRIMER tratado, oh Teófilo, lo compuse acerca de cuanto Jesús hizo y enseñó, desde sus inicios hasta el día en que fue arrebatado al cielo, tras de dar órdenes a los Apóstoles que había escogido, que aguardaban el Espíritu Santo (Hechos, 1, 1-2).

Muchos ignoraron que exista este libro y quién lo escribió y compuso. Y fue éste el principal motivo de acometer yo este trabajo, para instruir a quienes lo ignoran y no dejar que tan gran tesoro quedara escondido. Puesto que no puede ser de menor utilidad que los mismos Evangelios: tan lleno está de sabiduría, de sinceridad en sus enseñanzas y con abundancia de milagros, sobre todo los verificados por el Espíritu Santo. De modo que en adelante no leamos este libro de corrida; sino examinémoslo con cuidado sumo. Podemos ver en él cumplidas las cosas que Cristo en los Evangelios predijo, y cómo por los hechos mismos resplandece la verdad y cómo aparecen los discípulos sumamente mejorados desde que recibieron el Espíritu Santo.

En efecto: lo que le oyeron decir a Cristo: *Todo el que cree en Mí hará las obras que Yo hago y aún mayores que éstas* 1 y lo que les predijo de que serían llevadas a los tribunales ante prefectos y reyes; y que serían azotados en las sinagogas; y que pasarían trabajos intolerables, pero que se harían superiores a todo eso; y que el Evangelio se predicaría en todo el orbe; todo eso, lo repito, exactísimamente cumplido puede verse en este Libro; y aún más de lo que el Señor conversando con los discípulos les había dicho. Verás en este Libro a los Apóstoles, a la manera de aves, recorriendo con su vuelo las tierras y los mares; y los verás a ellos, antes tímidos y rudos, cambiados en otros hombres repentinamente, y que ya desprecian las riquezas y la gloria, y hechos superiores a las pasiones de la ira, la concupiscencia y todas las demás. Hallarás entre ellos suma concordia y nada de envidia, aunque antes la hubo; y nada de querellas por el anhelo del

primado, sino en todo un diligente cultivo de la virtud, y la brillante caridad de ahí derivada.

Acerca de esta virtud Jesús les había dado apretados mandamientos diciéndoles: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis los unos a los otros*². Por otra parte, se encuentran en este Libro algunas verdades que si él no se hubiera escrito, no habrían quedado tan claras y manifiestas. Más aún, habría quedado oscuro y oculto lo que viene siendo como cabeza y origen de nuestra salud, así en lo referente a ordenar nuestra vida como en lo tocante a los dogmas.

La mayor parte del libro contiene las empresas de Pablo, quien trabajó más que todos. Y la razón es porque su autor, el bienaventurado Lucas, fue su discípulo, cuya virtud puede comprobarse tanto por muchos ejemplos como porque continuamente anduvo al lado de su maestro. Como se apartaran de Pablo Demas y Hermógenes, uno a Galacia y el otro a Dalmacia, oye lo que Pablo afirma de Lucas: *Sólo Lucas queda conmigo*³. Y escribiendo a los corintios, dice de Lucas: *Cuyos méritos en la predicación del evangelio, conocen todas las iglesias*⁴. Y cuando dice: *Se apareció a Pedro y luego a los Doce*⁵; y también: *Conforme al Evangelio que recibisteis*,⁶ habla del Evangelio de Lucas. De manera que no se equivocará quien atribuya el Evangelio suyo al mismo Lucas; y cuando digo al mismo entiendo a Cristo.

Y si alguno preguntara ¿por qué no escribió todas las hazañas de Pablo, pues estuvo con él hasta el fin? responderemos que con lo que escribió había lo bastante para quienes quieran atender. Aquellos varones se ocupaban en lo que más urgía y no tenían ansias de escribir. Y así muchas cosas no las dejaron escritas, sino que por Tradición nos las transmitieron. En resolución, que en este libro todo es admirable, pero en especial aquella modestia en las palabras de que usaron, inspirándolos el Espíritu Santo, cuando los Apóstoles explicaron la economía de la redención. Así, habiendo narrado tantas cosas y tan maravillosas acerca de Cristo, dijeron muy poco sobre su divinidad; mientras que muchos se alargaron en lo tocante a su Humanidad, como fue de su Pasión, de su Resurrección y de su Ascensión a los cielos.

Es que su principal intención consistió en que se creyera en la Resurrección del Señor y en su Ascensión a los cielos. Así como Cristo lo primero que procuraba demostrar era su origen del Padre, así los Apóstoles se alargan en la narración de la Resurrección, la Ascensión y que regresó a Aquel de quien había venido. Y esto porque si a

esas cosas no se daba fe, tras de realizarse la Resurrección y la Ascensión, el dogma todo de la Redención habría parecido increíble a los judíos. Así este libro, poco a poco y sin sentir, los va elevando a cosas más altas.

En Atenas Pablo llama a Jesús simplemente hombre. Y con razón, pues si a Cristo cuando hablaba de su igualdad con el Padre con frecuencia intentaron lapidar y lo acusaban de blasfemo, difícilmente los atenienses habrían aceptado de unos pecadores la otra afirmación, sobre todo habiendo precedido la curcifixión. Mas ¿para qué hablo de los judíos cuando los mismos discípulos, si oían verdades más altas con frecuencia se conturbaban y escandalizaban? Por lo cual Jesús les decía: *Muchas cosas tengo aún que deciros, pero por ahora no las podéis comprender*⁷. Si ellos, que tanto tiempo llevaban de convivir con Jesús, no las podían comprender, aun tras de participar en tantos arcanos secretos y ver tantos milagros, ¿cómo habrían repentinamente aceptado los altos discursos acerca de los dogmas, hombres recientemente arrancados de sus altares, de sus ídolos y de sus sacrificios, y de los gatos, los cocodrilos (pues eso era lo que veneraban), y en una palabra de todos sus otros males?

¿Cómo los habrían aceptado los mismos judíos, aunque cada día recibían las enseñanzas de la Ley que les repetía: *Oye, Israel: El Señor tu Dios es un solo Señor y fuera de El no hay otro*⁸; y que por otra parte habían visto a Jesús crucificado y sepultado, pero no lo habían visto resucitado? Sobre todo, si oyeron que era Dios e igual al Padre ¿acaso no habrían de recalcitrar y alejarse? Por tal motivo los Apóstoles, lentamente y sin sentir, los van elevando y se atemperan a ellos en muchas cosas. En cuanto a los Apóstoles, disfrutan ahora de más abundante gracia del Espíritu Santo y llevan a cabo prodigios, mayores que los que obró Jesús, y los hacen en nombre de El: todo para levantar de la tierra a los otros que yacen y hacer que otros crean en la Resurrección.

Porque este libro es antes que nada una demostración de la Resurrección y si a ésta se le da crédito, todo lo demás irá fácilmente adelante. Así que, para decirlo en resumen, la finalidad y materia de este Libro es esa sobre todo. Pero oigamos ya su proemio. *Mi primer tratado, oh Teófilo, lo compuse acerca de cuanto Jesús hizo y enseñó*. ¿Por qué le recuerda a Teófilo su Evangelio? Para demostrarle su acuciosidad. Porque al comienzo de ese Evangelio, dice: *Me ha parecido también a mí, después de haberlo investigado todo con diligencia*

cia desde los orígenes, escribírtelo ordenadamente. Y no contento con su propio testimonio, en todo se refiere a los Apóstoles diciendo: *Según nos lo transmitieron quienes desde el comienzo lo presenciaron y fueron luego constituidos ministros de la predicación.* De modo que habiéndose ya mostrado fidedigno en su Evangelio, no necesita ahora confirmar eso de nuevo, pues ya está persuadido Teófilo y cuidadosamente instruido, en aquel otro Libro, sobre la verdad exacta de las cosas.

Y es cosa clara que si se ha dado fe a quien escribe como testigo de oídas, mucho mejor se le ha de creer cuando escribe, no de lo que oyó de otros, sino de lo que personalmente vio y oyó. Como si dijera: Si lo que he dicho acerca de Cristo lo aceptaste y lo creíste, mucho mejor aceptarás y creerás lo que de los Apóstoles voy a referir. Mas ¿es acaso este Libro una simple historia en que en nada participa del Espíritu Santo? De ningún modo. ¿Cómo podía ser eso? Todo cuanto nos transmitieron los testigos presenciales, como ministros de la predicación, era del Espíritu Santo.

Entonces ¿por qué no dijo: Como nos lo transmitieron los que recibieron el Espíritu Santo, sino: Los que desde el principio fueron testigos oculares? Porque sobre todo es fidedigno lo que narran testigos presenciales; además de que esa otra forma tenía un resabio de pretensiosa arrogancia ante los necios. Así el Bautista decía: *Yo lo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios*⁹. En cambio, Cristo a Nicodemo, aún rudo e ignorante, le dice: *Hablamos lo que sabemos y testificamos lo que hemos visto, pero nadie acepta nuestro testimonio*¹⁰. Y también, demostrando que muchas cosas se afirman por el testimonio de los ojos, les dice a los discípulos: *También vosotros daréis testimonio, ya que desde el principio estáis conmigo*¹¹.

También los Apóstoles con frecuencia hablan en el mismo sentido: *Testigos nosotros y el Espíritu Santo que Dios dio a los que creen en él*¹². Y Pedro, para hacer creíble la resurrección dice: *Nosotros los que con El comimos y bebimos*¹³. Pues más fácilmente se aceptaba el testimonio de quienes habían convivido con Jesús, por estar los oyentes aún muy lejos del conocimiento del Espíritu Santo. Igualmente Juan en su Evangelio decía haber él mismo visto, cuando hablaba de la sangre y agua, poniendo el testimonio de la vista como supremo. Sin embargo, más cierto es que lo que se ve lo que viene del Espíritu Santo, aun cuando esto no lo parezca así a quienes no creen.

Y que Lucas participara del Espíritu Santo es cosa clara por mu-

chos capítulos: los milagros que entonces se obraban; que en ese tiempo todos participaban del Espíritu Santo; el testimonio de Pablo que dice: *Cuyos méritos en la predicación del Evangelio conocen todas las iglesias*. Consta además por su elección, pues Pablo añade en seguida: *Fue designado por voto de las iglesias como compañero nuestro de viaje en esta obra que nosotros administrámos*. Advierte cuán lejos está de toda pretensión. Porque no dice: El primer Evangelio que prediqué, sino: que *compuse mi primer tratado*, pensando ser excesiva la denominación de *Evangelio*. Y esto aun cuando con ella lo celebra luego Pablo cuando dice: *Cuyos méritos en la predicación del Evangelio*.

Lucas, por su parte, se expresa con modestia, y dice: *Mi primer tratado, oh Teófilo, lo compuse acerca de cuanto Jesús hizo y enseñó desde sus inicios*. Y no dice de todo en absoluto, sino desde que comenzó Jesús hasta el fin; como si dijera: Hasta el día de su Ascensión. Juan manifiesta ser imposible escribirlo todo. Y para declararlo, después de haber dicho: *Cosas que si cada una se hubiera de escribir ni el mundo podría contener*, luego añadió: *los libros que tendrían que escribirse*¹⁴. Preguntarás: entonces ¿cómo Lucas escribe todo? Respondo: no dijo que todo en absoluto, sino: *acerca de todo*. Como si dijera: en resumen o en general; o también: de todo lo que conviene o urge. Y explica en seguida ese: *de todo*, diciendo: *Lo que Jesús hizo y enseñó desde sus inicios*, dando a entender los milagros y la doctrina; y también que con las obras enseñaba.

Observa además el ánimo de Lucas, bondadoso y apostólico, pues por sólo aquel Teófilo se echó a cuestas el escribir el Evangelio todo, obra cuidadosísima. Y continúa: *Para que tengas cabal conocimiento de la solidez de la doctrina que has aprendido*. Procede así Lucas porque había oído a Cristo decir: *No es voluntad de mi Padre que perezca ni uno de estos pequeñuelos*¹⁵. ¿Por qué no escribió todo en sólo un Libro que remitiera a Teófilo, sino que repartió la materia en dos Libros? Lo hizo para mayor claridad y para procurar mayor descanso al oyente. Aparte de que la materia de ambos Libros es diversa.

Considera cómo Cristo con sus obras añadía credibilidad a sus palabras. Exhortaba a la humildad diciendo: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón*¹⁶. Enseñaba la pobreza y en sus obras la mostraba, pues dice: *El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza*¹⁷. Ordena amar a los enemigos y lo enseñó en la cruz cuando rogó por los que lo crucificaban. Decía: *A quien quiere pleitear conti-*

*go y llevarte la túnica, ofrécele también el manto*¹⁸. Y El ofreció no solamente su manto, sino su sangre. Y lo mismo ordenó hacer a sus discípulos. Por lo cual decía Pablo: *Según el modelo que en nosotros tenéis*¹⁹. Porque nada hay más frío que un preceptor cuya virtud es de solas palabras: esto no es lo propio de un maestro, sino de un hipócrita. Por lo cual los Apóstoles enseñaban, primeramente con el ejemplo y luego con las palabras. Más aún: ni siquiera necesitaban de palabras cuando las obras clamaban. Y no se equivocará quien llame actividad a la Pasión del Señor, pues padeciendo llevó a cabo la empresa admirable y grande con que acabó con la muerte y obró la Redención y todo lo demás²⁰.

Hasta el día en que arrebatado al cielo, después de ordenar a los Apóstoles que se había escogido que aguardaban la venida del Espíritu Santo. Después de ordenar por el Espíritu Santo. Es decir dándoles preceptos espirituales y nada humanos. Se ha de entender en este sentido, o bien que por el Espíritu Santo les dio órdenes. ¿Adviertes cómo aún habla Lucas de Cristo al modo humano, como Cristo lo hacía de Sí mismo diciendo: *Pues si Yo en virtud del Espíritu de Dios lanzo los demonios*²¹. Porque el Espíritu Santo obraba en Cristo hombre como en su templo.

Y ¿qué fue lo que les ordenó?: *Id y amaestrad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y enseñadlas a guardar todo cuanto os he ordenado*²². Gran alabanza es para los Apóstoles el que cosas tan grandes les fueran encomendadas; a saber: la salvación de todo el orbe. Y las palabras mismas estaban llenas del Espíritu Santo. Esto da a entender Lucas cuando dice: *Por el Espíritu Santo.* O sea: Las palabras que os he dicho son Espíritu.

Habla así para atraer al oyente al deseo de aprender los preceptos y para que se les conceda fe a los Apóstoles; pues hablarán lo que es Espíritu, o sea los preceptos de Cristo. Continúa: *Una vez que así les ordenó, fue arrebatado.* No dice: Ascendió, pues aún habla de El como de sólo hombre. Quizá después de la Resurrección enseñó esto Jesús a los discípulos; pero ninguno nos refirió minuciosamente todo lo sucedido en ese tiempo. Algo más que los otros se alarga en eso Juan, lo mismo que aquí Lucas, pero ninguno con claridad refirió todo, porque les urgía otra cosa. Lo que sabemos nos consta por los Apóstoles, que narran lo que habían escuchado.

A los cuales se les presentó vivo. Habló primero Lucas de la

Ascensión, y ahora se refiere a la Resurrección. Pues había dicho: *Fue arrebatado*, para que no pensaras que otros lo habían arrebatado al cielo, añadió: *A los cuales se presentó El vivo*. Ahora bien, si en lo que era más procedió por Sí mismo, con mucha mayor razón lo hizo en lo que era menos. ¿Observas cómo calladamente siembra aquí Lucas la semilla de altísimas verdades? *Durante cuarenta días*. Porque ahora ya no estaba con ellos continuamente como antes de la Resurrección. Advierte, además, que no dijo: Cuarenta días simplemente, sino: *Durante cuarenta días*, pues se les acercaba y se les apartaba.

¿Por qué lo hacía? Les iba levantando el ánimo a más altos ideales; y no permitía que se les aficionaran como antes. Y no lo hacía sin motivo, sino preparando con diligencia dos cosas: que se diera fe a la Resurrección y que se le tuviera como a más que sólo hombre. Ambas cosas eran entre sí contrarias. Pues para que se creyera en la Resurrección, era necesario que en muchas cosas procediera como hombre sólo; y en cambio para lo segundo, al revés. Pues bien, lo uno y lo otro se fue verificando oportunamente.

¿Por qué no se apareció a todos, sino solamente a los Apóstoles? Porque a muchos les habría parecido ser un simple fantasma, pues no conocían el secreto de su encarnación. Si los discípulos al principio no creían y se perturbaban y (casi) necesitaron tocarlo con sus manos y comer El con ellos ¿qué habrían pensado los del vulgo? Por tal motivo, mediante los milagros hace indudable la Resurrección, de manera que no sólo a los que entonces vivían, sino a todos los que vendrían después les quedara cierta y confirmada. Puesto que lo que en ellos obraban los milagros que veían, lo obraría en los venideros la fe.

Por esto de aquí argumentamos contra los infieles. Pues si Cristo no resucitó, sino que permanece muerto ¿cómo obraron los Apóstoles milagros en nombre de El? ¿O es que no obraron milagros? Pero en este caso, ¿cómo se ha congregado todo el pueblo cristiano? Porque este hecho al menos no lo negarán, ni lucharán los herejes contra lo que cae bajo el dominio de los sentidos. De modo que cuando afirman no haber habido milagros es cuando más luchan contra sí mismos. Ya que el mayor de todos los milagros sería que sin milagros el orbe todo se acogiera a la fe, ganado por doce hombres pobres y sin letras.

Aquellos pescadores no vencieron con el dinero ni con la sabiduría de sus palabras ni de otro modo semejante. De manera que los

infieles, aun contra su voluntad, tienen que confesar que había en los Apóstoles, una virtud divina. Fuerzas humanas jamás habrían tenido éxito semejante. Por esto Jesús se quedó con ellos cuarenta días después de la Resurrección: para demostrar con la larga permanencia de su vista la verdad de la Resurrección y que así no se tomara por un fantasma el Cristo que veían. Y no contento con eso, además comió con ellos, como más adelante lo dice el evangelista: *Y comiendo con ellos*. Y los Apóstoles esto alegaban siempre como argumento de la Resurrección, pues decían: *Los que comimos y bebimos con El*²³.

Y ¿en qué se ocupaba cuando se aparecía? Lo declara Lucas en lo que sigue: *Apareciéndoseles y hablándoles del reino de Dios*. Y pues andaban decaídos de ánimo y tenían que emprender en seguida grandes luchas, una vez que les habló de lo que luego sucedería, finalmente: *Les ordenó que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre*. Primero los sacó a Galilea, cuando andaban temerosos y temblando de miedo, para que pudieran escucharlo libres de todo temor. Luego, terminadas las instrucciones a las que dedicaron los cuarenta días: *Les ordenó que no se apartaran de Jerusalén*. ¿Por qué? Porque así como nadie permite a los soldados que han de combatir salir a la batalla antes de estar armados; ni se permite que los carros salgan de sus terminales antes de que estén provistos de aurigas, así Cristo no permitió que los Apóstoles comparecieran en el campo de batalla antes de la venida del Espíritu Santo, para que no fueran fácilmente vencidos por la turba de enemigos.

Además porque muchos allí en Jerusalén habían de creer; y también para que no se dijera que ellos, abandonando a sus conocidos y conciudadanos, se iban por ostentación a los extraños. Por tales motivos dan testimonio de la Resurrección allí mismo entre los que habían dado muerte a Jesús. Entre aquellos mismos, lo repito, que lo habían crucificado y sepultado; en la ciudad misma en que se había cometido aquel crimen impío; de manera que aun por aquí se les cerrara la boca a los infieles. Apareciendo en medio de los creyentes y de quienes lo habían crucificado se sacaba de ello un fortísimo argumento para la verdad de la Crucifixión y del crimen mismo y de la Resurrección.

Y para que no dijieran los Apóstoles: ¿Cómo podremos vivir entre tantos criminales y homicidas, nosotros que somos tan pocos y tan de nada? advierte en qué forma les quita semejante angustia y les resuelve la dificultad diciendo: *Sino que esperaran la promesa del Padre que de mi boca escuchasteis*. Preguntarás: ¿cuándo la escucharon?

Cuando les dijo: *Os conviene que Yo me vaya. Pues si no me fuere no vendría el Paráclito a vosotros*²⁴. Y también: *Yo rogaré al Padre y El os enviará otro Paráclito que permanezca con vosotros*²⁵. ¿Por qué no vino el Espíritu Santo estando presente Cristo, o a lo menos inmediatamente después de su partida; sino que Cristo subió a los Cielos a los cuarenta días y el Espíritu Santo no bajó hasta cumplirse los días de Pentecostés? Todavía más: si aún no había venido, ¿por qué Cristo dijo a los Apóstoles en la noche de la Resurrección: *Recibid el Espíritu Santo?* Fue para irlos preparando y hacerlos idóneos para recibirla solemnemente. Si Daniel cuando iba a ver a un ángel desfallecía, mucho más habrían desfallecido los Apóstoles al recibir un don tan grande.

Este sentido hay que dar a esas palabras, o bien decir que hablaba de un suceso futuro como si ya se hubiera realizado. Como cuando dijo: *Calcad las serpientes y los escorpiones y todo el poder del enemigo*²⁶. Pero en fin, ¿por qué no vino el Espíritu Santo inmediatamente después de la partida de Cristo? Porque era necesario que se inflamaran en deseos y así recibieran aquel don. Por tal motivo el Espíritu Santo no vino hasta que se fue Jesús. Si hubiera venido estando aún presente Jesús, no lo habrían esperado con tan grande expectación. Por igual motivo no vino en seguida de la Ascensión, sino después de ocho o nueve días.

De manera semejante, nosotros acudimos a Dios sobre todo cuando nos encontramos necesitados. Así el Bautista envió sus discípulos a Jesús al tiempo en que éstos necesitabanlo, pues Juan se encontraba encarcelado. Por otra parte, convenía que se presentara en el Cielo nuestra propia naturaleza y quedara perfecta la reconciliación y luego viniera el Espíritu Santo, y así tuviéramos un consuelo puro y sin mezcla. Si estando ya presente el Espíritu Santo y quedándose acá entre nosotros, se hubiera ido Jesús, el consuelo no habría sido tan perfecto, puesto que los Apóstoles habrían sentido tristeza al separarse de Cristo, a quien tan íntimamente se encontraban unidos.

Por esto para consolarlos les decía: *Os conviene que Yo me vaya.* Y así tarda un poco en enviar al Espíritu Santo, para que por cierto lapso experimenten la tristeza y, como ya dije, se encuentren necesitados, y así gocen luego de un placer puro y perfecto. Advierte que si el Espíritu Santo fuera menor que el Hijo, el consuelo no habría sido suficiente; y entonces, ¿cómo hubiera podido decirles: *Os conviene que Yo me vaya?* Y también se le reservó al Espíritu Santo comuni-

carles una más amplia y levantada doctrina, para que no creyeran ser El menor que el Hijo.

Considera cuán recia necesidad les impuso de permanecer en Jerusalén, al prometerles que allí se les daría el Espíritu Santo. Con semejante atadura los detiene allí a todos para que no se dispersen después de la Ascensión. Una vez que les hubo dicho: *Sino que esperarán la promesa del Padre que de mi boca habéis escuchado*, añadió: *Porque Juan a la verdad os bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo de aquí a pocos días*. Declara por aquí cuán grande sea la diferencia que hay entre El y el Bautista; y esto ya no oscuramente como antes. Porque anteriormente con mucha oscuridad había dicho: *El menor en el Reino de los Cielos es mayor que él*²⁷. Ahora más claramente afirma: *Juan os bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo*. No se apoya en el testimonio de Juan, sino que únicamente lo menciona, trayendo a la memoria lo que antes les había dicho, y dándoles a entender que son mayores que el Bautista, pues van a ser bautizados con Espíritu Santo.

Y no dijo Jesús: Yo os bautizo con Espíritu Santo, sino: *Seréis bautizados*, enseñándonos así la humildad. Pues según el testimonio de Juan, era claro que Jesús los bautizaría; puesto que había exclamado: *El os bautizará con Espíritu Santo y con fuego*²⁸. Por lo cual solamente hizo mención de Juan. Los Evangelios son la historia de lo que Cristo hizo y dijo; y los Hechos son la historia de lo que el Paráclito dijo e hizo. Ciertamente ya de antigua muchas cosas hacía el Espíritu Santo, como también ahora después muchas hace Cristo y también antes hizo. Pero antes las hacía a través del templo; ahora las hace por medio de los Apóstoles.

Descendió el Espíritu Santo al seno de María y formó allí el templo; ahora baja a las almas de los Apóstoles. Antes bajó en forma de paloma; ahora, en apariencias de fuego. ¿Por qué? Porque entonces demostraba su mansedumbre, ahora en cambio demuestra lo severo de su venganza. Y así oportunamente trae a la memoria el juicio. Cuando se trataba de perdonar los pecados, era necesaria mucha mansedumbre; pero una vez que ya recibimos el don, es tiempo de juicio y de examen. ¿Por qué dice: *Seréis bautizados*? En el cenáculo no había agua. Así se dice que Cristo fue ungido, aunque nunca lo fue con óleo, sino que recibió el Espíritu Santo. Por lo demás, podemos encontrar que también fueron bautizados con agua y esto en varias

ocasiones. Entre nosotros ambas cosas se verifican al mismo tiempo; pero entonces se hacían en tiempos diversos. Al principio fueron bautizados por Juan; y no es cosa de maravillar. Pues si al bautismo de Juan concurrieron meretrices y publicanos, sin duda que con mayor razón acudieron quienes después habían de ser bautizados con el Espíritu Santo.

Y para que no dijeran que todo se reducía a promesas, para lo futuro (pues mucho se les había anunciado a este propósito), ni tampoco pensaran que se trataba de una operación sin contenido, los saca Jesús de semejante error diciendo: *De aquí a pocos días*. No les puntuallizó la fecha con el objeto de que permanecieran siempre vigilantes; pero les dijo que sería en breve, para que no decayeran de ánimo. No lo precisó para que vivieran despiertos. Y los induce a creer no sólo por lo breve del tiempo, sino también diciéndoles: *La promesa que oísteis de mi boca*. Como si les dijera: No os lo anuncio ahora por primera vez, sino que ya os prometí lo que ahora se realizará sin falta.

Entonces ¿por qué te admirás de que no les declare el día determinado de la consumación de los siglos, cuando no quiso determinarles ni aun un día ya tan cercano? Y razonablemente lo hizo así, para que en espera vigilaran y anduvieran solícitos. Porque no, no puede disfrutar de semejante don quien no vigila. ¿No ves lo que Elías dijo a su discípulo Eliseo?: *Si me vieres en el momento en que yo sea arrebatado, se te concederá eso*²⁹; o sea se te dará lo que pides. Y también Cristo solía decir a los que se le acercaban. ¿*Crees*? Si no anhelamos fervorosamente el don, tampoco apreciaremos en mucho el beneficio. A Pablo no se le comunicó al punto la gracia, sino que se interpuso el triduo en que permaneció ciego; y mientras con el temor se purificaba y preparaba. Así como los que tiñen en púrpura, primero preparan con otras cosas la tela que ha de recibir la púrpura, a fin de que ésta no se desflore y pierda su brillo, así acá en nuestro caso Dios prepara al alma anhelosa y luego le infunde el don. Y fue este un motivo de no enviarles el Espíritu Santo inmediatamente, sino hasta Pentecostés.

Y si alguno pregunta ¿por qué nosotros no bautizamos en ese tiempo?, responderemos que el don aquel antiguo es el mismo que ahora se da; por que ahora las mentes se encuentran más elevadas y están más preparadas a causa del ayuno. Ciento que el tiempo de Pentecostés tiene en su favor una razón no vana. ¿Cuál es? Pensaron nuestros Prelados que el bautismo era un freno apto contra las malas

concupiscencias y que encerraba en sí una gran enseñanza, o sea que aun en el tiempo de la alegría tenemos que ser templados. Como si comiéramos con Cristo, participando de su mesa, por lo cual nada hagamos tontamente, sino que vivamos en ayunos, en oraciones y en templanza grande.

Si quien ha de recibir una alta dignidad secular prepara todo lo referente a su modo de vivir; y para mostrarse digno gasta sus dineros, emplea su tiempo y se entrega a infinitos trabajos, ¿de qué suplicio no seríamos dignos nosotros, pues con tanto descuido nos acercamos al Reino de los Cielos, sin deseos antes de recibirla y sin fervor y presteza una vez recibido? Y somos perezosos tras de haberlo recibido porque no anduvimos vigilantes antes de recibirla. Tal es el motivo de que muchos, tras haberlo recibido, se tomaron al vomito primero y se hicieron peores y merecieron más graves castigos, pues ya habían sido librados de sus pecados. Y tanto más excitaron la ira del Juez cuanto que, libres de tan grave enfermedad, ni aun así se enmendaron; sino que les acontenció aquello con lo que amenazaba Cristo al paralítico cuando le decía: *Mira que has recibido la salud. No peques ya más, no sea que te suceda algo peor*³⁰. Y lo que predijo a los judíos profetizándoles que por su ingratitud sufrirían penas intolerables: *Si Yo no hubiera venido y no les hubiera hablado no tendrían pecado*³¹.

De modo que en adelante los pecados son dos y aun cuatro. ¿Cómo es esto? Porque tras de tan gran honor recibido, somos ingratos y perversos. Por lo cual no nos aprovecha el bautismo para ser más levemente castigados. Considera esto. ¿Cayó alguno en pecados graves, en asesinatos, en adulterio o en algo peor que admitió? Por el bautismo se le ha perdonado. Porque ciertamente no hay pecado alguno, ninguna impiedad que no se borre con ese don: ¡es don divino! Pero cae de nuevo en adulterio, asesina. El adulterio anterior al bautismo se le ha perdonado, y la sentencia de perdón no se revoca. Pues dice Pablo: *Los dones y la vocación de Dios son irrevocables*³². En cambio, por los pecados cometidos después del bautismo, sufrimos tanto de castigo cuanto sería si aquellos pecados anteriores no hubieran sido perdonados, y aun mayor.

La razón es que ya no se trata de un pecado simple, sino de dos y tres pecados. Y que el castigo sea mayor, oye cómo lo dice Pablo: Quien quebranta la Ley de Moisés sin misericordia es condenado a muerte por dos o tres testigos. Pues ¿cuánto mayor castigo pensáis

que merece quien haya pisoteado al Hijo de Dios y haya manchado la sangre del Testamento y haya injuriado el don del Espíritu Santo? Quizá con lo dicho apartamos a muchos de recibir ahora el bautismo. Pero no fue esa nuestra intención en lo que dijimos. Sino que quienes ya lo recibieron perseveren en grande templanza y modestia. Dirá alguno: ¡es que temo! Si de verdad temieras, ya habrías recibido el bautismo y lo cuidarías. Instarás: pues precisamente por eso no lo recibo, por el temor que tengo. Pero ¿no temes salir de esta vida en ese estado? Responderás: ¡clemente es Dios! Pues bien, recibe el bautismo, puesto que Dios es clemente y auxilia. Pero tú en donde convendría proceder empeñosamente no echas por delante semejante clemencia; y en cambio, cuando anhelas diferir la obra entonces te acuerdas de la clemencia. Pues bien: el tiempo de bien usar de la dicha clemencia es cuando ponemos lo que está de nuestra parte, y entonces mejor la conseguimos.

A quien todo lo deja a Dios y peca después del bautismo, como hombre que es, se le perdonará si hace penitencia; pero quien astutamente trata de la clemencia divina, si sale de este mundo sin la Gracia, será castigado con el inevitable suplico. ¿Por qué te vales de esos artificios en contra de tu salvación? Puesto que es imposible ¡sí, es imposible!. yo así lo juzgo, que quien apoyado en semejante confianza difiere el bautismo llegue a realizar algo bueno y con fervor. Mas ¿por qué tanto temes y lo vas dejando para un futuro incierto? ¿Por qué no cambias tu miedo en trabajo y diligencia y llegas a ser varón grande y admirable? ¿Qué es mejor: temer o trabajar? Si alguno a ti, perezoso, te alojara en una casa próxima a la ruina y te dijera: Espera-te, a que las vigas ya podridas te caigan sobre la cabeza (pues al fin y al cabo quizás se caigan, quizás no), si es que no te gusta trabajar para vivir en una habitación más segura ¿qué elegiría? ¿Ese ocio lleno de temores o ponerte a trabajar apoyado en la buena esperanza? Pues procede en el caso con el mismo criterio. Porque ese futuro incierto es como una casa que amenaza caerse; mientras que el trabajo de reparación, aunque pesado, promete ponerte en seguridad.

¡Lejos, pues, de nosotros el ir a caer en semejante desgracia y tan tremenda, como caer en pecado después del bautismo! Pero si acaso nos sucediere, no por eso desesperemos. Porque clemente es el Señor y nos ha dejado muchos caminos para salvarnos y alcanzar el perdón después del bautismo. Por lo demás, así como los que pecan después del bautismo son castigados más gravemente que los catecúmenos; así quienes, conocen el remedio de la penitencia, pero no quieren usarlo,

sufrirán tormentos mayores. Por cuanto es mayor la clemencia divina, tanto más crece el castigo, si abusamos de ella.

¿Qué es lo que dices, oh hombre? Repleto de tan graves males y ya rechazado y desesperanzado, repentinamente has sido hecho amigo de Dios, y elevado a la cumbre de los honores y no por trabajo suyo, sino por don y gracia de Dios, de nuevo te has tornado a tus antiguas torpezas aun sabiendo que por ello serás más duramente castigado; y sin embargo el Señor ni aún así te ha abandonado, sino que te ha dado mil oportunidades de salvación, por medio de las cuales vuelvas a su amistad; y tú ¿ni aún así quieres tomarte el trabajo? Pero ¿de qué perdón serás digno? ¿Cómo no se burlarán de ti con todo derecho los gentiles como de un zángano que inútil y neciamente pasa su vida? Porque dirán: si tanto puede la virtud entre vosotros ¿a qué viene esa multitud de no iniciados? ¡Vaya unos preclaros y deseables misterios!

Nadie confíe en que ya moribundo recibirá el bautismo. Ese tiempo ya no es de misterios sino de testamento. El tiempo de los misterios es cuando la mente se halla despejada y el alma vive en templanza. Dime: sin nadie quiere en semejantes circunstancias hacer testamento y si lo hace da ocasión a posteriores litigios; y por tal motivo los que testan añaden: Yo viviendo y en mi pleno juicio dispongo... ¿cómo quien ya no está en sus cabales podrá ser cuidadosamente iniciado en los misterios? Si en los negocios seculares las leyes no permiten testar a quien no tiene la mente clara, siendo así que ha de disponer de sus haberes, ¿cómo podrá con claridad ser instruido acerca del Reino de los Cielos y de aquellos bienes arcanos el que a causa de la enfermedad muchas veces ha perdido ya la cabeza?

¿En semejantes condiciones dirás a Cristo: *Sepultado contigo*, cuando ya estás para salir de este mundo? La benevolencia debe manifestarse en palabras y en obras. Pero tú procedes como si alguno quisiera ser inscrito en la milicia cuando ya la guerra toca a su fin; o como si un atleta deja sus vestidos para entrar al certamen cuando ya el público se ha levantado para salir del estadio. No te revistes las armas para ponerte inmediatamente en fuga, sino para con ellas vencer al enemigo y erigir trofeos.

Y que nadie piense que este discurso es inoportuno porque estamos en tiempo de cuaresma. Por mi parte me aflige grandemente que para estos asuntos estéis esperando los tiempos del año. El eunuco aquel de Felipe, aunque bárbaro y puesto en camino, no anduvo esperando tiempos, sino que en mitad del viaje fue bautizado. Tampoco

dejó de bautizarse el carcelero aquel de Pablo y Silas, metido entre encadenados y viendo a su maestro azotado y atado y que debía permanecer en la cárcel. Acá, en cambio, muchos ni viandantes ni encarcelados, difieren el bautismo, y esto aun estando en el último aliento de su vida.

Si dudas aún de que Cristo es Dios verdaderamente, quédate allá fuera y no vengas a oír la palabra divina ni te cuentes entre los catecúmenos. Pero si tienes fe y sabes perfectamente que Cristo es Dios ¿por qué dudas? ¿por qué te rehusas? ¿por qué andas en perezas? Responderás: Es que temo caer luego en pecado. ¿Y no temes lo que es peor aún, o sea el partir para la eternidad con tan grave carga de pecados? Porque no es igual culpa el no alcanzar la Gracia puesta delante y el no lograr alcanzarla tras de haberlo procurado. Dime, si se te echa en cara por qué no te acercaste, por qué no llevaste a cabo esa obra buena, ¿qué responderás? En el caso de bautizarte podrás alegar como excusa de tu falta el peso de los mandamientos y el trabajo de la virtud. Pero si no lo recibes no tendrás ni esa excusa. Porque este don se concede gratuitamente a la libertad.

¿Temes caer luego en pecado? Di esto después del bautismo. Entonces teme para que así te conserves libre de pecado, libertad que en el bautismo recibiste; pero no lo digas para no recibir gratuitamente tan excelente don. De modo que tú antes del bautismo eres piadoso y temes ¿y después del bautismo te tornas perezoso? ¿Será que esperas el tiempo de cuaresma? ¿Por qué? ¿Qué tiene más ese tiempo que el otro? Los Apóstoles no recibieron el don del Espíritu Santo en la Pascua sino en otro tiempo del año. Los tres mil y los cinco mil primeros cristianos tampoco esperaron la Pascua para bautizarse, como tampoco Cornelio, ni el eunuco ni otros muchos. No esperemos, pues, determinado tiempo; no sea que por estar dudando y difiriendo el bautismo, partamos de esta vida sin esos grandes y excelentísimos bienes.

¿Cuánto creéis que me atormento cuando oigo decir que alguno de los no iniciados ha muerto, y pienso en aquellos intolerables suplicios e inevitables castigos? Y también ¿cuánto me aflijo cuando veo que otros, llegados hasta el último aliento, sin embargo no se arrepienten ni enmiendan? Por ese motivo se hacen cosas indignas de don tan grande. Me refiero a que cuando convenía gozarse, celebrar danzas, alegrarse, coronarse de flores al iniciarse alguno en los misterios, al revés, si la esposa del enfermo escucha que el médico determina ser

tiempo de recibir el bautismo, llora como si se tratara de una gran desgracia y se lamenta, y andan los gemidos y sollozos por toda la casa, como si ya sacaran a alguno condenado al cadalso.

Y es entonces cuando el enfermo se duele; y si convalece de su enfermedad, más duramente se alige como si le hubiera sobrevenido algún grave daño. Como no estaba preparado para vivir virtuosamente, sigue viviendo en pereza y rehuye el combate de la virtud. ¿Observas cuántas maquinaciones prepara el demonio y cuántas burlas y cuántas mofas? Evitemos esas mofas. Vivamos como ordena Cristo. No instituyó El el bautismo para que en seguida expiremos y nos vayamos de esta vida, sino para que, viviendo después del bautismo fructifiquemos. ¿Cómo podrás decir al que ya parte de este mundo y está cortado a viva fuerza de entre los vivos: ¡ea, fructifica!?

¿No has oído que: *Los frutos del Espíritu Santo son caridad, gozo y paz?*³³ Entonces, ¿cómo es que acontece todo lo contrario? Presente se halla la esposa deshecha en llanto cuando convenía que se alegrara. Lloran los hijos cuando lo conveniente sería congratularse; el enfermo, a su vez, yace ofuscado, lleno de turbación y alboroto cuando lo conveniente sería estar de fiesta. Pero se encuentra totalmente envuelto en tristezas, porque deja huérfanos a los hijos, viuda a la esposa y abandonados hogar y hacienda.

Pero yo pregunto: ¿es ésta la preparación debida para recibir los misterios? ¿Se acerca uno así a la mesa sagrada? Pero tal cosa ¿puede tolerarse? Si el emperador por medio de sus cartas deja libres a los que ya estaban encadenados en la cárcel, todo es gozo y alegría. Y Dios envía del Cielo su Espíritu que perdona, no deudas pecuniarias aún no del todo pagadas, sino todos los pecados, ¿y andáis todos llorando y gimiendo? ¿A qué se debe semejante anomalía? Y todavía no me refiero a que a veces se echa el agua del bautismo al que ya está muerto y a que las cosas santas yacen por el suelo. Nosotros no tenemos la culpa de eso, sino los hombres malagradecidos.

En consecuencia, os suplico que, haciendo a un lado todos los demás negocios, nos convirtamos a Dios y con toda presteza nos acerquemos al bautismo, para que habiendo en esta vida puesto toda diligencia, alcancemos la confianza futura. Ojalá a todos nos acontezca conseguirla, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Notas

1. Juan XIV, 12.
2. Juan XIII, 35.
3. II Timot. IV, 11.
4. II Cor. VIII, 8.
5. Todos los códices ponen doce. En realidad eran ya sólo once.
6. I Cor. XV, 1.
7. Juan XVI, 12.
8. Deut. VI, 4.
9. Juan I, 34.
10. *Ibid.* V, 11.
11. Juan XV, 27.
12. Hechos II, 32-33 *ad sensum*.
13. Hechos X, 41.
14. Juan XXI, 25.
15. Mat. XVIII, 14.
16. Mat. XI, 29.
17. Mat. VIII, 20.
18. Mat. V, 40.
19. Filip. III, 17.
20. La conexión de este párrafo con el anterior es oscura.
21. Mat. XII, 28.
22. Mat. XXVIII, 20.
23. Hechos X, 41.
24. Juan XVI, 7.
25. Juan XIV, 16
26. Luc. X, 9. El original del Evangelio dice: “Ved que os he dado poder caminar sobre serpientes y escorpiones”. De modo que el argumento del Santo resulta muy débil.
27. Mat. XI, 11.
28. Luc. III, 16.
29. II Reyes II, 10.
30. Juan V, 14.
31. Juan XV, 22.
32. Rom. XI, 29.
33. Gálat. V, 22.

HOMILIA II

*Los reunidos le preguntaban: Señor ¿es éste el momento en que vas a restituir el reino de Israel?
(Hechos 1, 6).*

Los DISCÍPULOS están todos reunidos y van a preguntar para obtener una respuesta en atención a la multitud. Recordaban bien lo qu Jesús les había dicho: *nadie conoce ese día*¹: palabras de quien rechaza la pregunta y no de quien ignora el día, sino que quiere ir difiriendo la respuesta. Por tal motivo de nuevo se le acercan y le preguntan. No le habrían preguntado si no hubieran estado sinceramente persuadidos de que Jesús había diferido la respuesta. Habían oido que recibirían el Espíritu Santo y se consideraban ya dignos de conocer ese día, preparados como estaban para obtener su interior libertad.

No querían ellos arrojarse a peligros, sino más bien descansar libres de ellos, pues no eran pequeñas las cosas que les habían acontecido, sino que ya se habían encontrado en extremo peligro. Para nada se refieren al Espíritu Santo; y preguntan de este modo: *Señor ¿es éste el momento en que vas a restaurar el reino de Israel?* No preguntaron cuándo, sino si ya en este momento. Tantas ansias tenían de conocer el día. Por lo mismo se le acercan en forma muy comedida.

Yo pienso que no sabían a punto fijo de qué reino se trataba, pues aún no los había enseñado el Espíritu Santo. Y no dijeron: ¿cuándo sucederá eso?, sino ¿qué? *¿Es éste el momento en que vas a restaurar el reino de Israel?* Porque ese reino ya había desaparecido. Preguntan en esa forma porque aún estaban apegados a las cosas sensibles, aunque ya no tanto como antes. Pues aún no eran perfectos. Pero, en fin, ya pensaban de Cristo algo más alto. Y pues ya habían sido llevados a más sublimes pensamientos, Cristo a su vez les habla en forma más sublime. No les dice: *Ni el Hijo del hombre conoce ese día*², sino

¿qué?: No os incumbe a vosotros conocer los tiempos y las circunstancias que el Padre con su autoridad se ha reservado. Como si les dijera: Pedís cosas superiores a lo que os corresponde.

Dirás que ya habían ellos aprendido cosas más altas. Pues bien, para que con mayor exactitud conozcas eso mismo que afirmas, advierte muchas que voy a enumerar. *¿Podían ya llegar a saber algo superior a estas cosas?* Sabían que El era el Hijo de Dios; que era igual en honor a su Padre; que vendría la Resurrección; que El subiría a sentarse a la diestra del Padre. Sabían algo aún más estupendo: que la carne se sentaría allá arriba para ser adorada de los ángeles; que El vendría de nuevo para juzgar al mundo universo; sabían que también ellos se sentarían como jueces de las doce tribus de Israel; y que los gentiles entrarían al reino de los judíos, mientras que éstos serían echados fuera.

Cosa grande era saber que todo esto sucedería; pero, sabiendo que alguno va a reinar, saber cuándo sucederá eso no es cosa, tan grande. Supo Pablo cosas que no le es lícito al hombre declarar, y todo lo que precedió a este universo. *¿Qué es más: conocer el principio o el fin?* Es claro que lo primero. Pues bien, eso lo conoció Moisés y lo declaró al enumerar los años y cuándo y cuánto tiempo antes fue ese principio. También lo supo Salomón, por lo cual dice: *Haré memoria de las cosas que existieron desde el principio.* Y que la venida del Señor esté cerca, después lo conocieron otros, como Pablo, que dice: *El Señor está próximo. No os conturbéis por nada*³.

Por entonces los discípulos no sabían el día, aunque ya conocían las señales de ese día último. Por su parte Cristo, así como dijo: *No muchos días después*, queriendo decir que permanecieran vigilantes, pero sin declararles plenamente la fecha, así procede ahora de igual modo. Por lo demás, aquí los discípulos no preguntan acerca de la consumación de los siglos, sino acerca del reino. Por esto decían: *Si éste es el momento en que vas a restaurar el reino de Israel?* Pero Jesús ni aun esto les descubrió. Anteriormente sí le preguntaron acerca del fin de los tiempos. Pero ahora no les responde como entonces con alguna severidad, cuando los apartó de la creencia de que la liberación de ellos estaba cerca y les puso delante los peligros y los empujó a afrontarlos. Ahora les dice lo mismo, pero con mayor suavidad.

Para que no creyeran que se les hacía injuria ni que sólo se trataba de meras excusas, oye cómo al punto les promete darles algo de que

se alegrarán. Por tal motivo añadió: *Pero vais a recibir la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros. Y seréis mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y en Samaria y hasta los confines de la tierra.* Y para que no le preguntaran más, al punto fue arrebatado al cielo. Así como anteriormente los envolvió en los temores de la oscuridad diciendo que El no conocía el día, así ahora lo hace aquí el evangelista con la expresión: *fue arrebatado*.

Sumamente anhelaban conocer ese día y no habrían desistido de preguntar; pero era en absoluto necesario que ignoraran lo que anhelaban saber. Dime: *¿a qué dan menos fe los gentiles: a que vendrá la consumación de los siglos o a que Dios se haya hecho hombre y haya nacido de una Virgen y lo hayan visto en carne los hombres? ¿Acaso no a esto último?* Y sin duda que tú responderás en ese sentido. Pero me da vergüenza el estar hablando tan frecuentemente de este asunto como si fuera algo sin importancia e indiferente. Pues bien, para que no le dijeran: *¿por qué dejas en suspenso el asunto?*, les dice: *Que el Padre con su autoridad se ha reservado*. Pero la potestad del Padre y la del Hijo es una misma, como lo explicó El mismo al afirmar: *Así como mi Padre resucita los muertos y los hace vivir, así el Hijo da vida a quienes le place*⁴. Si pues tratándose de las obras el Hijo procede con la misma potestad del Padre, *¿acaso cuando se trate de saber algo, no lo sabe también el Hijo?* Por cierto, mucho más es resucitar a los muertos que conocer el día de la consumación. Pues si el Hijo procede con propia potestad en lo que es más, *¿acaso no hará lo mismo en lo que es menos?*

Par que entendáis la cuestión os la declararé poniendo un ejemplo: Así como cuando vemos a un niño que llora y nos pide algo que él no necesita, le ocultamos lo que pide y le mostramos nuestras manos vacías y le decimos: Mira que no lo tenemos; así hizo Cristo con los Apóstoles. Pero como el niño que suponemos, si no le damos lo que pide insta llorando por verse engañado, y nosotros al punto nos apartamos de él alegando: Me llaman; y dámole otra cosa cualquiera para distraerlo de su anhelo, y alabamos el objeto con que sustituimos lo que él quería, e inmediatamente desaparecemos, así hizo Cristo.

Anhelaban ellos conocer el día; pero El niega saberlo. Sin embargo, primero los aterroriza. Mas como de nuevo preguntaban, de nuevo les dijo no saberlo, aunque ya no los atemoriza; sino que, en habiéndoles declarado lo que había hecho, les presentó el motivo probable. Les dice: *El Padre con su autoridad se lo ha reservado*. Pero ¿cómo

es esto? ¿ignoras tú lo que el Padre sí conoce? ¿Acaso conoces al Padre, pero ignoras las cosas del Padre? Tú dijiste: *Nadie conoce al Padre, sino al Hijo*⁵, y también Pablo: *El Espíritu todo lo sonda, aun los abismos de Dios*⁶. ¿En cambio tú ni siquiera conoces el día? ¡Lejos tal cosa! No habló así para que entraramos en semejantes incertidumbres. Solamente simula ignorarlo para apartar a los discípulos de una inoportuna pregunta. Estos no se atrevieron a preguntarle nada más, para no oír de sus labios: *¿También vosotros no comprendéis aún?*⁷ Y ahora temían más que anteriormente que se les dirigiera ese reproche.

Pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros. Así como anteriormente no respondió a lo que le preguntaban (por ser propio del maestro responder no a lo que el discípulo quiere, sino a lo que a éste conviene), así ahora les predice lo que les convenía que supieran, para que no se turben y tal vez también porque aún eran rudos. Levanta sus ánimos para darles confianza, pero oculta la parte trabajosa. Y pues en seguida tenía que abandonarlos, no les contesta ásperamente, sino ¿qué?: Mitiga lo duro interponiendo una alabanza. Como si les dijera: No tengáis temor: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros. Y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria.*

Antes les había dicho: *No os dirijáis a los gentiles ni entréis en las ciudades de los samaritanos*⁸, pero ahora quiere que prediquen en toda Judea y en Samaria; y lo que entonces no dijo lo añade ahora: *Y hasta los confines del orbe.* Y una vez que les hubo comunicado y ordenado lo más tremendo de todo, para que ya nada más le preguntaran: *A vista de ellos, fue arrebatado a lo alto y una nube lo sustrajo a las miradas de ellos.* ¿Has advertido cómo ellos predicaron el Evangelio y llenaron de él toda la tierra? Verdaderamente gran empresa les encomendó. Como si les dijera: Por allí en donde tuvisteis temor, o sea en Jerusalén, por allí comenzad la predicación, y seguid luego hasta los confines de la tierra. Y para confirmarlo en la fe de lo que les decía, *A la vista de ellos fue arrebatado a lo alto.* No resucitó a la vista de ellos, pero sí fue arrebatado a la vista de ellos; aun cuando ni aquí lo pudo todo la vista. Vieron el fin, pero no el principio de la Resurrección; vieron el principio, mas no el fin de la Ascensión.

En realidad ver el comienzo de la Resurrección habría sido cosa inútil, presente ya el mismo Cristo que les hablaría, y testificando el

propio sepulcro que El ya no estaba allí. Pero lo que seguía a la Ascensión eso sí convenía declararlo con palabras; ya que no podían los ojos alcanzar tan sublimes alturas ni demostrar si subía El al cielo o a un sitio parecido al cielo. Mira, pues, lo que sucedió. Sabían que el que subía era el mismísimo Jesús, pues había estado hablando con ellos; pero una vez que se alejó, los ojos no podían reconocerlo. Que fue recibido en los Cielos, lo testificaron luego los ángeles. Advierte cómo Dios proveyó para que no todo se supiera por el Espíritu Santo, sino que algunas cosas las percibieran los ojos. Mas ¿por qué una nube lo sustrajo a las miradas de ellos? Porque también esto era una señal de haber El subido a los Cielos. No lo recibió el fuego como a Elías, ni un carro de fuego, sino una nube que era símbolo del Cielo, como dice el profeta: *Haces las nubes carro tuyo*⁹. Aunque en verdad en el salmo habla del Padre. Dice nube declarando ser ésta símbolo del poder divino. Porque en la nube se advierte otra clase de poder. Oye también lo que dice otro profeta: *El Señor se asienta en una nube ligera.* (Isaías XIX, 1).

Sucedió, pues que Jesús fuera arrebatado a lo alto mientras le preguntaban de cosas que a ellos les parecían necesarias y estaban muy atentos a sus palabras y bien dispuestos y despiertos y no dormitando. También en el monte Sinaí estaba El envuelto en una nube cuando se le acercó Moisés y entró en la tiniebla; pero la nube no era por causa de Moisés. Y no les dijo abiertamente: *Yo me voy*, para que no se dolieran de nuevo, sino que les dijo: *Os envío el Espíritu Santo*¹⁰. Y lo vieron con sus propios ojos subir al Cielo. ¡Oh cuán bello espectáculo se les concedió! Pues dice el autor: *Y mientras con los ojos fijos en El miraban cómo se iba, se les presentaron dos varones vestidos de túnicas blancas, y les dijeron: Varones galileos, ¿por qué os estáis aquí mirando al cielo? Este Jesús que os ha sido arrebatado al cielo (hablan como los que señalan alguna cosa); éste que os ha sido arrebatado al cielo, volverá de la misma manera que lo habéis contemplado subir al cielo.* De nuevo la aparición es alegre. Pues unos ángeles en figura de hombres se les presentaron y les dijeron: Varones galileos [¿y para qué les habrían recordado la patria si no fuera para ser creídos?]. Por su belleza misma hacían que los discípulos se fijaran en ellos, pues con ella declaraban haber bajado del Cielo.

¿Por qué no es Cristo en persona quien les comunica este mensaje sino los ángeles? Ya anteriormente Jesús les había dicho eso, y ahora

les recuerda por boca de los ángeles lo mismo que les había dicho. Y no dijeron los ángeles: Al que visteis ser llevado, sino: *Al que visteis ir al cielo*, para declarar por eso de ser arrebatado Cristo, que se trataba de una Ascensión. Lo propio de la carne es ser arrebatada. Por esto dicen: *El que os ha sido arrebatado, del mismo modo vendrá*. No dicen: Será enviado, sino: *Vendrá*. Entonces ¿en qué es menor el Hijo al Padre? Y la nube lo recibió. Perfectamente dicho, puesto que es El quien sube en la nube: *El que descendió ese mismo es el que ascendió*¹¹.

¿Adviertes cómo unas cosas se dicen conforme a la capacidad de los discípulos y otras conforme a la dignidad de Dios? Con esto el pensamiento de los que contemplaban la Ascensión se levantó finalmente a mayores alturas; y mediante esa Ascensión Cristo les dio más amplias noticias acerca de su segundo Advenimiento; porque eso significa: *De la misma manera vendrá*; es decir en cuerpo glorioso, que era lo que ellos deseaban saber. Y también que vendrá en una nube a juzgar.

Y he aquí que se les presentaron dos varones. ¿Por qué empleó Lucas la palabra *varones*? Porque los ángeles tenían la forma de hombres ya perfectos a fin de no espantar a los discípulos. *Los cuales les dijeron: ¿Por qué os estáis mirando al cielo?* Palabras son estas propias de quienes halagan; pero tales que no permitían esperar pronto la vuelta de Cristo. Declaran los ángeles lo principal, pero no lo que es menos importante. Dicen que el vendrá y que se le ha de esperar descendiendo El del cielo; pero callan el cuándo. Los ángeles con sus palabras los apartan del espectáculo y los vuelven atentos, a fin de que, pues ya no veían a Jesús, no pensaran que no había subido a los Cielos. Y también los fortifican y previenen. Pues si anteriormente le habían preguntado: *¿A dónde vas?*, con mayor razón ahora podían preguntar: *¿Si ahora es el momento en que restauras el reino de Israel?* Conocían ser su mansedumbre de tan alto grado, que ahora le preguntan: *¿Si es el momento en que restauras?* Anteriormente les había dicho: *Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras, mas no es todavía el fin*,¹² ni será entonces la toma de Jerusalén. Pero ellos preguntan acerca del reino y no de la consumación de los siglos.

Por lo demás, después de la Resurrección, Cristo no tiene con ellos largas pláticas. De modo que ellos le preguntan como quienes esperan alguna gran noticia. Pero Jesús no les declara si restaurará o no el reino. ¿Qué necesidad tenían de saberlo? Con cierto temor,

deseando esa restauración, no le preguntan: *¿Cuál será la señal de tu advenimiento y del fin del mundo?*¹³, sino: *¿Es este el momento en que restauras el reino de Israel?* Ellos creían que ya era el momento. Por lo demás, ya en las parábolas El había dejado claro que ese advenimiento no estaba próximo. Y cuando ahora le preguntaron, respondió: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá a vosotros*. Advierte que dice: *Vendrá* y no que será enviado, para demostrar la paridad de honor con el Hijo y el Padre.

Entonces, oh tú, enemigo del Espíritu Santo, ¿cómo te atreves a decir que El es criatura? *Y seréis mis testigos*. Dejó entender la Ascensión; o mejor dicho, les trae a la memoria lo que ya le habían oído. Queda demostrado que subió a los Cielos. Dice el salmo: *Nube y oscuridad debajo de sus pies*¹⁴. Esto significa lo mismo que aquello otro: *Una nube lo recibió*, es decir al Rey de los Cielos. La carroza regia manifiesta al rey; y a Cristo se le envía la carroza real, para que nada triste diga a los discípulos ni a éstos les acontezca lo que a Eliseo, el cual, a causa de la partida de su maestro, rasgó sus vestiduras.

¿Qué dicen los ángeles? *Este Jesús que os ha sido arrebatado al Cielo, volverá de la misma manera que lo habéis visto subir a los Cielos*. Y continúa Lucas: *Y se les presentaron dos varones*. Correctamente. Porque por la boca de dos testigos se hará fidedigna toda palabra. Y ambos dicen lo mismo. Añade: *Con túnicas blancas*. Así como anteriormente delante del sepulcro habían visto un ángel con vestiduras resplandecientes, el cual se adelantó a decirles lo que ellos llevaban en su ánimo, así ahora también es el ángel el pregonero de la Ascensión: cosa que los profetas muchas veces habían predicho, lo mismo que todo lo tocante a la Resurrección. En todos los casos, los ángeles son mensajeros: en la Natividad, ante María, en la Resurrección y lo mismo en la Ascensión. Más aún: en el segundo Advenimiento de Cristo aparecerán los ángeles avanzando en vanguardia.

Una vez que hubieron dicho: *Este Jesús que os ha sido arrebatado*, para no perturbar a los discípulos, añaden: *Del mismo modo vendrá*. Y los discípulos descansaron un poco oyendo que el Señor retornaría y que retornaría así como lo habían visto que se iba; y que no sería inaccesible. Y no sin motivo se pone esa palabra, *os*, es decir a vosotros; pues con ella se declara el cariño de Cristo a los Apóstoles y la elección que hizo de Ellos; y deja entender que no abandonará Cristo a quienes ha elegido. De modo que se constituye El mismo en

testigo de su Resurrección. Porque ésta era mucho más admirable que cuantas cosas sucedieron antes del parto y aún después del parto. Pues dice El mismo: *Destruid este santuario y en tres días lo reedificaré*¹⁵.

El futuro Advenimiento los ángeles lo anuncian diciendo: *De la misma manera vendrá*. En consecuencia, si alguno anhela ver a Cristo, si alguno se duele de no haberlo visto, oyendo lo que dicen los ángeles, lleve una vida virtuosa y admirable, y logrará verlo y no le fallará su anhelo. Porque vendrá El con una gloria aún mayor, aunque de la misma manera; o sea en una nube y en su cuerpo propio; y será cosa más admirable verle descender así del cielo que verlo ascender desde la tierra.

Dijeron los ángeles que vendría, pero no dijeron la causa por la que vendría. El hecho confirma la Resurrección. Pues si ascendió con su cuerpo, mucho más razonable es que haya resucitado con su propio cuerpo. ¿Dónde están los que no creen en la Resurrección? ¿Son acaso, dime, gentiles o cristianos? Yo en verdad no lo se. O mejor dicho: ¡lo se perfectamente! Son gentiles que no creen en la creación. Porque es típico de ellos no conceder que Dios pueda hacer algo de la nada y negar que pueda resucitar los cuerpos ya sepultados. Y como les da vergüenza no conocer el poder de Dios, para que no se les acuse por eso, dicen: No es eso lo que afirmamos, sino que el cuerpo para nada se necesita.

Aquí viene bien decir: *El necio hablará necedades*¹⁶. ¿No os da vergüenza privar a Dios del poder de crear algo de la nada? Si sólo crea de la materia preexistente ¿en qué se diferencia de los hombres? Instan ellos [los maniqueos]: entonces ¿cuál es el origen del mal? Pero porque tú ignoras el origen del mal ¿vas a introducir un nuevo mal respecto del conocimiento del mal? Porque de aquí se siguen dos absurdos. Uno es que te atrevas a expresarte de esa manera. Puesto que si niegas que Dios puede crear de la nada tendrás que ignorar más profundamente el origen del mal. El otro absurdo es que hablando de esa manera, estableces la malicia ingénita y eterna. Considera cuán trabajoso sea que quien anhela conocer la fuente de los males no llegue a conocerla y les atribuya otra fuente distinta. Investiga el origen de los males, pero no blasfemes de Dios.

Preguntarás: ¿Cómo es eso de que blasfemo? ¿Qué dices, que no blasfemas? Cómo no, si pones el mal como eterno. Cómo no, si lo atribuyes a un poder igual al poder divino y lo haces ingénito, e igualas la virtud y el pecado. Oye lo que dice Pablo: *Lo que de El es*

*invisible, desde la creación del mundo se hace por sus obras visible a la inteligencia*¹⁷. Ciertamente el demonio ha dicho que ambos, virtud y mal, provienen de la materia; de manera que a Dios no lo conocemos por cosa alguna. Pero yo pregunto: ¿Qué es más difícil: hacer bueno lo que por naturaleza es malo (si es que hay algún mal que lo sea por naturaleza, pues estoy hablando según vuestro pensamiento, oh herejes; pues en realidad nada puede hacerse que por naturaleza sea malo, siendo un auxilio para los buenos); o bien crear sin materia preexistente? ¿Qué es más fácil (hablo de la cualidad), poner una cualidad que no existe o cambiar en contrario la que ya existe? ¿Qué es más fácil: levantar una casa o bien reparar una abandonada? Es manifiesto que lo primero; de modo que lo segundo resulta imposible. Pues bien: así como esto es imposible, así también es imposible obrar de contrario modo a la cualidad¹⁸.

Dime: ¿qué es más difícil, fabricar un ungüento o hacer que por fuerza un lodo produzca los efectos del ungüento? ¿Cuál de ambas cosas, pregunto de nuevo, es más fácil (pues ya nos dedicamos a sujetar a Dios a nuestro raciocinio; es decir, no nosotros ¡lejos tal cosa! sino vosotros, oh herejes: formar los ojos o hacer que un ciego, que permanece ciego, vea y use de su ceguera para ver con mayor agudeza que quien tiene vista, o el sordo de su sordera para mejor oír? A mí lo primero me parece más fácil. De modo que concedes a Dios lo que es más difícil, o sea que lo malo por naturaleza obre el bien ¿y no le concedes lo que es más fácil?

Mas ¿para qué insisto en esto? Dicen también [los maniqueos] que el alma es substancia de Dios. Observa cuán grande cantidad de impiedades y necesidades profieren. Esforzándose en demostrar que el mal procede de un Dios, aseguran algo aún más impío, pues sostienen ser el alma contemporánea de Dios y no ser Dios más antiguo que ellos, sin el menor reparo ni vergüenza en conceder a las almas tan ingente prerrogativa. En segundo lugar, afirman que el mal es inmortal, ya que lo eterno no puede morir jamás. ¿Adviertes la blasfemia? De modo que es necesario que nada proceda de Dios; o si esto no es así, que ni siquiera exista Dios. En tercer lugar, como ya dije, por aquí se contradicen y provocan una mayor ira contra si mismos de parte de Dios. En cuarto lugar, dotan de excesivo poder a la materia insubsistente. En quinto lugar, hacen que la causa de la bondad de Dios sea la maldad; y dicen que sin lo malo ni ese Ser bueno sería bueno. En sexto lugar, nos cierran el camino para llegar al conocimiento de

Dios. En séptimo lugar, extienden la divinidad al hombre y aun a las plantas y a los leños.

Porque si nuestra alma es de la substancia de Dios y una misma alma va emigrando a diversos cuerpos, como son los cohombros, los melones, las cebollas, se sigue que la substancia divina se ha convertido en cohombros. Y si les decimos que el Espíritu Santo hizo de la Virgen su templo, se burlan, y si les decimos que El habita en un templo espiritual, de nuevo se burlan. No les da vergüenza convertir la substancia divina en cohombros, melones, moscas, polilla y asnos, con lo que han encontrado un nuevo género de idolatría. Se defienden diciendo: No está la cebolla en Dios, sino Dios en la cebolla, pues la cebolla no es Dios. Mas ¿por qué rehuyes, oh hereje, esa transmigración de Dios a los cuerpos? Contesta: Porque es indecente. Pues bien, mucho más indecente es eso que respondes. Insistes: Es que la cosa en sí no es indecente. ¿Cómo es esto? Porque si a nosotros nos sucediera, en nosotros sí sería indecente. ¿Has advertido el cieno de impiedad?

Y ¿por qué no quieren que resuciten los cuerpos? ¿Qué es lo que afirman en este punto? ¿Será porque el cuerpo es malo? Mas yo te pregunto: ¿por cuál otro medio has conocido a Dios? ¿por cuál otro medio te llega el conocimiento de las cosas? ¿En qué otra forma el filósofo fabrica su filosofía si el cuerpo en nada interviene? Destruye sus sentidos ¿y a ver si puedes conocer algo de lo que es necesario conocer? ¿Qué habría más ignorante que el alma, si desde un principio estuviera privada de los sentidos corporales? Si la privación de una parte de ellos o de solo un miembro, por ejemplo del cerebro, resulta en daño de todo el conjunto, si el alma debiera además estar privada del resto de los sentidos ¿qué utilidad tendría? Muéstrame una alma sin cuerpo. ¿No has oído decir a los médicos que cuando la enfermedad se presenta reciamente oscurece al alma? ¿Hasta cuándo, pues, diferís el estrangularos? Yo pregunto: ¿acaso el cuerpo es parte de la materia? Ciento que sí. Entonces, según vosotros, conviene abrrecerlo. Y ¿para qué lo alimentas? ¿por qué lo cuidas? Debías haberle dado ya la muerte. ¿Convino entonces que te libraras de esta cárcel?

Por otra parte, dicen ellos: Dios no puede dominar la materia si no se mezcla con ella, pues no puede comunicarle sus órdenes hasta que esté en medio de ella y toda la compenetra. ¡Oh necedad! El rey con solo sus mandatos todo lo hace ¿y Dios no podría imperar a los

malos? De modo que en conclusión, si la materia no tuviera algo de bueno no podría existir. Lo malo no puede existir si no es en mezcla con la virtud. Entonces, si no estuviera mezclado con la virtud, hace mucho que no existiría, pues tal es la condición de lo malo.

Supongamos un hombre lascivo que en absoluto ya no puede dominarse: ¿podrá vivir siquiera diez días? Supongamos un ladrón que sin el menor freno de la conciencia se lanza inclusive contra los compañeros de crimen: ¿podrá vivir? Supongamos un ratero impudente que sin la menor vergüenza abiertamente roba: ¿podrá vivir largo tiempo? La naturaleza del mal es de tal condición que si no tiene algo de bueno, no puede subsistir, pues como ellos aseguran: así lo hizo Dios. Sea una ciudad en donde todos son malvados: ¿se podrá conservar? Peleen los malos no contra los buenos, sino contra sí mismos y no podrán subsistir: *Alardeando de sabios se hicieron necios*¹⁹.

Si el cuerpo es malo, en vano han sido creadas todas las cosas visibles: agua, tierra, sol, aire. Porque también el aire es un cuerpo aunque no sólido. Oportunamente diremos aquí: *Los malvados me contaron fábulas*²⁰. No toleremos tales cosas: apartemos nuestros oídos. Porque existe, sí, existe la resurrección de los cuerpos. Así lo prueba el sepulcro de Cristo en Jerusalén, y el leño al cual fue atado Jesús para ser azotado. Y lo dicen los Apóstoles: *Comimos y bebimos con El*²¹. Creamos en la resurrección y procedamos a hacer obras dignas, Señor nuestro, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Mat. XXIV, 36.
2. Marc. XIII, 32.
3. Filip. IV, 5.
4. Juan V, 21.
5. Luc. X, 22.
6. I Cor. II, 10.
7. Mat. XV, 16.
8. Mat. X, 6.
9. Salmo CIII, 3.
10. Juan XVI, 7.
11. Efes IV, 10.
12. Marc. XIII, 7. Nótese que desde aquí el Santo comienza a repetir la materia explicada ya en la Homilía, método que seguirá en adelante a causa de la ignorancia de los oyentes como ya lo anotamos en la Advertencia inicial.
13. Mat. XXIV, 3.
14. Salmo XCVI, 2.
15. Juan II, 19.
16. Isaías XXXII, 6.
17. Rom. I, 20.
18. Párrafos bastante oscuros y en algunas cosas casi ininteligibles.
19. Rom. I, 22.
20. Salmo CXVIII, 85.
21. Hechos X, 41.

HOMILIA III

Entonces los Apóstoles regresaron a Jerusalén, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el camino de un sábado
(Hechos 1, 12).

DICE: *Entonces se regresaron. Entonces: ¿cuándo?* Después de que oyeron aquellas palabras; porque de otro modo no habrían podido tolerar el emprender el regreso, si no se les hubiera prometido el segundo Advenimiento. Pienso yo que debió suceder esto en un sábado; pues de otro modo no habría razón para que el autor indicara la distancia diciendo: Desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén el camino de un sábado; a no estar prescrita la distancia que se podía caminar en ese día, o sea: *El camino de un sábado.*

Y luego que entraron en el cenáculo, subieron a la estancia superior, en donde se alojaban. De modo que después de la Resurrección permanecieron en Jerusalén, *Pedro, Santiago y Juan.* Ya no se cuenta Juan solo con su hermano, sino también Andrés con Pedro: *Y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Celotes y Judas, hermano de Santiago.* Bellamente enumera a los discípulos; pues uno entregó a Jesús, otro lo negó, otro no creía en la Resurrección: Lucas los enumera a todos, excepto al traidor, con lo que los declara salvos.

Todos perseveraban unánimes, entregados a la oración, a una con las mujeres. Correctamente. Porque la oración es un recio dardo contra las tentaciones, y en esto el Maestro los enseñó suficientemente. Por lo demás, la prueba presente los inducía a orar. Por esto suben al cenáculo, pues aún temían mucho a los judíos. *Con las mujeres.* Pues ya había dicho que ellas seguían a Jesús. *Y con María, la Madre de Jesús y los dos hermanos de El.* ¿Cómo entonces se dijo que el discípulo la recibió en su casa? Es que habiendo Cristo reunido de

nuevo a sus discípulos. Ella vivía con ellos. *Y con los hermanos de El. Habla de aquellos que allá al principio no creían en El.*

Uno de aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos y dijo. Fervoroso como era, y teniendo encomendado el rebaño de parte de Cristo y siendo el primero en el grupo, también es siempre el primero en hablar. *Las personas allí congregadas eran como ciento veinte. Hermanos: era menester que se cumpliera lo que en las Escritura predijo el Espíritu Santo.* ¿Por qué Pedro no pidió en particular a Cristo que le señalara algún otro en lugar de Judas? Además: ¿por qué no hacen la elección por sí mismos? Pedro ya se había mejorado. Con esto queda respondida la primera pregunta. Mas ¿por qué no piden simplemente que se complete el coro de los Doce, sino que también intervenga la revelación? Daremos dos motivos. El primero es porque además andaban ocupados en otras cosas, El segundo, que en eso sobre todo se manifiesta que Cristo los asistía. Pues así como los eligió estando presente, así ahora elige estando ausente. Y esto les causaba grande consuelo.

Observa cómo Pedro procede en todo de acuerdo con el parecer común, y no con imperio y valiéndose de su autoridad. Y no dijo simplemente: En lugar de Judas elegimos a este otro; sino que, consolando a los demás de lo que había sucedido, advierte cómo antempega su lenguaje. El caso de Judas los había perturbado grandemente. Y no te extrañes. Pues si aun ahora muchos lo traen y lo llevan, ¿qué se ha de pensar de lo que a ellos les aconteció? Dice Pedro: *Hermanos.* Si el Señor los llamó hermanos, mucho más los puede llamar hermanos Pedro. Por tal motivo públicamente los llama *hermanos*. Advierte la dignidad de la Iglesia y su estado angélico. Ahí nadie estaba dividido de nadie: no había diferencias entre hombres y mujeres. Yo quiero que ahora sean también así las iglesias. Nadie ahí se cuidaba de negocios seculares; nadie andaba solícito por los haberes domésticos: ¡tan gran bien traen consigo las pruebas y los trabajos! ¡tan gran provecho se saca de las tribulaciones!

Era menester que se cumpliera lo que en la Escritura predijo el Espíritu Santo. Los consuela, pero siempre recurriendo a las profecías. También así lo hace siempre Cristo. Al mismo tiempo les declara que nada extraño ha sucedido, sino lo que ya estaba predicho. Pues dice: *Era menester que se cumpliera lo que en la Escritura predijo el Espíritu Santo por boca de David.* No dice: David profetizó, sino el Espíritu Santo por su boca. Advierte cómo ya desde el comienzo del

libro usa de semejante maestro espiritual. Por aquí ves que no sin motivo dije yo al principio que este libro fue inspirado por el Espíritu Santo.

Dice: *Lo que predijo el Espíritu Santo por boca de David.* Mira cómo acomoda el profeta a su asunto y lo cita sabiendo que les será útil saber que la profecía es de David y no de otro. Dice: *Acerca de Judas que fue caudillo.* Considera la prudencia de Pedro. No lanza ninguna injuria, no insulta, no llama a Judas perverso ni execrable, sino que refiere con sencillez el hecho. Tampoco lo llama traidor, sino que en cuanto le es posible, achaca a otros el crimen. Pero tampoco se ensaña contra esos otros.

Dice: *Que fue caudillo de los que aprehendieron a Jesús.* Antes de referir en qué parte predice el hecho David, narra lo que hizo Judas para dar fe a lo futuro por lo presente y demostrar que ya sufrió el castigo. *Se le había contado entre los de nuestro grupo y le había cabido en suerte este mismo ministerio.* Pues bien él se adquirió un campo con el precio de su iniquidad. Torna Pedro su discurso hacia el lado moral y deja entender que el motivo tiene sus enseñanzas. No dice que los judíos poseyeron el campo, sino Judas. Habla del castigo presente porque las almas aún débiles no captan tan vivamente lo futuro como lo que está presente.

Y dando de cabeza, reventó por medio. Correctamente insiste. Pero no en el pecado, sino en el castigo, y dice: *Y se derramaron todas sus entrañas.* Esto les traía algún consuelo. *Y se hizo notorio a todos los habitantes de Jerusalén, hasta el punto de que aquel campo ha sido llamado en la lengua de ellos Hakeldamah, que significa Campo de sangre.* De modo que los judíos le dieron ese nombre no por el campo mismo, sino a causa de Judas: éste le dio su nombre. Y puso Pedro como testigos a los adversarios. Porque eso da a entender cuando dice que fueron ellos los que así lo llamaron; lo mismo que con lo que añade: *En la lengua de ellos.* Tras de referir el suceso, oportunamente cita al profeta y dice: *Porque está escrito en el libro de los salmos: Conviértase su aprisco en desierto y no haya quien habite en él*¹. Esto se afirma de la casa y del campo. *Y su empleo ocúpelo otro;* es decir su principado, su sacerdocio. Como si dijera Pedro: De modo que lo que vamos a hacer no es por determinación mía particular, sino por consejo de quien eso predijo; para no parecer que de sí y por sí acometía un asunto que habría correspondido a Cristo.

Continúa: *Es pues necesario que de entre los varones que anduvieron con nosotros, durante el tiempo todo.* ¿Por qué comunica esto con ellos? Para que no brotaran querellas a causa de la elección y entre sí pelearan. Pues si esto les había acontecido a los Apóstoles,² mucho más les habrían acontecido a los demás. Pedro sistemáticamente lo evita. Por tal motivo al principio decía: *Hermanos: es necesario elegir de entre nosotros.* Permite a la multitud expresar su juicio, al mismo tiempo que hace respetables a los candidatos y queda él libre de la envidia que podía aparecer. Pues las elecciones con frecuencia originan graves males.

Poner al profeta como testigo de la obligación de proceder a elegir. Acerca de entre quiénes se haya de elegir, Pedro mismo da la pauta diciendo: *De entre los varones que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo.* Si hubiera dicho: es necesario que se presenten los que sean dignos, habría hecho injuria a los demás. Pero lo que hace es tomar como pauta el tiempo. Y no dijo simplemente: *Los que anduvieron con nosotros*, sino que añadió: *Durante todo el tiempo que el Señor Jesús moró entre nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día que nos fue arrebatado al Cielo, uno de ellos sea constituido, a una con nosotros, testigo de su Resurrección.*

¿Qué intentaba? Que el número no quedara tronco. Pero ¿acaso no tenía Pedro potestad para elegir por sí mismo? La tenía en verdad. Mas para que no creyeran que se dejaba llevar por el favoritismo, no lo hace. Por otra parte, aún no había participado del Espíritu Santo. *Y le presentaron a dos: José llamado el Justo y Matías.* No los presentó Pedro, sino todo el conjunto. Pedro fue el quien dio el consejo, declarando no ser cosa suya, sino estar ya predicha en el profeta desde antiguo. De manera que él fue únicamente intérprete y no maestro. *José llamado Barsabá, por sobrenombre el Justo.* Quizá por haber muchos del mismo nombre puso ambas denominaciones. También entre los Apóstoles había varios de un mismo nombre: Santiago el hijo de Zebedeo y Santiago el de Alfeo; Simón Pedro y Simón Celotes, Judas el hermano de Santiago y Judas el Iscariote. Por lo demás el sobrenombre podía venirle o por un cambio de vida o por voluntad de él mismo.

Dice: *Le presentaron a José llamado Barsabá y a Matías. Y oyendo dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, manifiéstanos a cuál de estos dos has elegido para ocupar el lugar de este ministerio y apostolado, del cual desertó Judas, para ir a su lugar*

que le correspondía. Y lo confiaron a los dados (pues aún no se les había dado el Espíritu Santo) *y cayó la suerte en Matías y fue añadido al grupo de los once apóstoles.*

Dice: *Entonces se regresaron a Jerusalén desde el monte que se llama de los Olivos, que dista de Jerusalén el camino de un sábado.* Lo dice Lucas para dar a entender que no emprendieron un largo camino, no fuera a suceder que los acometiera el terror, pues aún temblaban y tenían miedo. *Y luego que entraron, subieron a la estancia superior del cenáculo.* Pues no se atrevían a comparecer en la ciudad. Con razón subieron a la estancia superior, para no ser fácilmente aprehendidos. *Y todos perseveraban unánimes entregados a la oración.* ¿Observas cuán despiertos perseveraban en la oración; y esto unánimemente, como si tuvieran una sola alma? Lucas testifica ambas cosas acerca de ellos.

[José tal vez había ya muerto, pues no parece que creyendo en Jesús los demás hermanos él no creyera; siendo así que fue el primero en creer. Ciertamente parece que no cuidaba de Cristo como si éste fuera puro hombre, como decía la Madre de Jesús: *Yo y tu padre llenos de dolor te buscamos.* De modo que José antes que todos los demás conocía al Señor. En cambio, acerca de los otros hermanos decía Cristo: *El mundo no puede aborreceros pero a mí me odia* ³].

Considera la modestia de Santiago. Obtuvo el episcopado de Jerusalén y sin embargo en esta ocasión nada dice. Considera también la profundísima humildad de los otros discípulos; y cómo ceden al electo el asiento y trono del Apóstol y no se querellan. Es que aquella reunión parecía estar ya en el Cielo y nada tenía de este siglo: ni paredes, ni mármoles, sino que resplandecía con el fervor de los allí reunidos. Y dice: *Eran como ciento veinte.* Tal vez estaban allí los setenta que Jesús había elegido y tal vez también otros de los más fervorosos, como José y Matías; y muchas mujeres que seguían a Jesús y andaban siempre con el grupo.

Tal vez fue la providencia tomada por Pedro como maestro. Y así constituyó al primer maestro. Y no dijo: me basta para enseñar. Tan lejos estaba de la vanagloria y no miraba sino a sólo una cosa, aunque no gozaba de la misma autoridad delante de todos. Pero con todo correctamente se iba procediendo así, dada la virtud del elegido, y que ya la prefectura en el ministerio no significaba un honor, sino un cargo y providencia respecto a los súbditos. Esto no permitía que los elegidos se ensobrecieran, pues se les llamaba a participar en los

peligros. Tampoco los no elegidos se dolían como si quedaran deshonrados. Pero ahora las cosas ya no van por esos caminos. Porque advierte: estaban allí como unos ciento veinte y Pedro pide entre toda la multitud a sólo uno. Con todo derecho lo hace, pues es el primero en autoridad en ese asunto, puesto que se le había dado el cargo de todos. Cristo le había dicho: *Y tú, una vez que hayas vuelto en ti, confirma a tus hermanos*⁴. Dice, pues, *Puesto que era contado como uno de nuestro grupo*, se hace necesario proponer otro que en lugar de éste de testimonio.

Advierte cómo en todo imita al Maestro. Invoca textos de la Sagrada Escritura, pero sin hacer referencia a Cristo, aunque Jesús muchas veces había predicho lo de Judas. Tampoco cita el pasaje en que la Escritura habla de la traición cuando dice: *Boca de impío, boca de engaño se abre contra mí*⁵; sino sólo cuando habla del castigo, pues por el momento era lo que convenía que los otros recordaran. Hay una cosa que declara sobre todo la bondad del Señor. Pues dice: *Puesto que era contado como uno de nuestro grupo y le había cabido en suerte este mismo ministerio*. Constantemente habla de la suerte, manifestando así ser todo obra de la gracia de Dios y de su elección; y les trae a la memoria aquel hecho antiguo; o sea que también a ellos los había Dios elegido, como antiguamente a los levitas.

Y se detiene más en lo que se afirma de Judas, o sea que el precio de la traición se convirtió en pregonero del castigo. Porque dice: *Adquirió un campo con el precio de su iniquidad*. Advierte cómo esto sucedió por providencia divina. Dice: *De su iniquidad*. Muchas iniquidades y pecados se han cometido, pero ninguno tan inicuo como éste. De modo que el negocio de Judas fue de iniquidad. Y no sólo fue manifiesto y conocido de los presentes, sino de todos los pósteros; hasta el punto de que involuntaria o conscientemente pusieran al sitio aquel nombre; como Caifás, que profetizó sin saberlo. Dios los empujó a que en hebreo lo llamaran *Hakeldamah*. Con él se declaraban los males que iban a seguirse sobre Jerusalén.

También se declaró cumplida en parte la otra profecía: *Bueno le hubiera sido a ese hombre no haber nacido*⁶. Y lo mismo puede afirmarse de los judíos, pues si el que los capitaneaba fue castigado, mucho más lo serían ellos. Aunque de esto nada habla ahora Pedro. Y en seguida, para demostrar que justamente el campo se llamó Hakeldamah, cita al profeta: *Quede su aprisco hecho un desierto*. ¿Qué más yermo y desierto que un sepulcro? De modo que justamente debió

aquel campo llamarse así; pues quien dio el precio, aun cuando fueran otros los compradores, justamente debe ser tenido como causa de tan gran desolación. Desolación que es principio de la desolación de toda Judea, si es que con diligencia el hecho se considera.

Ciertamente fueron ellos los que mataron de hambre a sí mismos y a otros muchos, y la ciudad se convirtió en sepultura de extranjeros y de soldados. Y a los extranjeros ya ni siquiera los dejaban sepultar, como indignos de una tumba. *Es, pues, menester, que de entre los varones que anduvieron con nosotros.* Advierte cómo Pedro quiere que los del grupo sean testigos oculares, aunque luego haya de venir el Espíritu Santo; pues de eso tenía gran cuidado. Dice: *De los varones que anduvieron con nosotros durante todo el tiempo que el Señor Jesús moró entre nosotros.* Significa que habitaban con El y no eran simplemente discípulos. Porque desde el principio muchos otros lo seguían. Así dice Juan: *Era uno de los dos que habían oído el testimonio del Bautista y siguieron a Jesús*⁷. Dice: *Durante todo el tiempo que el Señor Jesús moró entre nosotros a partir del bautismo de Juan.* Justamente, puesto que los demás conocían los sucesos primeros no por enseñanza, sino aprendiéndolos por el Espíritu Santo.

Hasta el día en que nos fue arrebatado al Cielo. Uno de ellos sea constituido, a una con nosotros, testigo de la Resurrección. No dijo testigo de los demás sucesos, sino únicamente: *Testigo de la Resurrección.* Puesto que sería más digno de fe aquel que pudiera decir: El que comía y bebía y fue crucificado, ese mismo es el que ha resucitado. Debía pues ser testigo no del tiempo pasado ni del tiempo futuro, ni de los milagros, sino de la Resurrección. La razón es que todo lo otro era público y manifiesto, mientras que la Resurrección se había llevado a cabo a ocultas, y sólo era conocida de los discípulos.

Y no dicen: Los ángeles nos dijeron, sino nosotros vimos. ¿Cómo se prueba esto? Por los milagros que hacemos. Por lo cual convenía que sobre todo para ese tiempo fueran testigos fidedignos. Dice: *Le presentaron dos.* ¿Por qué solos dos? Para que no se suscitara alguna notable perturbación en los ánimos, ni tampoco se complicara el asunto entre muchos. Y no sin motivo escogió Dios a Matías, sino para demostrar que quien ante los hombres es honorable, ante Dios suele ser inferior. Y todos juntos hacen oración y dicen: *Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, manifiéstanos.* Tú, Señor; no nosotros. Oportunamente lo invocan como conocedor de los corazones, pues la elección tenía que hacerla El y no los otros. Con esa confianza

se expresaban, pues en absoluto había que elegir a uno solo. Y no dijeron: Señor, elige; sino manifiesta quién es tu elegido. Porque dice: *Al que has elegido*, pues sabían que todo ha sido predefinido por Dios.

A cuál de éstos te has elegido para ocupar el lugar de este ministerio y apostolado. Pues había otros ministerios además. *Y lo confiaron a los dados.* Porque aún no se juzgaban dignos de hacer por sí mismos la elección; y así anhelan que por medio de alguna señal se les manifieste. Por lo demás, si ahí en donde no hubo oración previa ni había varones dignos de hacer la elección fue tan eficaz el sorteo, a causa de que se hacía con recta intención (me refiero al caso de Jonás sorteado), mucho más tenía que serlo acá en donde ese sorteo completó el número de Apóstoles y cerró el número de ellos. Y no lo llevó a mal el competidor; pues de otro modo no lo habrían callado los evangelistas, ya que no omitieron el referir los defectos aun de los más connotados Apóstoles: como por ejemplo cuando se irritaron y no una vez ni dos, sino otras muchas.

Imitemos a estos varones. No me refiero en esto a todos, sino a los que ansían prefecturas y dignidades. Si crees que la elección viene de Dios, no te indiges, pues contra El te irritas y enfureces, puesto que es El quien eligió. Siendo Dios quien elige, si te indignas procedes como Caín. Este, cuando convenía ensalzar a su hermano, al revés, lo llevó a mal y se indignó de que el sacrificio de su hermano fuera más acepto ante Dios: se enojó cuando lo conveniente habría sido arrepentirse. Pero, en fin, lo que yo digo es que sabe Dios muy bien ordenar las cosas. Con frecuencia sucede que tú, aun cuando seas de mejores costumbres, no eres idóneo para el cargo. Tal vez tu vida es inestable y tus costumbres generosas; pero esto no basta en la Iglesia de Dios. Por otra parte, uno es idóneo para una cosa y otro para otra. ¿No adviertes cuánto cuidado pone en esto la Sagrada Escritura?

Voy a decir de dónde nacen las discusiones en esta materia. De que no nos acercamos a las prefecturas como para ayudar a los hermanos, sino como a un honor y descanso. Si tuvieras en cuenta que el obispo pertenece a todos; que debe llevar la carga de todos; que el perdón que a otros se les otorga cuando se irritan a él se le niega; que cuando otros caen en un pecado todos los excusan, pero a él nadie lo excusa, entonces no te precipitarías hacia semejantes dignidades. El obispo está expuesto a todas las lenguas, a los juicios de todos, así

sabios como necios; y anda destrozado con los diarios cuidados aun durante las noches; y es blanco de las envidias y de los odios de muchos. No me hables de quienes todo lo hacen por agradar y anhelan el descanso y el sueño; y se acercan al cargo como a un puerto de tranquilidad y sin trabajos. Yo no hablo de esos.

Yo hablo de quienes vigilan por vuestras almas y anteponen la salvación de los súbditos a la propia. Porque dime: si quien tiene diez hijos bajo su obediencia que continuamente habitan en su casa, se ve obligado a cuidar de ellos sin descanso, quien tantísimos tiene y no a su disposición y obediencia y que no habitan con él, sino que son libres y disponen de sí mismos ¿de cuánta virtud conviene que sea? Dirás: pero al fin y al cabo se le tributan honores. ¿Cuáles? Los más viles de entre los pobres y en pleno foro lo destrozan a injurias. Insistirás: ¿por qué no les cierra la boca? ¡Bueno estaría! Pero con eso no me dices el oficio del obispo.

Además, si no hace limosnas a todos, vagos y desocupados, se le acomete con infinitas recriminaciones. Ante los príncipes cohibe el miedo; ante el obispo, no. Nadie siente miedo en acusarlo y recriminarlo. Ante el obispo nada vale el temor de Dios. ¿Quién podrá declarar el cuidado que ha de tener él de la enseñanza y de la predicación, y la dificultad en las ordenaciones de presbíteros? Quizá yo soy un miserable, un tonto, un hombrecillo de nada; o quizás las cosas en la realidad son tales como las digo. El alma del obispo y del sacerdote en nada se diferencian de una nave agitada por las olas. De todos lados se le punza, por amigos y enemigos, por los suyos y por los extraños.

Objetarás: pero ¿acaso no está sujeto al Emperador el orbe todo, mientras que el Prelado gobierna solamente una ciudad? ¡Sí! Pero las solicitudes de éste son tanto mayores que las de aquél cuanto mayor es el piélagos, hinchado y furioso, que las olas de un río. ¿Por qué motivo? Porque el Emperador tiene cantidad de ministros y todo se hace por su mandato y por la ley. Pero en nuestro caso nada de eso hay, pues no se pueden dar órdenes autoritativamente. Si el obispo con exceso se impone, se le llama cruel; y si no se impone, se le tilda de frío en insensible. De manera que se hace necesario conjugar esas dos cosas contrarias para que ni se excite el desprecio ni tampoco el odio. Por otra parte, están las preocupaciones de los negocios. ¡A cuántos hombres se ve obligado a ofender, quiera o no quiera! ¡Contra cuántos otros tiene que proceder con aspereza, contra su propia voluntad! ¡Yo digo lo que siento! Pienso que muchos sacerdotes se

salvan, pero son muchos más los que se condenan, no por otro motivo sino porque la empresa requiere hombres magnánimos ⁸. Necesidades de todas clases lo perturban en sus costumbres y tiene necesidad por todos lados de infinitos ojos.

¡Advierte la gran cantidad de virtudes que ha de poseer el obispo? Que tenga amplia instrucción; que sea paciente, que al enseñar sea fiel al Evangelio. ¡Cuán difícil es todo eso! Culpable es de los pecados ajenos. No recordaré otras cosas. Pero basta, por ejemplo, que muera uno solo sin estar iniciado para que éste le ponga en peligro su propia salvación, pues la pérdida de una sola alma es daño tan grande que no hay discurso que pueda explicarlo. Si su salvación es de tal precio que por ella el Hijo de Dios se hizo hombre y padeció grandes sufrimientos, piensa cuán grave castigo acarreará su pérdida. Si en este mundo quien causa la muerte de otro es reo de muerte, mucho más la merece aquel por quien una alma se condena.

No me objetes que fue el presbítero o el diácono quien pecó: esos pecados caen sobre la cabeza del que los ordena. Otra cosa diré aún. Le acontece a un obispo recibir un clero de hombres ya pervertidos. Duda él sobre el partido que ha de tomar acerca de los pecados pasados. Porque son dos los principios en que ha de basarse: no abandonar al ya perdido y no escandalizar a los demás. ¿Ha de cortarse del clero al perdido? No hay causa determinante. ¿Se le ha de perdonar simplemente? Me dirás qu sí, alegando que al fin y al cabo la culpa es del que lo ordenó. Pero entonces ¿no conviene ordenar al que es malo ni promoverlo a más alto grado? Pero en este caso quedará difamado públicamente como malo. De manera que el obispo peca por este otro camino. Entonces ¿lo promoverá a más alta dignidad? Eso sería mucho peor.

En conclusión, si se han de acercar al episcopado como a un campo de solicitudes, nadie fácilmente lo tomará sobre sí. Y sin embargo, ahora lo anhelamos como si se tratara de una prefectura segular. Por adquirir gloria y honores ante los hombres, perecemos ante Dios. ¿Qué ganancia se saca de semejantes honores? ¡Cuán claramente se demuestra que son nada! Cuando anhelas el sacerdocio pon en el otro platillo la gehenna; pesa la cuenta que allá tienes que dar. Pon en el platillo una vida libre de cuidados y un mejor medido castigo. Si pecas como un particular nada de eso padecerás; pero si como sacerdote, has perecido.

Considera cuán graves padecimientos soportó Moisés, cuántas

buenas obras llevó a cabo. Y sin embargo, por una falta que cometió fue duramente castigado. Y con razón, pues fue con pérdida de muchos otros. Sufrió un castigo mayor no porque el pecado fuera público, sino por ser de un sacerdote. No se nos castiga igualmente por los pecados públicos que por los ocultos. El pecado en sí es el mismo; pero el castigo no. Más aún, el pecado mismo no es igual, ya que no es lo mismo pecar ocultamente que atreverse a pecar en público.

Pero el obispo no puede pecar ocultamente. Deseable sería para él no pecar y verse libre de recriminaciones; pero eso está muy lejos. Si se irrita, si se ríe, si se entrega al sueño para descansar, muchos lo cargan de injurias, muchos se escandalizan, muchos le ponen leyes, muchos añoran a los prelados anteriores y se mofan del presente; y no lo hacen con ánimo de alabar a aquellos, sino por el gusto de morder al actual, y por eso traen a colación a los coepíscopos y a los presbíteros. Es ésta, dicen, una guerra dulce para los inexpertos. Eso se puede repetir ahora. Más aún, lo repetimos antes de entablar el combate. Pero cuando ya entramos en él, muchos nos desconocen. Porque el combate ya no es contra los que oprimen a los pobres ni para defender la grey, sino que, a la manera de los pastores de que habla Ezequiel (XXIV, 2), matamos y devoramos ovejas. ¿Quién de nosotros muestra por el rebaño de Cristo tanto cuidado como Jacob por el de Labán? ¿Quién puede hablar de aquellas heladas sufridas durante la noche?

No me hables de desvelos y de tantos más cuántos cuidados. Todo va al contrario. Prefectos y cónsules no disfrutan de tan grande honor como el que preside la Iglesia. Si entra al palacio real ¿quién es el primero a quien el rey recibe? Si va a las mansiones de las matronas o a las casas de los primates, nadie se le antepone. Todo se ha echado a perder; todo está corrompido. No digo esto por avergonzaros, sino para reprimir vuestra codicia. ¿De quién que sea consciente echarás mano si por ti mismo o por un intermediario ambicionas la dignidad episcopal? ¿Con qué ojos mirarás al que fue tu cómplice? ¿Qué podrás proferir en tu defensa? Quien contra su voluntad se haya visto obligado, alguna excusa tiene; aunque de ordinario tampoco éste tiene perdón. Pero en fin: alguna excusa tiene. Piensa en lo que le acometió a Simón Mago. ¿Qué importa que no hayas dado dinero, si en vez de dinero adulaste y maquinaste: *Perezcan tú y tu dinero*⁹; así le dijo Pedro a aquel. A éstos les diría: ¡Perezcan vosotros y vuestra ambición, pues creísteis poseer el don de Dios mediante artificios humanos!

Dirás que nadie hay que tal ambición tenga. ¡Ojalá no lo haya! Yo

por mi parte anhelaría que a ninguno de vosotros tocara esto. Pero ahora, andando delante el discurso, venimos a dar en este punto. Claro es que al hablar contra la avaricia no nos expresamos contra vosotros, ni contra alguno en particular; y ojalá que estos remedios los preparemos en vano. Así lo anhelan los médicos, sin querer otra cosa sino que las medicinas que preparan con tantos trabajos no tengan que usarse. Del mismo modo nosotros anhelamos que nuestras palabras se disipen en el aire por no ser necesarias; que todo se reduzca a meras palabras. Yo me encuentro preparado para soportar cualquier cosa, con tal de que no se siga del callar peligro para las almas.

Yo no creo que alguno, por más ambicioso que sea de la vanagloria, quiera inútilmente hacerse notable y llamar la atención, si no lo obliga la necesidad. Pero, en fin, en ese caso callaremos y omitiremos daros esta doctrina, pues la mejor enseñanza es la que se da con las obras. También los médicos excelentes, aun cuando la enfermedad de sus pacientes les produzca un salario, prefieren ver sanos a sus amigos. Del mismo modo nosotros anhelamos que todos vosotros estéis con salud, pues no queremos ser salvos nosotros y veros a vosotros reprobados. Quisiera yo, a serme posible, presentar ante vosotros de bulto mi caridad para con vosotros: entonces nadie me recriminaría, aun usando yo de ásperos discursos. Puesto que: *Más leales son las heridas de los amigos que los abundantes besos de los enemigos*¹⁰.

Nada me es más caro que vosotros, ni aun la misma luz. Escogería yo quedar mil veces ciego si con eso pudiera convertir vuestras almas: ¡tanto me es más grata vuestra salvación que la luz! ¿De qué me servirían los rayos del sol, si el dolor por causa vuestra me oscureciera la vista? buena es la luz cuando brilla juntamente con la alegría, mientras que al alma envuelta en amargura le resulta ingrata. Y que no miento ojalá nunca lo veáis por experiencia. Por lo demás, si alguno de vosotros cayera en pecado, presentaos ante mí cuando yo esté dormido. ¡Perezca yo si entonces no me pareciera a los paralíticos, y a los ciegos, según el dicho del profeta!: *Y la luz de mis ojos, ella misma no está conmigo*¹¹.

Al fin y al cabo, ¿qué esperanza me queda si vosotros no aprovecháis? ¿Qué tristeza puede sobrevenirme si vosotros vivís preclaramente? Yo me siento ligero y como con alas cuando oigo cualquier buen proceder de vosotros: ¡*Colmad mi gozo!*¹²! Esto es lo único que yo presento a Dios en mi oración: que anhelo vuestro aprovechamiento.

to. En lo que yo batallo por adelantarme a todos, es en amaros y abrazaros a todos; pues vosotros sois para mí todo: padre, madre, hermanos e hijos. No penséis que algo de lo que se os dice nace de odio. Yo hablo así procurando vuestra enmienda. Pues dice la Escritura: *El hermano que es ayudado por su hermano es como una ciudad fuerte*¹³.

En consecuencia, no os indignéis. Por mi parte no desprecio vuestras advertencias, pues anhelo que me enmendéis, anhelo aprender de vosotros. Porque todos somos hermanos y uno solo es el Maestro. Y entre hermanos, lo propio es que uno mande y los demás obedezcan. De manera que no lo llevéis a mal, sino procedamos en todo a gloria de Dios. Pues a El se le debe toda la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Salmo LXVIII, 26.
2. Alusión a Mat. XVIII, 1-5; Marc. IX, 34; IX, 46.
3. Lo que va entre corchetes está totalmente desconectado de lo anterior y parece más bien algún párrafo de otra Homilía intercalado por los copistas.
4. Luc. XXII, 32.
5. Salmo XVIII, 2.
6. Mat. XXVI, 24.
7. Juan I, 40.
8. Para comprender el fuerte rigorismo con que el santo se expresa aquí y en algunos otros pasajes, es necesario recordar lo que ya anotamos en la Introducción general: fue aquella época de sumos desórdenes en el clero –sacerdotes y obispos, seglares y monjes– hasta el punto de andar a veces verdaderas manadas de tales hombres escandalizando.
9. Hechos VIII, 20.
10. Prov. XXVII, 6.
11. Salmo XXVII, 10. El original dice: Señor: todo mi anhelo ante tus ojos, mi gemido no se te oculta.
12. Filip. II, 2.
13. Prov. XVIII, 19.

HOMILIA IV

Cuando se llegó el día de Pentecostés se hallaban todos reunidos en el mismo lugar. Y se produjo de repente un fragor venido del cielo
(Hechos II, 1-2).

¿CUÁL ES ESE DÍA DE PENTECOSTÉS? Aquel en que se había de aplicar la hoz a las mieses, aquel en que se comenzaba la recolección de los frutos. ¿Notas la figura? Mira ahora la verdad realizada. Cuando se había ya de poner la hoz de la palabra y recogerse la mies, entonces vuela el Espíritu Santo a la manera de una hoz. Oye a Cristo que dice: *Levantad vuestros ojos, y contemplad los campos ya en sazón para la siega*¹. Y también: *La mies es mucha y los operarios pocos*². Y fue el quien primero aplicó la hoz. El llevó al cielo las primicias, habiendo tomado nuestra naturaleza. Por eso llama mies a semejante operación.

Dice pues: *Cuando llegó el día de Pentecostés*. Es decir, no antes de la fiesta de Pentecostés, sino en la fiesta misma. Porque convenía que la venida del Espíritu Santo aconteciera en una festividad, para que quienes se habían hallado presentes a la crucifixión, presenciaran también esto otro. *Y se produjo de repente un fragor venido del cielo*. ¿Por qué no se efectuó el suceso sin signos sensibles? Porque si habiéndose llevado a cabo con ellos, todavía decían de los Apóstoles: *Están llenos de mosto*, ¿qué habrían dicho si no se hubiera llevado a cabo así?

Y el fragor no se produjo simplemente, sino: *Viniendo del cielo*. Por haber sido repentino les excitó la atención. *Y llenó toda la casa*. Declara la gran vehemencia del Espíritu Santo. Atiende. Los reunió a todos allí para que los presentes creyeran y los Apóstoles aparecieran honrados y dignos. Pero no sólo dice esto, sino que añade algo más escalofriante aún: *Y vieron aparecer lenguas como de fuego que se distribuían y posaban sobre cada uno de ellos*. Con insistencia se

añade en cada caso esa partícula *como* para que no pienses en nada sensible acerca del Espíritu Santo. Dice: *Como de fuego*; y, *como soplo*. De modo que no era un simple soplo extendido por el aire.

Cuando el Espíritu Santo hubo de aparecerse al Bautista, bajó a la cabeza de Cristo en forma de paloma; pero ahora, pues se trataba de la conversión de toda la multitud, vino en forma de fuego. *Y se posó sobre cada uno de ellos*; es decir permaneció, descansó en cada uno. Porque posarse significa permanecer, estar permanentemente. Pero ¿qué? ¿Vino únicamente a los Doce y no a los demás? De ninguna manera, sino que bajó a todos los ciento veinte. Pues no sin motivo Pedro trajo el testimonio del profeta que dice: *Y sucederá en los últimos tiempos, dice el Señor Dios, derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y vuestros adolescentes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán revelaciones en sueños*. Advierte cómo el Señor Dios vino en Espíritu Santo y en fuego, no únicamente para excitar a los discípulos, sino además para llenarlos de su gracia. Porque dice: *Se llenaron todos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar lenguas diversas*; según los impulsaba a prorrumpir el Espíritu Santo. No recibieron otra señal, sino esta primera por ser del todo nueva y porque así no se necesitaba de otra.

Y se posó sobre cada uno de ellos. Luego también sobre aquel que no fue elegido en lugar de Judas. De manera que ya no se duele de no haber sido electo como lo fue Matías. *Y se llenaron todos del Espíritu Santo*. No simplemente recibieron la Gracia del Espíritu Santo, sino que quedaron llenos. *Y comenzaron a hablar lenguas diversas según los impulsaba a prorrumpir el Espíritu Santo*. No habría dicho *todos*, aun estando presentes los Apóstoles, si no hubieran participado de ese don todos los demás. Pues antes los contó por sus nombres, ahora no los uniría con los demás en la recepción si no lo hubieran recibido. Si cuando bastaba con decir que estaban presentes los Apóstoles, enumeró por sus nombres a los otros, con mayor razón ahora los habría discriminado.

Advierte cómo viene el Espíritu Santo mientras perseveran en la oración y guardan la mutua caridad. Cuando dice: *Como de fuego*, les trae a la memoria otra visión. Pues como fuego se apareció a Moisés en la zarza. *Según los impulsaba el Espíritu Santo a prorrumpir*. Porque sus expresiones eran como sentencias breves. *Residían entonces en Jerusalén, judíos piadosos procedentes de todas las naciones que hay bajo el cielo*. Y cuando se produjo aquel fuego se congregó

un gran gentío y quedaron desconcertados. Como el suceso tenía lugar en el interior de la casa, con razón acudían los que estaban allá afuera. *Y quedaron desconcertados.* ¿Qué significa *desconcertados*? Es decir, turbados, admirados.

Explicando esa turbación, continúa: *Porque cada uno de ellos los oía hablar en su propia lengua. Fuera de sí y maravillados, decían: ¡Ved! ¿Acaso todos esos que hablan no son galileos?* La multitud se fija inmediatamente en los Apóstoles: *¿Como es, pues, que los oímos hablar cada uno en nuestra lengua patria? Partos y medos y elamitas y pobladores de Judea y Mesopotamia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de Libia sita cerca de Cirene, como también los peregrinos romanos, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes: todos los oímos proclamar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios.* Y estaban todos *desconcertados* y se admiraban y se decían unos a otros: *¿Qué puede significar esto?*

¿Adviertes cómo concurren de Oriente y de Occidente? *Pero otros decían: Están llenos de mosto.* ¡Oh locura! ¡oh perversidad suma! No era entonces tiempo de la vendimia, puesto que era el día de Pentecostés. Y lo que es más grave, confesando todos el milagro, romanos y prosélitos, y quizá aun algunos de los que habían crucificado a Jesús, esos algunos, a pesar de los múltiples milagros, todavía aseveran: *Están llenos de mosto.* Pero repitamos lo ya dicho. Dice: *Llenó toda la casa.* Fue el Espíritu Santo a la manera de una piscina. Por otra parte, el fuego significa abundancia y vehemencia. Nada de esto sucedió a los profetas; pero ahora acontece a éstos de este modo y a los profetas de otro.

A Ezequiel se le dio un pequeño rollo y comió lo que había de decir. Y dice la Escritura: *Y fue en su boca dulce como la miel*³. La mano de Dios tocó la lengua de otro profeta. Pero en nuestro caso, es el Espíritu Santo en persona. Es pues igual en honor al Padre y al Hijo. Y en otra parte, poco antes, dice: *Lamentaciones y gemidos y ayes.* Con razón a los profetas se les daba el Espíritu en un libro, pues necesitaban de semejanzas y símbolos y tenían que tratar con una sola nación, y ésta era la suya propia. En cambio los discípulos tenían que tratar con el orbe todo y con gentes que no conocían.

Eliseo recibió la gracia y don mediante el palio de pelos de cabra; otro, David, mediante el óleo; Moisés fue llamado mediante el fuego de la zarza. Pero aquí las cosas van por otros caminos. El fuego mismo se posa. Mas ¿por qué el fuego no apareció en forma tal que

llenara toda la casa? Porque se habrían aterrorizado. ¡Bien está! Y sin embargo la Escritura dice que sí se aterrorizaron. Respondo: no atiendas a que dice: *Aparecieron lenguas distribuidas*, sino considera que eran de fuego. Un poco de fuego puede incendiar una selva inmensa. Y con razón dice *distribuidas*, pues venían todas de una misma raíz, para que así conozcas que la fuerza para obrar les fue enviada por el Paráclito.

Advierte cómo primero se les preparó y luego recibieron el Espíritu Santo, como sucedió con David. Pues lo que éste había hecho en los rediles, eso hizo después de la victoria y el trofeo, para que quedara en claro su fe ⁴. Considera de nuevo a Moisés, el cual despreciaba los palacios reales y ya de cuarenta años fue a gobernar a la nación. Y a Samuel, que hubo de ser educado en el templo. Y a Eliseo, que lo dejó todo. Y lo mismo a Ezequiel. Y que en realidad se les diera esa preparación, se ve por lo que siguió, pues todos éstos lo abandonaron todo. Y con esta condición reciben luego el Espíritu Santo, o sea una vez que han demostrado su virtud. Habían experimentado la humana fragilidad en lo que habían padecido; habían experimentado que no en vano habían vivido virtuosamente. También Pablo, tras de recibir el testimonio de ser varón probo, participó del Espíritu Santo. Pero nadie lo recibió como lo recibiera ahora los discípulos; ni aun Moisés, que fue superior a los profetas. Pues cuando convenía que los demás se convirtieran en varones espirituales fue menospreciado por ellos.

Acá no sucede así, sino que, a la manera que alguno enciende de un fuego cuantas lámparas quiere y no por eso el fuego se disminuye, así les aconteció a los Apóstoles. Es que por el fuego no se significa únicamente la abundancia de gracias, sino que así cada uno recibía como una fuente el Espíritu Santo, según dijo Cristo: que quienes creyeran recibirían una fuente de agua que salta a la vida eterna. Razonablemente, pues no iban a disputar con el Faraón, sino que iban a combatir con el demonio. Y lo que es más admirable, fueron enviados y no se resistieron, ni dijeron ser de voz débil ni tartamudos. Ya Moisés los había instruido en eso. No alegaron su poca edad, pues Jeremías los había enseñado. Habían oído que les anuncianan cosas terribles y peores con mucho que a aquellos otros y sin embargo no se atrevieron a contradecir. Por donde se ve que eran ellos ángeles de luz y ministros de las cosas celestiales.

Y estando los Apóstoles acá en la tierra, no se les apareció ningún ser celestial, sino que una vez que Cristo Hombre ascendió a los

Cielos, vino del Cielo el Espíritu Santo *como un viento vehemente que de arriba venía*, dice. Con esto declaraba que nada podría resistirles y que los enemigos serían disipados como el viento esparce el polvo de la tierra. *Y llenó toda la casa*. La casa era símbolo del mundo. *Y se posó sobre cada uno de ellos. Y se congregó gran gentío. Y estaban desconcertados.* ¿Adviertes su piedad y cómo de pronto nada dicen, sino que dudan? Pero los preversos se burlan y dicen: *Están llenos de mosto.*

Como según la Ley podían presentarse en el templo tres veces en el año, sucedió que estuvieran allí varones religiosos de todas las naciones. Advierte cómo el autor no los adulsa. Porque no dice qué fue lo que dijeron, sino únicamente asegura: *Luego que se produjo aquel fragor se congregó una gran multitud y quedaron todos desconcertados.* Con razón, pues creían llegado el fin a causa del crimen cometido contra Cristo. Por otra parte, la conciencia los perturbaba, pues la muerte de Cristo estaba como quien dice aún entre las manos, de manera que todo los aterrorizaba.

Y dicen: *¡Mirad! ¿Acaso esos que hablan no son todos galileos?* Con razón lo afirman, puesto que todos confesaban ser galileos. En tal forma los aterrorizaba el fragor. Habían confluído hacia la cosa de gran parte del orbe. Y lo que más confortaba a los Apóstoles era que ignorándolo ellos hablaban en el idioma de los partos; y sabían que lo hablaban por testimonio de los mismos partos. Y enumera naciones enemigas, como eran cretenses, árabes, egipcios y persas, declarando con esto que a los Apóstoles se sujetarían todos aquellos.

Como en ese tiempo estaban dominados los judíos, es verosímil que hubiera allí muchos gentiles; y también porque ya se hubieran esparcido las verdades religiosas hasta entre los gentiles. Habría allí muchos que recordarían esas verdades ya oídas. De modo que el testimonio por todos lados era fidedigno e incontrovertible, dado por ciudadanos, extranjeros y prosélitos. *Les hemos oído proclamar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios.* Porque no hablaban los Apóstoles cosas ordinarias, sino admirables. Con razón estaban desconcertados y dudosos, pues un fenómeno así nunca se había producido.

Advierte la rectitud de aquellos hombres. Estaban desconcertados y dudosos y decían: *¿Qué puede significar esto?* Pero otros, en son de burla, decían: *Estos están llenos de mosto.* ¡Oh imprudencia! Ni era cosa admirable el que así se burlaran, pues del Señor mismo que

arrojaba los demonios afirmaban ser un poseo. Por todas partes se manifestaba la petulancia y no buscaban sino una sola cosa: no el hablar conforme a razón, sino cuanto les venía a la boca. *Están llenos de mosto.* En verdad que sí, puesto que se atreven a hablar tales magnificencias de Dios unos hombres puestos en tan graves peligros y que están temiendo la muerte y llenos de tan grave temor.

Pero advierte cómo, no siendo verosímil semejante afirmación, para imponerla a sus oyentes aquellos burladores y demostrar que los discípulos están ebrios, todo lo refieren al modo con que estos proceden y hablan, y así dicen: *Están llenos de mosto. Entonces Pedro, puesto de pie en medio de los Once, levantó la voz y les dijo.* Viste antes su prudencia en elegir; advierte ahora su fortaleza. Estando los oyentes estupefactos y admirados ¿acaso no resulta también admirable que un hombre ignorante y sin letras pueda prorrumpir en un discurso, colocado él en medio de tan ingente multitud? Si de ordinario cualquiera se turba al tener que hablar ante sus familiares, mucho más se turbará al hablar ante enemigos que respiran muertes. Y al punto con la voz misma demostró que no estaban ebrios, ni arrebatabados del furor propio de los vaticinantes paganos ni bajo el influjo de fuerza alguna extraña. Pero ¿qué significa: *Con los Once?* Que todos hablaban por boca de Pedro y era él como boca de todos. Están ahí todos los Once confirmando con su testimonio lo que dice Pedro.

Dice: *Levantó su voz*, o sea que habló con suma confianza. Lo hizo así para que conocieran la fuerza y don del Espíritu Santo. El que no había afrontado la pregunta de una vil muchacha ahora, en medio de aquel gentío, cuando todos respiraban muertes, habla con tan grande confianza que esto se convierte en una incontrovertible prueba de la Resurrección. Porque Pedro, en medio de hombres burladores y que en tal forma se mofan, habla tan confiadamente. Ahora comprendes con cuánta petulancia, con cuánta impiedad, con cuánta impudencia achacan a embriaguez aquel admirable don de lenguas.

Pero nada de eso perturbó a los Apóstoles, ni por aquellas burlas se tornaron más tímidos. Transformados con la venida del Espíritu Santo, eran ya superiores a todo lo corpóreo; pues del Espíritu Santo es propio hacer de hombres de barro hombres de oro. Considera a Pedro y examina a ese Apóstol tímido y aun ignorante; y cómo dijo Cristo: *¿Tampoco vosotros comprendéis aún?*⁵ y que después de aquella confesión admirable se le llamó satán. Considera además la concordia de los Apóstoles y cómo cedieron a Pedro el ministerio de la palabra, pues no convenía que hablaran todos a la vez.

Dice: *Y levantó su voz*, y les habló con suma confianza. Esto es lo propio de un varón espiritual. Hagámonos nosotros dignos de la Gracia celeste y todo nos resultará fácil. Así como un hombre encendido en fuego, si cae entre pajas no sufre mal alguno, sino más bien él las enciende; puesto que él nada malo padece, sino que quienes se le oponen a sí mismos se pierden, así sucedió acá. O mejor aún, como si un hombre que lleva fuego lucha contra otro que lleva heno, así los Apóstoles acometieron con gran fortaleza a la multitud aquella. Y ¿en qué los dañó turba tan grande? Dime: ¿acaso no luchaban con la escasez y con el hambre? ¿acaso no con la ignominia y las afrontas? Porque se les creía embaucadores.

¿Acaso no estaban expuestos a las risas y a las burlas de los que se hallaban presentes? Pues de ambas cosas eran blanco: unos se refan de ellos y otros se burlaban y se mofaban de ellos. ¿No estaban expuestos al furor y la locura de íntegras ciudades y a toda clase de sediciones y asechanzas? ¿No lo estaban al fuego y al hierro y a las fieras? ¿No los oprimían las guerras de todas partes, guerras sin cuento? ¿Acaso no se portaban ellos, al contemplar todo aquel conjunto afflictivo, como si lo vieran en sueños o en pintura? Y ¿qué sucedió? ¿Acaso no vencieron ellos tales furores? ¿Acaso no retacharon contra los perseguidores las angustias y aflicciones? ¿Acaso no se hallaban los perseguidos poseídos, más que nadie, juntamente de furor y de miedo? ¿Acaso éstos no andaban angustiados, temerosos y temblando? Oyelos cómo dicen: *Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre*⁶.

Y lo que resulta admirable es que los Apóstoles salen inermes al combate en todas partes contra adversarios armados, contra príncipes y potestades que tenían poder sobre ellos, y siendo ellos inhábiles. Sin facilidad de palabra e ignorantes, acosaban y urgían en el combate a los charlatanes, embaucadores, abundantes sofistas y retóricos, filósofos corrompidos de la Academia y el Peripato. Y aquel que siempre había vivido en las orillas de un lago, en tal forma los derrotó, como si peleara contra peces mudos: porque verdaderamente los superó como el pescador a los peces.

Delante de él enmudeció aquel Platón que tantas inepcias había dicho, mientras que Pedro habla a partos, medos, elamitas, indos; y predica por toda la tierra y hasta los confines del orbe. ¿Dónde está ahora el famoso prestigio de Grecia? ¿Dónde el renombre de Atenas? ¿Dónde los delirios de los filósofos? Pedro el de Galilea, el de Betsai-

da, el rústico, a todos esos los ha vencido. Yo pregunto: ¿No os avergonzáis aun de lo humilde de la patria de quien os ha vencido? Si escucháis su nombre y sabéis que se llama Cefas, mucho más os avergonzaréis. Esto fue, lo repito, esto fue lo que os perdió: el tener por afrenta la sencillez y por laudable la elocuencia. No os acercasteis por la senda que convenía sino que, habiendo abandonado la que era regia, fácil, escombrada, echasteis por la otra, áspera, llena de precipicios y difícil. Por tal motivo no llegasteis al Reino de los Cielos.

Entonces ¿qué? preguntarás: ¿por qué no tuvo Cristo virtud sobre Platón y Pitágoras? Porque la mente de Pedro era mucho más apta para comprender la Virtud que la de esos otros. Estos eran como niños, vueltos siempre al aura de la vanagloria, mientras que Pedro era un hombre de virtud capaz del don del Espíritu Santo. Si al oír esto te ríes no es maravilla; también en aquel tiempo se mofaban de los Apóstoles y decían que estaban llenos de mosto. En cambio, más tarde, cuando ellos sufrieron las acerbísimas crueidades y vieron su ciudad cautiva y las llamas y los muros derruidos y aquellas desgracias que nadie es capaz de contar, entonces no se mofaron.

Tampoco vosotros reiréis cuando llegue el día del juicio y se encienda el fuego de la gehena. Mas ¿para qué hablo de lo futuro? ¿Quieres que te ponga delante quién sea Pedro y quién Platón? Si te parece examinemos sus costumbres y veamos lo que cada uno hizo. Platón gastó su vida en enseñanzas inútiles y vacías. Porque ¿de qué sirve saber si el alma del filósofo se convierte en mosca? Verdaderamente la mosca no es algo que se cambió en mosca* sino que lla se metió en el alma de Platón.

¿Habrá bagatelas que a éstas puedan compararse? ¿A quién se le ocurren semejantes charlas vanas? Era Platón un hombre repleto de preguntas que fingían ignorancia y padecía celos de grandeza para con todos. Como si se empeñara en aportar nada útil de sí ni de otros, tomó de otro de la transmigración, y de suyo trajo lo de su República, en la que propuso leyes repletas de torpezas. Así ordena, que las mujeres sean comunes, que las vírgenes se ejerciten en la palestra desnudas delante de sus amantes y que sean comunes padres e hijos. ¿A qué locura no aventajan semejantes leyes? Y esto es lo que se refiere a Platón.

En cambio, en aquel otro no hace la naturaleza comunes los padres, sino la virtud; porque la filosofía de Pedro desterró esa ley de Platón. Este no hacía otra cosa sino lograr que se ignorara cuál era el

padre de los hijos y en cambio se reconociera a quien no lo era; de modo que lanzaba a las almas a cierta embriaguez y a un verdadero estercolero. Que todos, dice, usen indistinta y audazmente de las mujeres.

Y no examino ahora las ficciones de los poetas, para que no vaya a decir alguno que ando explorando fábulas; sino que traigo al medio otras fábulas más ridículas que las de los poetas. ¿Dónde encontraron los poetas algo tan extraño como lo dicho? Porque Platón, que era tenido como el príncipe de los filósofos, armó a las mujeres y les puso cascós y grebas y afirma que el linaje de los hombres en nada difiere del de los canes. Y pues entre perros el macho y la hembra son comunes, que también deben serlo las mujeres, con lo que todo el orden se pervierte.

En todo tiempo el diablo ha procurado, mediante las mujeres, demostrar que nuestro linaje no es de más elevada categoría y nobleza que el de los brutos; y algunos de esos filósofos han llegado a establecer sentencias tan absurdas y vanas que afirmaron tener entendimiento y razón los brutos animales. Advierte en cuán variadas formas se ha desenfrenado furiosamente el demonio en las almas de esos filósofos. Los principales de entre ellos sostuvieron que nuestras almas se transforman en moscas, canes y otros animales brutos. Sus discípulos, avergonzados de eso, dieron en otra torpeza, pues hicieron partícipes a todo conocimiento racional a los brutos, y se dedicaron a probar que todas las criaturas, que para nuestro bien fueron hechas, son más excelentes que nosotros.

Y no se detuvieron aquí, sino que les atribuyeron prescincia y piedad. Afirman que el cuervo conoce a Dios, lo mismo que la corneja; y que ambos poseen el carisma de la profecía y predicen lo que va a suceder. Según Platón, de entre esos animales es el perro el que tiene justicia, república, leyes, envidias. ¿No dais crédito a mis palabras? ¡Con razón! pues habéis sido educados en los dogmas verdaderos. A la verdad, cualquiera que con semejante manjar se haya alimentado, jamás creerá que haya hombres que gustosos se nutran de estiércol.

Y cuando les decimos que todo eso es fábula y está lleno de necedades, nos responden: ¡No lo entendéis! ¡Ojalá nunca entendámos cosas tan ridículas! En realidad no se necesita un gran talento para comprender lo que significa tamaña impiedad y confusión. Pero ¿acaso habláis, oh necios, al modo de los cuervos y como lo hacen los niños? Porque sois vosotros tan niños como esos.

Nada semejante dijo Pedro, sino que lanzó una voz que a la manera de una luz colocada en mitad de las tinieblas disipa la oscuridad del orbe. Y por lo que hace a sus costumbres, cuán mansos, cuán humanos, cuán ajenos a toda vanagloria eran los Apóstoles; y cómo miraba Pedro al cielo, sin soberbia alguna, aun cuando resucitara muertos! Si a cualquiera de esos necios le hubiera acontecido, aunque sólo fuera en imaginación y en fantasmas, algo semejante, ¿acaso no habría al punto exigido altares y templos y ser tenido como igual a Dios, siendo así que muchos, sin hacer ninguno de tales prodigios, se han imaginado ser dioses? ¿Qué significan entre esos Atena, Apolo, Hera? Son un género de daimones; y hay entre ellos un rey que ansía la muerte con tal de que se le tenga por igual a los dioses.

No proceden así los Apóstoles, sino enteramente al contrario. Oye cómo exclaman tras de haber dado la salud a un cojo: *Varones israelitas ¿por qué fijáis los ojos en nosotros cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste?*⁷ Y también en otro sitio: *Nosotros somos semejantes a vosotros, hombres mortales y pasibles*⁸. En cambio, acá, entre aquellos filósofos, hay mucha ostentación, mucha arrogancia, pues todo lo hacían siempre mirando a los honores humanos y nada en vista de la práctica de la virtud. Es porque cuando se trata de la vanagloria, todo es bajeza; por lo cual, si alguno no la consigue, abandona toda virtud, apremiado y encadenado por esa otra enfermedad mucho más violenta y vergonzosa.

El desprecio de la vanagloria es idóneo para enseñar toda clase de bienes y para echar del alma cualquiera pasión perniciosa. Por lo mismo, os ruego con sumo empeño que desarraigéis esa enfermedad. No hay oro camino para hacernos aceptos a Dios y atraer sobre nosotros la benevolencia de ese Divino Ojo insomne. Pongamos, pues, todo empeño en disfrutar de aquel don celestial. Así huiremos de los males presentes y alcanzaremos los bienes futuros, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, en unión del Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Juan IV, 35.
2. Luc. X, 2.
3. Ezeq. III, 3.
4. Pensamiento algo oscuro. Parece decir el santo que la vida de pastor fue para David preparación para la de profeta; y que así como allá pastoreaba el ganado y vencía los leones, así, ya rey, pastoreaba al pueblo y vencía a los enemigos.
5. Mat. XV, 16.
6. Hechos V, 28.
- * Así dice la traducción, que creemos equivocada, sin poder corregirla por haber muerto el traductor y carecer nosotros del original griego
7. Hechos III, 12.
8. Hechos XIV, 14.

HOMILIA V

Varones judíos, habitantes todos de Jerusalén: Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras
(Hechos II, 14)

HABLA PEDRO a los que antes llamó extranjeros. Y en apariencia, se dirige a ellos; pero en realidad corrige a los que se burlaban. Porque sucedió por divina disposición que algunos se mofaran; y por aquí comenzara Pedro la defensa, y mediante ésta expusiera la doctrina. Creían ellos serles el sumo de la bienandanza el habitar en Jerusalén. Pues bien, a éstos se dirige Pedro diciendo: *Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras.* Comienza por hacerlos atentos y en seguida prepara la defensa.

Porque no están éstos ebrios, como vosotros sospecháis. ¿Advierte la gran mansedumbre en la defensa? Aunque tenía Pedro de su parte a la multitud, sin embargo habla con éstos con especial mansedumbre. Desde luego rechaza la mala sospecha y establece la defensa. Por otra parte, no les dice: como vosotros os mofáis o también os burláis; sino: *Como vosotros sospecháis*, queriendo significar que ellos no hablan en serio; de modo que más los argüía de ignorancia que de malicia. *Porque no están ebrios, como vosotros sospecháis, pues sólo es la hora tercera del día.*

¿Por qué dice esto? ¿Acaso no podían en la hora tercera embriagarse? Sí podían. Pero Pedro no insiste mucho en eso, puesto que los discípulos no se comportaban como decían sus burladores. Aprendamos de aquí cómo en lo que no es necesario no debemos alargarnos en palabras. Por otra parte, confirma esto mismo lo que sigue. Pues finalmente Pedro endereza su discurso a todos. *Sino que se está cumpliendo lo predicho por el profeta Joel: Y sucederá en los últimos tiempos, dice el Señor Dios.* Aún no se menciona ni el nombre ni la

promesa de Cristo, sino sólo al Padre. Advierte la prudencia. No entra Pedro inmediatamente en lo referente a Cristo, o sea que El había prometido esta manifestación, después de haber sido crucificado. Si hubiera dicho eso, todo lo habría echado a rodar.

Dirás que podían los Apóstoles demostrar la divinidad de Cristo. Ciento que sí, si se les hubiera dado crédito; pero precisamente era esto lo primero que se buscaba. Y faltando ese crédito a lo que decían, habrían sido lapidados. *Derramaré mi espíritu en toda carne.* Así les da buenas esperanzas, con tal de que ellos quieran. Pero tampoco se las da excesivas, cosa que habría causado envidia: por este medio la evita. *Y profetizarán vuestros hijos.* Es decir: no es para vosotros este don excelente, ni es alabanza vuestra, sino que ese don pasa a vuestros hijos. Llama a los discípulos hijos de ellos y a ellos los llama padres.

Y vuestros adolescentes tendrán visiones y vuestros ancianos revelaciones en sueños. Ciertamente sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días mi Espíritu, y profetizarán. De paso hacer ver que ellos están en lo seguro, pues se les ha conferido el Espíritu Santo; al revés de la multitud, que no lo ha recibido, por haber crucificado a Cristo. Es el mismo motivo que trajo Cristo para aplacarlos cuando les dijo: *Vuestros hijos ¿en nombre de quién echan los demonios?*¹ Cristo no les dijo: Mis discípulos, pues habría parecido que los adulaba. El mismo Pedro no dijo que ellos no estaban ebrios, sino que hablaban por el Espíritu Santo. Ni lo dijo así simplemente, sino que acudió al profeta; y apoyado en éste procede con gran fortaleza. Así los libró de la acusación; pero trajo al profeta como testigo del don que ellos habían recibido.

Derramaré mi espíritu sobre toda carne. Dijo esto porque en unos el don se difundió por visiones en sueños y en otros abiertamente. También los profetas vieron por ensueños y recibieron revelaciones. Luego continúa Pedro con la profecía, que por cierto contiene algo temible. Porque dice: *Y obraré prodigios arriba en el cielo, y milagros abajo en la tierra.* Advierte cómo describe la destrucción de la ciudad. *El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre.* Expresa con estas imágenes lo que sufrirán los pacientes. Pero además se cuentan muchas visiones aparecidas en el cielo, como lo testifica Josefo. Por lo demás los atemoriza con el recuerdo de las tinieblas que ya habían sucedido en la crucifixión y los hace concebir expectación sobre lo que vendrá.

Antes de que llegue el día del Señor, día grande y preclaro. Como si les dijera: No porque ahora impunemente hayáis pecado, os confiéis. Porque esto no es sino el prenuncio de un día grande y temible. ¿Adviertes cómo conmueve sus ánimos y convierte las mofas en excusas? Pues si esto no es otra cosa que el proemio de ese día grande, se sigue que el peligro de penas extremas es ya inminente. Y ¿qué? ¿Continúa acaso Pedro hablando de cosas terribles? ¡De ningún modo! ¿Qué hace, pues? Nuevamente les concede un respiro y les dice: *Y sucederá que todo el que invoque al Señor se salvará*². Esto se dijo aludiendo a Cristo, como lo afirma Pablo (Rom. X, 13). Pero Pedro no se atreve a descubrirlo manifiestamente.

Mas comencemos de nuevo, repitiendo lo dicho. Justamente acomete Pedro en cierta forma a los que se reían y mofaban, diciendo: *Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras.* Y comienza: *Varones judíos.* Pienso que llama judíos a los que habitaban en Judea. Y si os place traigamos al medio aquel paso del Evangelio en las negaciones, para que veáis el cambio repentino de Pedro: Salió una muchacha diciendo: *También tú estabas con Jesús el Nazareno.* Y él respondió: *No conozco a ese hombre.* Y preguntado de nuevo, comenzó a aseverar con imprecaciones y juramentos³. Mira en cambio ahora su confianza y plena franqueza para hablar. No alabó a los que testificaban y decían: *Los hemos oído hablar en nuestras propias lenguas las magnificencias de Dios.* Se muestra grave en sus palabras, con la misma gravedad con que habló a los burladores, con el objeto de hacer también a los demás atentos y prontos a escuchar y demostrando estar lejos de toda adulación. Porque esto hay que advertirlo continuamente, o sea cómo aun cuando hable con mansedumbre, sin embargo su discurso está ajeno tanto a las adulaciones como a las injurias.

Y no sin motivo providencialmente sucedió esto en la hora tercera del día. Pues al tiempo en que se deja ver el esplendor de la luz solar, los hombres no se preocupan de tomar alimento, y el día se muestra alegre, y todos se reúnen en la plaza. ¿Observas cómo el discurso rebosa de libertad? Y *prestashop atención a mis palabras.* Dicho esto, nada añadió de lo suyo propio, sino que continuó: *Se está cumpliendo lo predicho por el profeta Joel: Y sucederá en los últimos días.* Deja entender que está ya pronta la consumación venidera. De modo que la expresión: *En los últimos días* tiene cierto énfasis. Y luego, para que no se crea que esto sólo toca a los hijos, añade: *Y vuestros ancianos tendrán revelaciones en sueños.*

Advierte el orden. Primero los hijos, como dice también David: *En lugar de tus padres, tendrás hijos*⁴. Y dice también la Escritura: *El que convierte los corazones de los padres hacia los hijos*⁵. *Y sobre mis siervos y mis siervas*. Esto es un indicio de su virtud, pues una vez liberados de los pecados hemos sido hechos sus siervos. Grande es este don, puesto que el carisma se derrama también en el otro sexo; y no en sólo alguna que otra mujer, como en Débora y en Olda. Y no dijo Pedro que se trataba del Espíritu Santo, ni explicó las palabras del profeta, sino que dejó que la profecía por sí misma arguyera.

Tampoco dice una palabra acerca de Judas, pues todos conocían el castigo que había merecido. Calló todo eso porque sabía que nada tenía ante ellos tanta fuerza como hablarles con una profecía: tenía ante ellos más fuerza que las obras mismas. Cuando Cristo obraba milagros con frecuencia lo contradecían. Pero cuando les ponía delante al profeta que dijo: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra*⁶, en tal forma callaron que ya nadie se atrevió a ponerse con El a respuestas en adelante. Y con frecuencia cita las Escrituras, como cuando dice: *Si llamó dioses a aquellos a quienes se dirigió la palabra divina*⁷. En fin, por todas partes se puede comprobar lo mismo.

Por eso dice aquí: *Derramaré mi Espíritu sobre toda carne*. Es decir sobre todas las gentes. Pero todavía Pedro no lo explicita ni lo explica, pues no era conveniente por ser aún cosa oscura. *Obraré prodigios arriba en el cielo*. Esto los atemoriza más por su oscuridad; pero si Pedro lo hubiera explicado, más aún se le habrían opuesto. Lo pasa en silencio como si fuera cosa clara, queriendo dejarlos con esa impresión. Lo explica más adelante al tratar de la Resurrección, de modo que prepara ya el camino para esa explicación. Lo pasa en silencio además porque los bienes nunca fueron suficientes para atraerlos. Lo cierto es que en los castigos anteriores ninguno se escapó, mientras que ahora, bajo Vespasiano, escaparon los fieles. Esto es lo que dice: *Si no se hubieran abreviado aquellos días nadie se habría salvado*⁸. Aconteció primero lo que era más afflictivo, pues primero se cautivó a los habitantes y luego la ciudad fue tomada e incendiada.

Insiste luego en la metáfora y pone ante los ojos de los oyentes la destrucción: *El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre*. ¿Qué significa que la luna se convertirá en sangre? Creo yo que con esto se indica lo extremo de la matanza; y que por lo mismo la expresión se ha pensado de modo de llenar del máximo terror. *Y sucederá que todo el que invoque el nombre del Señor se salvará*.

Dice *todos*, ya sea el sacerdote (aunque esto aún no lo explica), ya sea el siervo, ya el libre. *Porque en Cristo Jesús no hay hombres ni mujer, ni siervo ni libre*⁹. Con razón, porque esta diferencia es de acá, en donde todo es sombra.

Si en los palacios reales nadie es noble ni plebeyo, sino que a cada cual los distinguen sus obras; y si en el arte es la obra lo que recomienda al artífice, mucho más será así en aquel futuro estado. *Todo el que invocare*. Que lo invocare, advierte, pero no de cualquier manera. Pues dijo Cristo: *No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!*¹⁰ sino el que lo invocare con fervor, llevando una vida excelente y con la debida confianza. Pedro por de pronto no desagrada con sus palabras; no trata de la fe, pero tampoco calla el terror del castigo. ¿Cómo lo hace? Declarando que la salvación está en la invocación.

Pero ¿qué es lo que dices? ¿Tras el crimen de la crucifixión les hablas de salvación? Espera un poco. La clemencia de Dios es grande, y ella lo manifiesta como Dios, no menos que la Resurrección y los milagros; o sea el que a ellos mismos los llame a la salvación. Lo que es el bien máximo eso es lo propio de Dios. Por eso dice: *Nadie es bueno sino sólo Dios*¹¹. Pero no hagamos de su bondad ocasión de negligencia, pues también castiga como Dios. Así procedió el mismo que dijo: *Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo*. Me refiero a la ruina de Jerusalén, a ese intolerable castigo. Y ahora os hablaré algo con referencia a él, lo cual será útil así contra los marcionistas como contra otros muchos herejes.

Dicen éstos que Cristo es un Dios bueno, mientras que el otro es un Dios malo. Veamos quién fue el que obró ese castigo. ¿Fue acaso el Dios malo vengando al Dios bueno? ¡De ninguna manera! Porque entonces ¿cómo sería su adversario? ¿Fue el bueno quien lo obró? Pero se demuestra que lo obraron por igual el Padre y el Hijo. Que lo obró el Padre se declara en muchos pasajes, como cuando dice que enviará sus ejércitos a la viña (Mat. XX, 2). Que lo obró el Hijo, como cuando dice: *En cuanto a estos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia*¹². Por lo demás El mismo declara las tribulaciones futuras, entre las cuales ninguna fue jamás tan dura, y El mismo la anunció.

¿Quieres oír cuán graves fueron? Los atravesaron con asadores. ¿Qué hay más horrendo que este espectáculo? ¿Quieres que te refiera la tragedia de aquella mujer que sobrepasó toda desgracia? ¿Quieres que te pinte el hambre y la peste? Pues bien, todavía paso en silencio

cosas más duras. Ignoraban las leyes naturales y el natural parentesco y superaban a las bestias feroces en la crueldad. Todo ello acontenció a causa del furor de la guerra, queriéndolo así Dios, queriéndolo así Cristo. Lo dicho es apto para combatir a los marcionistas y a los que no creen en la existencia de la gehenna, pues tiene fuerza para reprimirles su imprudencia. ¿Acaso estos males no son superiores a los del destierro en Babilonia? ¿No es esta hambre más cruel que aquella? El mismo Cristo así lo afirmó diciendo: *Habrá una tribulación tal como no la hubo nunca ni la habrá*¹³. Entonces ¿cómo dicen algunos que Cristo les perdonó su pecado? Tal vez la pregunta os parezca vulgar y sin peso, pero vosotros mismos podéis contestarla. Nunca podrá nadie presentar como ficción lo que aquello fue en realidad tal como sucedió.

Y si fuera cristiano Josefo que lo describió, tal vez quedaría sospechoso el asunto. Pero siendo judío y muy apgado a las cosas judías, y habiendo vivido después de anunciado el Evangelio, ¿cómo puede ser que los sucesos que narran no sean claros para todos? Porque por todas sus páginas verás que ensalza las cosas de los judíos. De modo que, en conclusión, existe la gehenna y Dios es bondadoso y bueno. ¿No os habéis horrorizado al escuchar ese castigo? Y sin embargo, los pecados que ahora se cometen son más graves y aquellos son nada en su comparación. De nuevo me veo obligado a parecer no grato, molesto, pesado. Pero ¿qué haré? Pues tal es mi oficio. Así como el pedagogo áspero está expuesto al odio de sus discípulos, así también lo estamos nosotros. Pero ¿cómo no sería absurdo que mientras los comisionados reales desempeñan los cargos enojosos que se les han encomendado, nosotros, para que no nos reprendáis, dejáramos de cumplir con nuestro oficio?

Cada cual tiene su deber que ha de cumplir. A muchos de vosotros toca el deber de compadeceros y ser humanos y apacibles para con aquellos que les hacen beneficios. Pero nosotros tenemos que parecer molestos, pesados, duros, desapacibles si hemos de ser provechosos a nuestros súbditos. Porque es un hecho que no los aprovechamos con lo que agrada, sino con lo que mortifica y duele. Lo mismo le sucede al médico. Aunque éste no suele ser tan desagradable, porque rápidamente demuestra lo útil de su arte, mientras que nosotros lo demostraremos en lo futuro. Lo mismo le acontece al juez que para los criminales y alborotadores y sediciosos es aborrecible. Y lo mismo le acontece al legislador, pues a los sujetos a la ley les resulta insufrible.

No les acontece lo mismo a quienes convocan a placeres ni a quien prepara festivales y celebraciones, ni a quien el pueblo corona. Son gratos los que proporcionan al pueblo costosos espectáculos, sin ahorrarse gastos. Por eso el pueblo los colma de encomios; el pueblo agasajado les dispone alfombras, lámparas y coronas, ramos y vestidos espléndidos. Al revés sucede con los enfermos, que a la vista del médico se entristecen. Tampoco los alborotadores y causantes de sediciones se alegran ni exaltan, sino que decaen de ánimo cuando ven al juez, porque se le ha encomendado semejante oficio.

Pero veamos quiénes son los que sobre todo aprovechan a las ciudades: si son por ventura los que semejantes festivales les proporcionan y cenas opíparas y placeres, o más bien los que dejando todo eso a un lado manejan los cepos, los azotes, los verdugos, los fieros soldados, las voces tremendas que sobremanera aterran, los sobrestantes, los que obligan a caminar cabizbajos, los que dotados de varas apartan en la plaza a quienes toman asiento. Veamos, repito, cuáles de esas cosas terminan en provecho. Pues quienes esto último hacen no son gratos, mientras que aquellos otros son amables.

¿Cuál es, pues, el provecho que se obtiene de los que al pueblo agradan? Un placer estéril que llega hasta la tarde y al siguiente día se disipa, risotadas descompuestas, palabras indecorosas y disolutas. ¿Cuál es el de los otros? La templanza, el buen temor, el pensar con más moderación y modestia del ánimo, el huir de la pereza, el refrenar las pasiones, y oponer un muro a lo que de fuera nos acomete. Por éstos, cada cual posee lo suyo mientras que con los festines lo dilapidamos sin necesidad de que nos despojen de ello los ladrones, sino nosotros mismos, hechos presa de la vanagloria y del placer. Y es el caso que cada cual ve a este ladrón que lo saquea, y se regocija de ello: ¡nuevo género de robos que persuade gozarse a los mismos a quienes ha despojado!

Nada de eso hay en el primer caso, pues Dios, padre común de todos, ha apartado a los ladrones visibles e invisibles de todos nosotros. Porque dice: *Mirad que no hagáis vuestras limosnas para ser vistos de los hombres*¹⁴. En este género de cosas, el alma aprende a huir de la injusticia. Porque injusticia es no sólo el adquirir riquezas mediante la rapiña, sino también conceder al vientre más alimento del que necesita y alegrarse más allá de lo conveniente y en fin todo género de desarreglo. De modo que por aquí el alma aprende la castidad; por el otro, la liviandad. Pues liviandad es no únicamente unirse

a la mujer sino también mirarla con ojos lascivos. Acá aprende la modestia; allá la ostentación. Dice Pablo: *todo me es lícito, pero no todo me es conveniente*¹⁵. Acá aprende la honradez; allá la torpeza.

Y no hablo de lo que aprende en los espectáculos. Que en realidad no se encuentra en ellos el placer es cosa clara. Mostradme al día siguiente de la fiesta a los que derrcharon en gastos, lo mismo que a los invitados, a los espectáculos. Veremos a todos abrumados de tristeza, sobre todo aquel que tuvo que aprontar el desembolso. Y con razón. Se dio a deleitar el día precedente al vulgo que rebosaba alegría, porque disfrutaba de espléndidos vestidos. Pero como no estaban adaptados a sus costumbres, al verse despojado de ellos, se dolía y atormentaba; y el que había aprontado los gastos consideraba su propia felicidad aún más pequeña que la de aquellos. Por eso al día siguiente se devuelven los trajes y el que los tenía sufre un disgusto mayor.

Ahora bien, si las cosas deleitables en lo exterior causan tan graves molestias, y en cambio las enojosas, tan grande utilidad, mayores las causan en lo espiritual. Tal es el motivo de que nadie se irrite contra las leyes, sino que todos piensen que son de común utilidad. Pues no fueron gente extranjera ni peregrinos los que las establecieron, sino ciudadanos, patronos y procuradores del bien común; y tienen como indicio de bienestar y benevolencia que se establezcan leyes. Ahora bien, las leyes están llenas de penas y castigos y no hay ley alguna sin su correspondiente sanción. Entonces ¿cómo no sería el colmo de los absurdos llamar a quienes las instituyen salvadores, benéficos, patrocinadores, y en cambio a nosotros, los que exponemos la ley de Dios, tenernos por duros, pesados y molestos? Cuando hablamos de la gehenna, lo único que hacemos es traer al medio esas leyes. Así como las leyes civiles hablan de los homicidas, los ladrones, los matrimonios, así nosotros hablamos de leyes y castigos, no establecidos por hombre alguno, sino por el mismísimo Hijo de Dios.

Dice El: El inmisericorde sea castigado. Pues eso significa la parábola. El rencoroso pague la pena extrema. El que a la ligera seaira, sea arrojado al fuego. El que injuria, sea castigado en la gehenna. Y si creéis que estáis oyendo leyes nuevas, no os turbéis, puesto que si Cristo no había de poner leyes nuevas ¿qué objeto tenía su venida? Que el homicida y el adulterio hayan de sufrir castigo, es cosa clara. Pero si habíamos de escuchar eso mismo, ¿qué necesidad había de un nuevo Mestro? Por lo cual dice Cristo no que sólo el adulterio sea

castigado, sino aun el que mira con ojos lascivos, y añade en dónde y cuándo será castigado. Ciento que no escribió en tablas sus leyes, ni erigió columnas de bronce en las que se esculpieran sus textos literalmente; pero erigió y levantó las almas de los Apóstoles, y en ellas esculpió, por medio del Espíritu Santo, esas leyes que ahora nosotros con razón explicamos. Si a los judíos les era lícito hacer tales explicaciones para que nadie se disculpara, mucho más lo es a nosotros.

Y si alguno dice: Yo no las escucharé, yo no sufriré juicio alguno, precisamente por eso será muy duramente castigado. Pues si nadie hubiera que se las explicara podría excusarse con eso; pero habiendo maestro, ya no puede. Mira como el Maestro retira el perdón a los judíos diciendo: *Si Yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado*¹⁶. Y también Pablo: *Pero digo yo: ¿Acaso no han oído? Sobradamente. Resonó por toda la tierra su voz*¹⁷. El perdón se concede cuando no hay quien predique; pero cuando está el vigilante apostado y cumple con su oficio, ya no hay lugar de perdón.

Pero más aún: no solamente quiso Cristo que miráramos a las dichas columnas, sino que nosotros mismos nos convirtiéramos en columnas. Como nos hemos hecho indignos de portar esculpidas esas leyes, a lo menos volvamos los ojos a las otras columnas, o sea a los Apóstoles. Pues así como las columnas contienen amenazas para los demás, pero no tienen ellas la culpa, como tampoco las leyes, lo mismo sucede con los bienaventurados Apóstoles. Advierte, además, cómo esta columna no permanece fija en un sitio, sino que las letras escritas se llevan a todas partes. Si vamos a los indios, allá oyes su voz; si a España y si a los confines del orbe, nadie hay que no la oiga, a no ser por su propia desidia.

En conclusión, no llevéis a mal lo que se dice, sino atended para que podáis llevar a cabo obras virtuosas y conseguir los bienes eternos en Cristo nuestro Señor, con el cual sean al Padre, en unión con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Mat. XII, 27.
2. Joel III, 1-5.
3. Mat. XXVI, 69-72 abreviado.
4. Salmo XLIV, 17.
5. Malaq. XIV, 6.
6. Salmo CIX, 1.
7. Juan X, 35.
8. Mat. XXIV, 22. El pensamiento del santo queda oscuro a causa de alusiones que no explica.
9. Gálat. III, 28.
10. Mat. VII, 22.
11. Luc. XVIII, 19.
12. Luc. XIX, 27.
13. Mat. XXIV, 21.
14. Mat. VI, 1.
15. I Cor. VI, 12.
16. Juan XV, 22.
17. Rom. V, 18.

HOMILIA VI

Varones israelitas, prestad atención a mis palabras,
(Hechos II, 22)

NO ES ADULATORIA esta expresión, sino que como fuertemente los había punzado, ahora se torna más suave y les trae oportunamente a la memoria a David. Y empieza de nuevo como al principio, para que no se turben, pues va a hacer mención de Jesús. Al principio por haber oído al profeta no se perturbaron, mientras que el nombre de Jesús pronunciado inmediatamente los había escandalizado. Y no dijo obedeced, sino: *Prestad atención*, lo que no los molestaba. Advierte cómo no se eleva a las alturas, sino que comienza por cosas más humildes y humanas.

Dice: *A Jesús Nazareno*. Declara desde luego su patria, que parecía ser un pueblo ruin, y luego nada grande dice de Jesús, ni aun lo que otro diría de un profeta. Dice, pues: *A Jesús Nazareno, acreditado por Dios ante vosotros*. Advierte, sin embargo, cuán grande es la realidad de que se diga de Jesús haber sido envidiado por Dios. Esto es lo que por todas partes procuraban el Bautista y los Apóstoles demostrar. Oye al Bautista que dice: *El me dijo: Aquel sobre quien vieres descender el Espíritu y reposar sobre El, ese es*¹. Y lo mismo hace en forma especial Cristo diciendo: *Ciertamente no he venido por mi arbitrio. El me ha envidiado*². Y en todas las Escrituras sobre todo de esto se trata.

Por tal motivo, este sagrado principio del coro apostólico, amador de Cristo, discípulo ardoroso, al cual se le confiaron las llaves del Reino de los Cielos, a quien se le hizo la espiritual revelación, una vez que hubo reprimido a la turba mediante el temor y les demostró que ellos habían recibido grandes dones haciéndolos de este modo fidedignos, finalmente habla a la turba acerca de Jesús. ¡Válgame el

Cielo! ¿Cómo se atrevió a declarar ante aquellos homicidas que Jesús había resucitado? Pero tampoco lo dijo al punto, sino sólo que había venido de Dios.

Esto era claro por las obras que llevó a cabo. Pero Pedro no les dice que las hiciera Jesús por Sí, sino Dios por su medio, para mejor atraerlos hablando modestamente. Y a ellos mismos los pone por testigos diciendo: *Varón acreditado por Dios ante vosotros con prodigios, milagros y señales que Dios obró por El ante vosotros, como vosotros lo sabéis.* Y como en seguida haga referencia al crimen y pecado de ellos, advierte cuánto se esfuerza en librarlos de culpa en cuanto puede; pues aunque la crucifixión fue determinada por Dios, sin embargo ellos eran homicidas.

Continúa: *A éste vosotros, conforme a la previsión y plan prefijado por Dios, después de entregarlo, crucificándolo por manos de los perversos le disteis muerte.* Usa casi de las mismas palabras con que habló José a sus hermanos: *No temáis, pues no me entregasteis vosotros, sino que Dios me envío acá*³. Una vez que les dijo haber sido todo prefijado en el plan de Dios, para que no fueran a decir: Entonces obramos bien, los reprende con lo que sigue: *Crucificándolo por manos de los perversos le disteis muerte.* Alude aquí a Judas y al mismo tiempo les declara que no habrían podido hacerlo ellos si Dios no lo hubiera permitido y Lo hubiera puesto en sus manos.

Porque eso significa la palabra *entregado*. De este modo Pedro hace recaer el crimen todo sobre Judas, que lo entregó. Pues fue éste quien con un beso lo entregó. Y lo mismo entiende Pedro al decir: *por manos de los perversos*; o también se refiere a los soldados, como si insinuara: no le disteis muerte vosotros, sino que murió *a manos de los perversos*. Advierte cómo siempre se apresuran los Apóstoles a confesar antes que nada la Pasión de Cristo. En cambio la Resurrección, como misterio grandioso, apenas lo deja entrever y sólo en cierto modo lo pone delante. Lo hace así porque la crucifixión y la muerte de Jesús eran cosas manifiestas, no así la Resurrección.

Por lo cual continúa: *Al cual Dios resucitó librándolo de las dolorosas cadenas de la muerte, por cuanto era imposible que la muerte lo señoareara.* Con esto deja entender algo muy grande y sublime. Porque la expresión: *Era imposible* significar que el mismo Cristo dio potestad al infierno para que lo retuviera y que la muerte que lo retenía sufrió gravemente acometida de dolores de parto. La Escritura al peligro de muerte lo llama dolor; de manera que Pedro da a enten-

der que de tal manera resucitó Jesús que ya no ha de morir jamás. O también cuando dice: *Porque era imposible que la muerte lo señoreara*, significa que la Resurrección del Señor no fue común y como la de los demás.

A renglón seguido, y antes de que la mente del auditorio se distraiga con otra coas, presenta a David, quien quita de en medio todo humano pensamiento. Continúa: *Pues David, refiriéndose a El, dijo: Tengo al Señor presente ante mis ojos en todo momento. Porque está a mi derecha para que yo no zozobre. Porque no abandonarás mi alma en el Hades.* Y al testimonio profético añadió él por su cuenta: *Varones humanos.* Como va a decir algo muy importante, usa de nuevo esa introducción para excitarlos a atender y atraerlos. Y dice: *Seáme permitido decir audazmente ante vosotros acerca del patriarca David.*

¡Humildad grande! Cuando no ha de seguirse algún daño, Pedro habla modestamente. Por lo mismo no asegura: Estas cosas se dijeron de Cristo, y no de David. En lo cual fue prudentísimo, para llevarlos, desde el gran honor en que tenían a David, a reverenciar lo que era manifiesto y parecía decirse con audacia, ablandándolos al mismo tiempo mediante las alabanzas. Por tal motivo no dijo simplemente acerca de David, sino: *Acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado.* No añade pero no resucitó; sino que por otro modo correc-tamente declara lo mismo diciendo: *Y su sepulcro se conserva aún hoy entre nosotros.* Mas a pesar de tanta preparación, ni aún así habla todavía de Cristo, sino que sigue alabando a David: *Como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento.*

Todo lo fue diciendo Pedro con el objeto de que a lo menos por el honor debido a David y a su linaje aceptaran ellos la noticia de la Resurrección; como si la profecía resultara falsa en el caso de que Cristo no hubiera resucitado, y como si en tal caso perdieran ellos algo de su honor. Continúa: *Sabiendo David que Dios con juramento le había prometido.* No dice simplemente que le había prometido, sino lo que era más, o sea: *le prometió con juramento. Que de sus entrañas y fruto de ellas nacería Cristo según la carne, para sentarse en su trono.* Advierte cómo de nuevo deja entender cosas altísimas. Una vez que ya los había aplacado, les trajo el testimonio del profeta confiadamente y les habló de la Resurrección.

Pues ni fue abandonado en la región de los muertos ni en su carne experimentó la corrupción. También esto fue admirable, pues declara

que la Resurrección de Cristo no fue como la de los otros. Lo detuvo la muerte, pero no obró en El sus efectos. Les recuerda veladamente su pecado, pero no alude al castigo, sino que únicamente dice con claridad que le habían dado muerte, y pasa en seguida al milagro de Dios. Pero habiendo demostrado tú, oh Pedro, que el que fue muerto era justo y amigo de Dios, aun cuando calles el castigo, el pecador se condenará a sí mismo mucho más de lo que tú lo habrías condenado. De modo que todo lo refiere al Padre, para que acepten lo que les dice.

Pero repitamos ya lo anterior. Les dice: *A Jesús Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros.* Es decir acerca del cual no puede haber duda, pues sus obras lo acreditaron. Y así decía Nicodemo: *Estos prodigios que tú haces nadie puede hacerlos.* Continúa Pedro: *Con prodigios, milagros y señales que Dios obró por El en medio de vosotros.* De modo que no los obró ocultamente, sino en medio de vosotros. Comienza por lo que les era bien conocido; y procede luego a lo que les estaba oculto. Y cuando dice: *Conforme al plan prefijado,* declara que ellos no habrían podido hacerlo, y que sucedió por sabiduría y providencia especial, puesto que El venía de Dios.

Pasa de prisa por lo que podía molestarlos. Pues en todo era su empeño demostrarles que Jesús había muerto. Como si les dijera: Aunque vosotros lo hayáis negado, ellos lo testificarán. Ahora bien, quien por lo de la muerte los molesta, mucho más podrá molestar a los que lo crucificaron. Pero a esto no aludió. Podía haberles dicho: Cristo tenía poder para quitarlos de en medio; pero no lo hizo, y se contentó con dejarlo entender. Entendemos ahora por sus palabras qué significa eso de *tener*. Ciento es que quien tiene algún dolor no lo retiene, ni hace algo, sino más bien lo padece y se apresura a echarlo de sí.

Con exactitud afirma: *Pues dice David acerca de El,* con el objeto de que no apliques a David lo que se dice. ¿Observas cómo interpreta Pedro la profecía y la expone claramente y asevera que Cristo está sentado en el trono de David? Porque ese Reino está en los Cielos y es espiritual. Advierte cómo junto con la Resurrección declaró el Reino recibido en la Resurrección. Declara cómo el profeta tuvo necesidad de hablar de Cristo, pues acerca de Este era la profecía. ¿Por qué no dijo de su Reino, sino: *De su Resurrección?* Por ser ésta el gran misterio. ¿Cómo está sentado en su trono? Reinando sobre los judíos, y si en general sobre los judíos, mucho más sobre los que lo crucificaron.

Ni en su carne experimentó la corrupción. Esto se parece menos a la Resurrección, pero es lo mismo. *A este Jesús resucitó Dios.* Advierte cómo no lo llama con otro nombre. *De lo cual somos testigos todos nosotros. Exaltado, pues, a la diestra del Padre.* De nuevo recurre Pedro al Padre, aunque bastaba con que ya antes lo había dicho. Pero sabe bien la mucha importancia que esto tiene. Deja además entender el hecho de la Ascensión y que Cristo está en los Cielos, aunque esto lo dice claramente.

Habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido. Advierte cómo al principio dice no que Cristo, sino que el Padre lo envió; pero una vez que hubo recordado sus milagros y lo que los judíos hicieron con El, y habló de la Resurrección, ya confiadamente se refiere a lo demás siempre poniendo aquellos testigos para ambos sentidos. Resurrección y exaltación. Por otra parte, con frecuencia alude a la Resurrección, pero al crimen de los judíos solamente una vez, para no serles molesto. Y dice: *Habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido.* También esto es gran misterio. Pienso que se refiere a la promesa hecha por Cristo antes de su Pasión. Advierte cómo finalmente todo lo refiere a Cristo, dando a entender oscuramente la grandeza de la obra. Pues si Cristo derramó el Espíritu Santo, sin duda que de él hablaba el profeta citado antes cuando dice: *Y sucederá en los últimos tiempos: Derramaré mi Espíritu en aquellos días sobre mis siervos y sobre mis siervas y obraré prodigios arriba en el cielo.*

Observa qué clase de cosas interpone ocultamente. Pero como el prodigo era grande, nuevamente lo vela y encubre, y viene a decir que es del Padre de quien Cristo lo ha recibido. Habla de las buenas señales ya obradas y de que El es Rey y de que ha venido a ellos, y finalmente afirma que es Cristo quien da el Espíritu Santo. Porque sea cual fuere la cosa que alguien diga, si no la dice para utilidad de los oyentes, en vano la dice. Así dice el Bautista: *El os bautizará en Espíritu Santo*⁴. Declara además que a Cristo la Cruz no sólo no lo amenguó, sino que lo tornó más resplandeciente, puesto que entonces le dio Dios lo que antes le había prometido.

O quizás quiere decir: la promesa que a nosotros nos prometió. Hasta ese punto conocía de antemano lo futuro. Y después de la cruz nos dio aún más de lo prometido. Dice: *Lo ha derramado.* Por aquí declara la dignidad del Espíritu Santo y no que se da simplemente, sino que se da con abundancia. Declarado esto, continúa luego. Pues

en seguida confiadamente, tras del don del Espíritu Santo concedido, habla de la Ascensión a los cielos, y por cierto no así como quiera sino trayendo testigo y recordando a aquel de quien dijo Cristo: *Porque no ascendió David al cielo.*

Confiado ya Pedro en lo que había expuesto, no habla modestamente, sino que usa las expresiones: *Sea permitido decir u otras semejantes; y abiertamente declara: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies.* Si era Señor de David, mucho más lo era de los judíos. *Siéntate a mi derecha.* Con esto lo dice todo. *Mientras pongo a tus enemigos como escabel de tus pies.* Por aquí les pone gran temor, como ya lo hizo al principio, o sea que obre en favor de sus amigos y en contra de sus enemigos. Y de nuevo, no sea que no se le de fe, atribuye al Padre el poder.

Tras de haber así dicho cosas sublimes, torna a las modestas. Dice: *Por consiguiente, sepa con toda certeza la Casa de Israel.* Es decir: no dudéis, no hagáis objeciones. Y luego con imperio prosigue: *Que Dios lo constituyó Señor y Cristo.* Esto lo tomó de David y del salmo. Pues cuando parecía que había de decir: Sepa pues con toda certeza la Casa de Israel que Este está sentado a la derecha del Padre, cosa que era altísima, dejándola a un lado, pone otra más humilde y modesta, diciendo: *Lo hizo, lo constituyó.* De modo que aquí para nada se refiere a la substancia divina, sino que todo lo aplica al caso de que viene hablando.

A este Jesús al que vosotros crucificasteis. Bellamente termina así su discurso, sacudiéndoles el ánimo. Una vez que les demostró cuán grave era el crimen, finalmente lo expresa con toda claridad, para que así aparezca mayor y los atemorice. Porque a los hombres no tanto los atraen los beneficios cuanto los aterrorizan los castigos y el temor. Los amigos de Dios y varones piadosos no tienen necesidad de una cosa ni de otra, como sucedía con Pablo, quien no se fijaba ni en el reino ni en la gehena.

Esto es amar a Cristo, esto es no ser mercenario ni tomar la cosa a ganancia y negociación, sino estar dotado de verdaderas virtudes y proceder en todo por amor de Dios. ¿De cuántas lágrimas no somos deudores cuando debiendo llegar hasta esa medida, ni siquiera como simples comerciantes anhelamos y buscamos el Reino de los Cielos? Nos promete grandes cosas, pero ni aún así le hacemos caso. ¿Qué habrá que a semejante enemistad compararse pueda?

Por cierto que quienes andan enfermos con la loca codicia de riquezas, si esperan lograr de los presentes, sean enemigos, sean esclavos, sean pésimos adversarios, el fruto de algunos dineros; no dejan piedra por mover; sino que los adulan, les sirven como criados y les tributan toda clase de honrosas consideraciones: porque la esperanza del dinero les impide reflexionar. En cambio, la promesa del Reino no tiene para ellos poder tanto como el dinero; más aún, no tiene poder alguno. Y esto a pesar de que quien lo promete no es un cualquiera, sino un Ser superior al mismo Reino. Cuando lo que se promete es un Reino, y ese Reino lo da Dios, en verdad que es cosa de gran valor el recibirla y de tal mano recibirla.

Pero ahora las cosas suceden como si un rey quisiera hacer herederos y coherederos de su hijo a hombres a quienes antes colmó de beneficios, pero fuera por ellos despreciados, y como un ladrón que a nosotros y a nuestros padres nos ha colmado de males y él mismo se halla plagado de ellos, y mancha nuestra honra e impide nuestra salvación, con un óbolo que nos ofreciera ganara nuestra adoración. Promete Dios un Reino, y se le desprecia: el diablo nos proporciona la gehena del fuego, y lo honramos: ¡siendo Aquél Dios y éste demonio!

Veamos la diferencia de lo que nos mandan. Pues aun cuando nada de eso hubiera, ni Aquél fuera Dios ni éste demonio, ni prometiera Aquél un Reino ni éste la gehena proporcionará, ¿acaso la naturaleza misma de lo que imperan no bastaría para persuadirnos a seguir a Dios? ¿Qué es lo que cada uno de ellos ordena? El demonio, cosas que avergüenzan; Dios, lo que nos torna gloriosos. El demonio, cosas que llevan consigo mil calamidades e infamias; Dios, cosas que engendran suma tranquilidad.

Mira, por ejemplo. Dice Dios: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas*⁵. El demonio te dice: Se feroz, inhumano, iracundo: más bien fiera que hombre. Veamos de ambas cosas cuál sea más útil y más a propósito. Pero no sólo es eso. Piensa en que esto es del demonio, pues con sólo esto que se demuestra, ya es un gran triunfo. No es patrón el que ordena lo más fácil, sino el que ordena lo más útil. También los padres de familia ordenan cosas trabajosas y duras, y lo mismo los patrones a sus siervos; pero precisamente en esto demuestran aquellos ser padres, mientras que estos otros demuestran que son dominadores, dañosos y todo lo contrario de los padres.

Que los preceptos de Dios sean placenteros queda claro por lo que diré. ¿En qué situación piensas que se encuentra el iracundo y en cuál

el que es manso y paciente? ¿Acaso el alma de este segundo no es semejante a una soledad plenamente quieta, y el alma de aquel primero a una plaza llena de turbas, en donde abundan los gritos de los que conducen camellos, mulos y asnos, y gritan a quienes se les acercan para que no vayan a ser pisoteados? ¿No es acaso esta alma semejante a uno que habita en medio de las ciudades, en que abunda el estrépito de los que trabajan el oro, por otro lado el ruido de los herreros, y en donde unos hieren y otros son heridos?

En cambio la otra alma es semejante a la cumbre de una montaña que goza de la blandura de los vientos y de los limpios rayos solares y de la que se derivan cristalinos raudales y abundan las flores coronadas de gracia, como sucede en los prados y en los huertos primaverales, adornados de plantas, rosas e hilos de agua que corriendo se precipitan. Y si algún ruido se escucha es suave y tal que derrama abundante placer en quienes lo perciben. Porque o se trata de aves que cantan armoniosamente, posadas en las más altas ramas de los árboles, o de las cigarras o de los ruiseñores y golondrinas que forman entre todos una sinfonía concorde y musical, o bien del céfiro que blandamente roza el follaje de las plantas y de ordinario imita los sonidos, semejantes a los de las flautas, de los pinos de diversas especies ⁶, y de los cisnes; o bien el de los prados productores de rosas y lirios que mutuamente se rozan; o como el del mar apenas rizado con suaves oleajes.

Muchas otras comparaciones podrían encontrarse. Así, si alguno contempla las rosas, creerá estar viendo el arco-íris, si las violetas, un mar con sus ondas; si los lirios, un cielo. Y con semejante espectáculo recibe placer no únicamente la vista sino el cuerpo todo. Porque éste aspira y se recrea, hasta parecerle que más está en el cielo que en la tierra. Hay también otro sonido, que es el del agua que desde las cumbres por entre precipicios se despeña por su propio peso, pero luego suavemente borbolla murmurando entre las interpuestas piedrecillas del cauce y de este modo hace descansar con placer nuestros miembros tendidos al lado, de manera que concilia el sueño con que el cuerpo descansa.

Habéis escuchado estos párrafos con gusto y quizá por aquí se os ha infundido el amor a la soledad. Pues bien, más dulce que semejante soledad es el alma del hombre paciente. Porque no hemos traído las anteriores imágenes tan sólo por el gusto de describiros un prado, ni para hacer ostentación derramando palabras, sino para que viendo a través de esta descripción cuán grandes es el placer de quienes son

pacíficos y que es con mucho más suave y más útil convivir con un hombre manso y paciente que habitar en los lugares que hemos descrito, imitéis a semejantes varones.

No habiendo en tales almas vehementes huracanes, sino plácida y bondadosa conversación, semejante en suavidad a los céfiros, y advertencias que nada de áspero tienen, sino que imitan a las dichas aves en sus cantares, ¿cómo no va a ser esto mejor? El viento suave de la conversación no afecta al cuerpo sino que rehace las almas. Ningún médico, aunque ponga el mayor empeño, librará tan pronto al enfermo de la fiebre como el varón paciente amansará al iracundo que se subleva, mediante el céfiro de sus palabras. Mas ¿qué digo un médico? Ni el hierro incandescente metido en el agua pierde tan rápidamente su calor como el iracundo su ira si topa con un hombre apacible. Pero así como si entraran en el ágora aves cantoras parecería que se burlaban, así nuestros preceptos cuando caen en una alma iracunda parecen burlas. En resumen es mejor y más dulce la mansedumbre que la temeridad y la hiel. Pero no es esto sólo, ya que es el demonio quien ordena esa última, mientras que la mansedumbre la ordena Dios.

Veis ahora por qué dije, no sin motivo, que los preceptos divinos son por sí suficientes para atraernos, aun cuando no existieran ni Dios ni el demonio. El hombre apacible para sí es suave y para los demás, útil. El iracundo es para sí molesto y dañoso para los demás. Nada hay más desagradable que un hombre iracundo, nada más molesto, nada más trabajoso y que más pena cause; así como nada hay más agradable que quien no sabe irritarse. Es preferible habitar con una fiera que con el iracundo. Al fin y al cabo las fieras, una vez que se domestican, guardan sus leyes de domesticadas; mientras que el iracundo, cuantas veces lo aplaques, otras tantas de nuevo se enfurece, porque de una vez para siempre se le ha formado el hábito.

Así como el día sereno y alegre y el día lluvioso y reciamente triste son entre sí contrarios, así lo son el alma del iracundo y la del pacífico. Pero no veamos todavía los enojos que los iracundos causan a otros, sino los que a sí mismo se causan. Ciento que no es pequeño daño eso de causar enojos a otros; pero, en fin, por de pronto fijémos en el daño que decíamos. ¿Qué verdugo podría en forma tal desgarrar los costados del iracundo? ¿Qué asadores puestos al fuego podrían igualmente traspasar el cuerpo? ¿Qué locura furiosa puede así hacer perder el sano juicio?

He conocido a muchos que a causa de la ira cayeron enfermos.

Porque la cólera es la más recia de todas las fiebres. Y si la fiebre así destroza los cuerpos, piensa lo que la ira hará en las almas. No lo calcules en razón de no haberlo visto, sino piensa en lo que daña la mala ira a quien la concibe, y deduce de ahí cuán grave daño causará a quien la da a luz y la pone por obra. El que con fortaleza soporta daño semejante, todo lo demás lo sobrellevará fácilmente. Y sin embargo, aun cuando impere cosas tan duras y proporcione como premio la gehena; aun cuando el que impera sea el demonio y sea enemigo de nuestra salvación, se le obedece con preferencia a Cristo, Salvador nuestro, y bienhechor, y que ordena cosas que son más suaves y más útiles y nos acarrean grandes bienes a nosotros y a nuestros compañeros. ¡Nada hay, carísimos, peor que la ira! ¡peor que la cólera desmedida! ¡no soporta tardanzas! ¡es recia enfermedad!

Con frecuencia alguno movido de ira pronuncia palabras tales que para reparar sus efectos necesita una vida eterna; o también hace algo que le echa a perder todo el resto de sus días. Y lo que es más grave de todo, en breve tiempo, con sólo una obra, con una palabra, nos privamos de los bienes eternos y nos procuramos innumeros trabajos. Por lo cual os ruego que pongamos todos los medios para refrenar esta bestia feroz.

Dicho sea esto acerca de la mansedumbre y de la ira. Pero si alguno en su discurso trata de las demás pasiones y virtudes, como de la avaricia y el desprecio de los dineros, de la lascivia y de la castidad, de la envidia y de la mansedumbre, y las va comparando entre sí, conocerá muchas otras diferencias. ¿Has visto cómo por sólo lo que imperan se conoce a Dios y al demonio? Obedezcamos a Dios y no nos arrojemos a los precipicios, sino que, mientras hay tiempo, limpiémonos de cuanto mancha nuestra alma, para así conseguir los bienes eternos, por Gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Juan I, 33.
2. Juan VII, 28
3. Gén. XLV, 5, *ad sesum*.
4. Mat. III, 11.
5. Mat. XI, 29.
6. El santo literalmente especifica dos clases de pinos: *pitz* y *peukh*. Había también *elath*. O sea pino ordinario, resinoso y pinabete.

HOMILIA VII

Al oír esto se compungieron en su corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué debemos hacer, hermanos?
(Hechos II, 37)

¿ADVIERTES CUÁN BUENA es la mansedumbre? Esta, mucho más que ninguna violencia compunge nuestros corazones y los hiere con una más íntima herida. Así como quien golpea sobre un cuerpo duro, no logra que el efecto sea demasiado sensible; pero si previamente lo ablanda y doma, entonces su golpe profundiza, del mismo modo en nuestro caso conviene primero ablandar los corazones y hasta después purificarlos. Y no los ablandan la ira, ni las duras acusaciones, ni las injurias, sino la mansedumbre. La ira acrecienta la enfermedad, la mansedumbre la elimina. De modo que si quieres corregir a quien te ofendió, acércatele con gran mansedumbre. Observa sus efectos en nuestro caso. Con mansedumbre Pedro recuerda a los judíos sus crímenes y nada más añade; recuerda el don que ellos recibieron de Dios; esgrime el testimonio que haga fidedignos los sucesos, y en esto fue en lo que alargó su discurso. Y los judíos recibieron con respeto las palabras de Pedro, llenas de mansedumbre; porque les habló como Padre y como cariñoso maestro a los que habían crucificado al Señor de él y respiraban muertes contra los discípulos.

Y no solamente se persuadieron, sino que pronunciaron sentencia contra sí mismos y cayeron en la cuenta de lo que habían hecho. No permitió la mansedumbre de Pedro que se irritaran y que su mente se oscureciera, sino que mediante la humildad, suprimida aquella como niebla que formaba la indignación, les puso delante su crimen. Suele así suceder. Cuando nosotros aseveramos que algunos nos han hecho mal, éstos se esfuerzan en demostrar que ningún mal nos han hecho; y cuando afirmamos que ningún mal nos han hecho, sino que más bien

fuimos nosotros los que lo hicimos, entonces ellos se esfuerzan al contrario. En consecuencia, si intentas combatir a quien te hizo algún daño, no lo acuses, sino más bien lucha en su favor, y entonces será él mismo quien se acuse. Pues así de quereloso es el género humano y así de dispuesto a la querella.

Así procedió Pedro. No acusó con vehemencia, sino que se esforzó hasta donde pudo en defenderlos con mansedumbre, y por este camino conmovió sus ánimos. ¿Por dónde consta que ellos se compungieron? Por lo que dicen. ¿Qué es lo que dicen?: *Hermanos ¿qué debemos hacer?* A los que antes llamaban embaucadores, ahora los llaman hermanos; y no porque se les quisieran igualar, sino porque los querían atraer a su amor y cuidado. Por otra parte, una vez que los llamaron hermanos y le preguntaron: *Hermanos, ¿qué debemos hacer?*, no añadieron inmediatamente: Hagamos penitencia, sino que se pusieron en manos de los Apóstoles. Así como en un naufragio o en una enfermedad, el individuo, fijando sus miradas en el piloto o en el médico, se entrega enteramente a su disposición y obedece, así los judíos confesaron encontrarse en peligro extremo y sin esperanza de salvación.

Advierte que no dijeron: *En qué forma nos salvaremos?* sino: *¿qué haremos?* ¿Cómo procede Pedro? Siendo preguntados todos, él responde por todos y dice: *Convertíos y haceos bautizar cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo.* Aún no les dice: *Creed*, sino: *Haceos bautizar cada uno de vosotros.* La fe la recibían en el bautismo. En seguida les declara la ganancia y fruto: *En perdón de vuestros pecados. Y recibiréis el don del Espíritu Santo.* Pero si vais a recibir este don, si el bautismo lleva consigo el perdón de los pecados ¿por qué dudáis? Y para dar más certeza a sus palabras, añade: *Pues para vosotros es la promesa.* Dice ésta y ahora, o sea la misma que antes dijo en su discurso. *Y para vuestros hijos.* De manera que el don es mayor cuando lo participan los herederos de los bienes. Continúa: *Como también para cuantos ahora están lejos.* Como si dijera: Si es para los que están alejados, mucho más lo es para vosotros que estáis cerca. *Y serán llamados por el Señor nuestro Dios.* Advierte cuándo les dice: *Para cuantos están lejos:* es cuando ya los tiene ganados y ellos mismos confiesan y condenan su propio crimen. Cuando el alma se acusa a sí misma ya no sufre envidia.

Y con otras muchas palabras daba testimonio y los exhortaba diciéndoles. Advierte que en todas partes Lucas es breve y sin ambi-

ciones ni ostentación. Dice: *Daba testimonio y los exhortaba diciéndoles*. Perfecta es la enseñanza que junta de una parte el temor y de otra el amor. *¡Salvaos de esta generación perversa!* No les habla de lo futuro, sino de lo presente, que es lo que más mueve al hombre, e indica que la predicación libra de los males presentes y también de los futuros.

Los que con buena voluntad acogieron sus palabras se hicieron bautizar. Y en aquel día quedaron agregados unos tres mil. ¿Cuánto crees que regocijó esto a los Apóstoles, mucho más que el prodigo? *Y se entregaron con perseverancia a recibir la instrucción de los Apóstoles y a la mutua ayuda.* Dos virtudes hay aquí; la perseverancia y la mutua unión. Lo dice Lucas para significar que los Apóstoles los estuvieron instruyendo por largo tiempo. *A la mutua ayuda, a la fracción del pan y a la oración.* Dice que todo lo hicieron con perseverancia y todo en común. *Y todos los miraban con temor reverencial. Y por medio de los Apóstoles se obraban muchos milagros y prodigios.* Con razón ya no los miraban como a hombres vulgares, ni atendían a las cosas que caen bajo los sentidos, sino que su mente se hallaba inflamada por el Espíritu Santo.

Como Pedro se había extendido largamente declarando las cosas pasadas y las futuras, con razón estaban sobrecogidos de temor reverencial, y los milagros hacían fidedignas las palabras de los Apóstoles. Así como en tiempo de Cristo se sucedían primero las señales, luego la enseñanza y finalmente los milagros, así sucede ahora. *Y todos los que creían vivían unidos, y todas las cosas las tenían en común.* Advierte desde luego cuán grande es el aprovechamiento en la virtud. Pues no únicamente en la oración vivían unidos, ni sólo en la doctrina, sino también en la vida virtuosa.

Vendían haciendas y sus bienes y lo repartían entre todos, habida cuenta de la necesidad de cada uno. Considera su mucho temor reverencial. *Y lo repartían.* Dice esto para indicar el manejo económico. *Habida cuenta de la necesidad de cada uno.* No procedían vanamente a la manera de los filósofos griegos. De éstos, unos abandonaron sus propiedades, otros arrojaron al mar buena cantidad de oro. Pero no era por desprecio de las riquezas, sino por estulticia y necesidad. Ha sido empeño constante del demonio calumniar las obras de Dios, como si las riquezas fueran malas y no se pudiera usar bien de ellas. *Y unánimes asistían constantes todos los días al templo.* Con esto indica Lucas el modo como recibían los fieles la instrucción.

Observa cómo los judíos no hacían otra cosa, ni grande ni pequeña, sino asistir continuamente al templo. Como habían adelantado en la perfección, tenían también mayor reverencia al templo. Aún no los apartaban de allí los Apóstoles para no causarles daño. *Y partían el pan en sus casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando gracia a los ojos de todo el pueblo.* Cuando habla del pan me parece que se refiere al ayuno y al modo austero de vivir, pues ni del alimento usaban por puro placer¹. Aprende por aquí, carísimo, que no es el placer sino el alimentarse lo que causa gozo. Los que se dedican a disfrutar del placer caen en tristeza; los que al contrario proceden viven gozosos.

¿Adviertes cómo la predicación de Pedro introdujo la templanza? No puede haber alegría sino en la sencillez. Preguntarás: *¿cómo hallaban gracia delante de todo el pueblo?* Por lo que hacían y mediante las limosnas que repartían. No te fijes en que los principes de los sacerdotes se levantaban por envidia contra ellos, sino en que *hallaban gracia a los ojos de todo el pueblo. Y el Señor hacía crecer, día a día, la Iglesia y el número de los que hallaban la salvación. Y todos los creyentes vivían unánimes.* De modo que la concordia en todas partes es buena. *Y con muchas otras palabras daba testimonio.* Declara con esto que no bastó con lo que Pedro les dijo en aquel día para llevarlos a la fe, o también que lo dicho en aquel día fue para llevarlos a la fe, y lo que después les siguió diciendo fue para instruirlos en cómo deben ser los fieles.

Y no dijo en la cruz, sino: *Sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo.* No les recuerda con frecuencia la cruz para no parecer que los reprende, sino que les dice sencillamente: *Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, en remisión de sus pecados.* Aquí se cambian las leyes de los juicios, pues, conforme a la doctrina que se predicaba, cuando el pecador confiesa su pecado es cuando se salva. Observa cómo Pedro no pasó en silencio lo que es más aún, pues habiendo hablado del don, añadió: *Recibiréis el don del Espíritu Santo.* Por los que ya lo habían recibido se hacen creíbles las palabras de Pedro. Desde luego dice lo que es fácil y lleva consigo el gran don, y después da las reglas para bien vivir, sabiendo que después tendrán oportunidad de una instrucción más a fondo, tras de que hayan gustado bienes tan grandes.

Y pues anhelaban los oyentes conocer en tan largos discursos cuál era el punto central, también esto lo declara y dice ser el don del

Espíritu Santo. Oyéndolo ellos, alabaron lo que decía, aunque les causaba no pequeño temor y dieron su asentimiento y se acercaron al bautismo. Pero repitamos lo ya dicho. Dice: *Se entregaban con perseverancia a recibir la instrucción*. Se ve por aquí que fueron instruidos no en uno ni en dos o tres días, sino durante muchos días, pues se logró que cambiaron su modo de vivir.

Todos los miraban con temor reverencial. Si todos, luego también los que no habían creído. Es verosímil que eso les aconteciera porque veían tan grande cambio en las costumbres, o también por los milagros. Y no dijo que vivieran juntos, sino *unánimes*. Porque puede suceder que algunos vivan juntos pero no unánimes, sino con diversos pareceres. Y *con discursos los exhortaba*. No se alude aquí a la enseñanza, porque usa el autor de abreviación y compendio. Pero puede de aquí colegirse que los Apóstoles les suministraban el alimento espiritual como se hace con los niños, y que los fieles rápidamente se convirtieron como en ángeles. *Y lo distribuían entre todos, dando a cada uno según su necesidad.* Veían que en lo espiritual todo era común y que ninguno tenía más que otro, y por aquí llegaron pronto a distribuir cada cual lo suyo entre todos.

Y todos los fieles vivían unidos. Es claro que no se trata de que vivieran en un mismo sitio, por lo que sigue: *Y lo tenían todo en común.* Dice *todos*, o sea que no sucedía que uno tuviera y otro no. Era aquello una república de ángeles en la que no había nada propio. Por aquí se cortó la raíz de todos los males, y con los hechos demostraron que habían entendido los discursos. Es lo que Pedro les decía: *¡Salvaos de esta generación perversa!* *Y aquel día quedaron agregadas unas tres mil personas.* Siendo ya tres mil, los intruían fuera de sus casas y cada día muy confiadamente subían al templo y eran asiduos en la asistencia. También Pedro y Juan poco después siguieron esta práctica, porque aún no había persecución de parte de los judíos, y el honor hecho al templo redundaba en honor del Señor del templo.

¿Has advertido el crecimiento en la piedad? Echaban de si los dineros, vivían gozosos, era grande su alegría; pero eran mayores los bienes que recibían. Nadie ultrajaba a otros; nadie envidiaba a otros; no había lujos; no había menosprecio; creían deber ser instruidos como niños; eran como infantes nacidos poco tiempo hacía. Mas ¿por qué echó mano de una imagen oscura? Si recordáis cómo andaban todos atónitos cuando Dios sacudió nuestra ciudad², pues así andaban

aquellos. Nadie había malamente astuto, nadie malvado. Tal es el efecto del temor, tal el de la angustia. No existía aquella fría palabra de mío y tuyo. Por lo cual la comida era con alegría. Nadie pensaba si comía de lo propio o de lo ajeno, aun cuando esto parezca un enigma*.

No pensaban que los bienes de los hermanos eran ajenos, pues eran como señores de ellos; ni tampoco que eran propios, pues eran de los hermanos. Ni el pobre sufría vergüenza, ni el rico se hinchaba. Y esto es lo que produce alegría. El rico procedía como si se le hiciera un beneficio, y el pobre como si con eso se le aumentara su gloria, y andaban entre sí estrechamente unidos. Suele en la distribución de dineros haber injurias, arrogancia, enojos. Motivo por el que Pablo aconsejaba que para dar se hiciera: *No con displicencia ni a la fuerza*³.

¿Observas cuántas virtudes testifica de ellos? Fe sincera, vida ordenada, perseverancia en atender los sermones y en las oraciones, y con templanza y alegría. Dos cosas había que podían entristerlos: el ayuno y el dispendio de las riquezas. Pero ellos de ambas cosas sacaban alegría. A hombres así dispuestos ¿quién no los tendría por padres comunes? Ninguno hacía mal a otro, todo lo encomendaban a la Gracia de Dios. Ningún temor acometía a quienes se encontraban en medio de peligros. Por medio de semejante sencillez, declaró Lucas todas las virtudes de ellos: el desprecio de las riquezas, el ayuno, la perseverancia en la oración mucho mayor. Con tal pureza alababan a Dios, o por mejor decir, esto es alabar puramente a Dios.

Advierte cómo al punto reciben el premio, pues el hallar gracia delante de todo el pueblo prueba que eran amables y que mucho se les amaba. En efecto: ¿quién no se queda estupefacto y lleno de admiración ante un hombre de costumbres sencillas? ¿Quién no se siente unido en amistad con un hombre en quien no hay dolor? ¿A quiénes sino a éstos pertenecen la salud y los grandes bienes? ¿No fueron acaso unos pastores los primeros en recibir el Evangelio? ¿Acaso José no era un varón sencillo hasta el punto de no hacer nada malo, ni aun atemorizado con la interpuesta sospecha de adulterio? ¿Acaso no eligió Dios a hombres campesinos sencillos?

Dice la Escritura: *Toda alma sencilla será colmada de bienes*. Y también: *Quien camina con sencillez va seguro*⁴. Responderá: ¡Bien está eso! Pero se necesita prudencia. Mas ¿qué otra cosa es la sencillez sino una prudencia? Si tú nada malo sospechas, tampoco harás

nada malo; si nada llevas pesadamente, tampoco serás rencoroso. ¿Te injuria alguno? No te dueles. ¿Habla mal de ti? Nada padeces. ¿Te envidia? No lo llevas a mal. En verdad que la sencillez es un camino para la sabiduría.

Nadie tiene tan gran hermosura interior como el hombre sencillo. Así como en lo corporal, con andar triste, cabizbajo, meditabundo, se pierde mucho de la belleza; y en cambio el que anda alegre y sonriente acrecienta su belleza, así sucede en el alma. El que es doblado, aun cuando cuente con muchas buenas obras, las echa a perder; y al contrario le pasa al que es sencillo y anda sin preocupaciones. A un hombre como éste cualquiera lo toma como amigo; y si es enemigo, desde luego se le reconcilia. Pues para un hombre así no se necesitan guardias ni prevenciones, porque todos sus compañeros están seguros.

Preguntarás: bueno, pero ¿qué si este hombre va a dar entre perversos? Dios, que nos ha ordenado ser sencillos, nos alargará la mano. ¿Quién más sencillo que David? ¿quién más injusto que Saúl? Y ¿cuál de los dos salió vendedor? ¿Qué sucedió en el caso de José? ¿No se acercó a su ama con sencillez, mientras que ella procedía con doblez y dolosamente? Pregunto: ¿en qué salió dañado? ¿Quién más sencillo que Abel? ¿quién más criminal que Caín? Y volviendo a José, ¿acaso no trató con sencillez con sus hermanos? ¿No fue esclarecido precisamente por todo lo que dijo e hizo sin doblez, mientras que ellos lo recibieron con ánimo maligno? Les declaró su sueño una vez y luego otro sueño, y sin preocupación fue a llevarles alimentos, poniéndolo todo en las manos de Dios. Cuanto más lo trataban como a enemigo, tanto más los trataba él como a hermanos. Podía Dios no permitir que cayera en las manos de ellos, pero lo permitió para que luego brillara el milagro, y se viera que cuando más se esforzaban ellos en su contra, tanto más aparecía él como superior a ellos.

De modo que el hombre sencillo, aun cuando reciba alguna herida, no la recibe causándosela a sí mismo, sino de mano ajena. En cambio, el perverso se hiere a sí mismo y a nadie más, y se convierte en su propio enemigo. Por otra parte, este tal lleva el alma continuamente llena de tristeza, pues andan sus suspicacias encadenadas unas con otras. Si se oye o se dice algo, lo echa a mala parte, y todo lo recrimina. Lejos están de hombres tales la amistad y la concordia, y reinan entre ellos las querellas, las enemistades, las molestias: entre sí mismos se tornan suspicaces. Ni el sueño ni otra cosa alguna les resulta suave.

Si son casados ¡válgame Dios! de todos se vuelven adversarios y enemigos: zelotipias sin cuenta, miedos perpetuos. El malo se llama malo por el trabajo malo que sufre. De aquí que la Escritura al trabajo lo llame *malicia*, como cuando dice: *Bajo su lengua, sólo malicia e iniquidad*⁵. Y también: *Y la mayor parte de ellos, son trabajo y dolor*⁶. Y si alguno se admira de que allá a los principios así fueran los fieles y ahora ya no lo sean, sepa que la causa fue la tribulación, que es maestra de la sabiduría y madre de la piedad. Allá cuando se echaban de en medio los dineros, no había perversidad.

Dirás: ¡bien está eso! Pero precisamente eso es lo que pregunto: ¿de dónde se ha originado al presente tan gran malicia? ¿Cómo fue que aquellos tres mil y cinco mil abrazaron tan rápidamente la virtud y así llegaron a la prudencia, mientras que ahora apenas si se encuentra alguno que sea así? ¿Por qué entonces vivían concordes? ¿Qué era lo que daba agilidad para la virtud y así los despertaba? ¿Qué fue lo que los inflamó en santos deseos? Fue que procedían con grande piedad; que no había puestos honrosos como ahora; que levantaron su mente a las cosas futuras y de las presentes ninguna esperaban.

Esto es lo propio de una alma inflamada en santos deseos: anhela vivir en estrecheces. Esto pensaban ellos ser lo verdaderamente cristiano. Nosotros no pensamos así, sino que buscamos una vida cómoda y fácil. Por esto no la logramos ni aum en oportunidades en que pudiéramos lograrla. Aquellos se preguntaban a sí mismos: *Pues ¿qué haremos?*, condenando sus propios procederes. Nosotros, por el contrario, nos preguntamos: *¿Qué haremos?*, pero es traficando con las cosas de la vida presente y enorgullecidos. Aquéllos cumplían sus deberes, nosotros no. Aquéllos condenaban sus propios procederes y andaban ansiosos de su salvación. Por esos caminos llegaron a ser lo que fueron. Conocieron el don que habían recibido.

Pero vosotros, que hacéis todo lo contrario, ¿cómo podéis asemejaros a ellos? Aquéllos en cuanto oyeron a Pedro se bautizaron y no dijeron esas frías expresiones que ahora nosotros usamos, ni dieron largas al negocio, a pesar de que no todos habían escuchado los preceptos, sino únicamente aquella palabra: *¡Salvaos de esta generación perversa!* No fueron perezosos, sino que obedecieron y aceptaron lo que se les decía y mostraron por las obras haberlo aceptado, y así mostraron lo que eran. Entraron al punto en el certamen, despojándose de sus vestidos; pero nosotros queremos competir sin dejar los nuestros. De donde se sigue que nuestro competidor ningún trabajo

encuentra en vencernos, porque nosotros mismos, enredados en las ropas, con frecuencia rodamos por el suelo. Procedemos como si alguno, teniendo delante a un atleta cubierto de polvo, denegrido, sin ropas, lleno de lodo a causa de la arena y el calor, ungido en óleo, de sudor y de barro, se pone a luchar con él, rezumando fragantes ungüentos, con vestidos de seda, con calzado de oro, con túnica que cae en ondas hasta los talones y coronada la cabeza con áureos adornos.

Quien en tal forma entra al certamen, no solamente se encontrará impedido, sino que por andar cuidadoso de que no se le manchen ni se le rompan sus telas, caerá por tierra al primer encuentro, y sufrirá lo que desde el comienzo temía: ser herido en partes mortales. Tiempo es ahora de entrar al certamen, ¿y tú te adornas como para una pompa y procesión? ¿Cómo podrás vencer? No te fijes en lo exterior, sino en lo interior. Pues con las cosas exteriores el alma se encuentra ceñida de cuidados, como de unas cadenas pesadas que no permiten levantar las manos ni alzarlas contra el enemigo, y nos tornan muelles y delicados.

¡Ojalá, libres de eso exterior, podamos vencer a las perversas potestades demoníacas! Por tal motivo Cristo, como si no fuera suficiente con echar de sí las riquezas, mira lo que dice: *Vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme*⁷. Pues bien, si dejadas las riquezas aún no estamos seguros, sino que necesitamos de nuevo arte y diligencias, con mucha mayor razón si las retenemos: nada grande llevaremos a cabo, sino que haremos el ridículo ante los espectadores y ante el mismo maligno adversario. Aun cuando no existiera el diablo, aun cuando nadie nos combatiera, por muchos caminos las riquezas llevan al avaro a la gehena. ¿Dónde están ahora, pregunto, los que dicen: por qué existe el diablo? En nuestro caso nada hace el diablo: ¡todo lo hacemos nosotros! Semejante pregunta la debían hacer los que habitan en los montes y guardan continencia y desprecian las riquezas y las demás cosas del siglo, y gustosísimos han abandonado padres, casas, campos, esposas e hijos. Pero precisamente son ellos los que nada de eso preguntan, y en cambio lo preguntan quienes nunca jamás debieron expresarse de semejante manera. Eso sí que son certámenes del diablo, a los cuales ni siquiera es digno que descendamos.

Pero dirás: el diablo es el que infunde la codicia de riquezas. ¡Huye de ella, oh hombre, y no la admitas! Si tú vieras a uno que desde un balcón está lanzando lodo, y a otro que, viendo que las

pellas son lanzadas contra él, permanece sin moverse y las recibe en plena cabeza, no sólo no lo compadecerías, sino que te indignarías y dirías que justamente lo padece; y todos le gritarían: ¡No seas estulto! De manera que no recriminarían tanto al que arroja las pellas como al que las recibe.

Sabes ya que la codicia de las riquezas procede del demonio, sabes que éste es el autor de males sin número; pero ¿ignoras que semejante inmundicia la recibes a cabeza descubierta, cuando lo conveniente sería evitarla con sólo inclinarse un poco? Así como en el ejemplo, si el otro se apartara del sitio se libraría del lodo, así tú no des entrada a esos pensamientos, y así evitarás el pecado: ¡rechaza la codicia!

Preguntarás: ¿cómo la rechazaré? Si fueras gentil y sólo miraras a las cosas presentes, quizá te fuera difícil, aunque no faltan gentiles que las rechazaron. Pero tú, que esperas los bienes del cielo, ¿preguntas cómo las rechazarás? Si yo hubiera dicho lo contrario, entonces sí cabría la duda. Si yo dijera: codicia las riquezas, me responderías: ¿Cómo puedo codiciarlas viendo lo que son? Dime: si te pusieran delante oro y piedras preciosas y yo te aconsejara: ¡codicia el plomo! ¿dudarías? Sin duda que dirías: ¿Cómo puedo yo codiciar eso? En cambio, si yo te dijera: No codicies eso, la cosa te sería más fácil.

Yo no me admiro de quienes desprecian las riquezas, sino de quienes no las desprecian. Porque esto es propio de una alma totalmente desidiosa y que en nada difiere de las moscas, los mosquitos, los reptiles; es propio de una alma que se revuelca en el lodo y nada grande piensa. ¿Qué es lo que dices? Vas a recibir en herencia la vida eterna y dices: ¿Cómo despreciar la vida presente por esa otra? ¿Pueden acaso compararse ambas? Vas a recibir vestiduras regias y dices: ¿Cómo despreciar los andrajos? Vas a entrar al palacio y dices: ¿Cómo voy a despreciar este tugurio miserable?

Verdaderamente que somos nosotros siempre la causa de nuestros males, pues no queremos enfervorizarnos un poco siquiera. Los que quisieron pudieron proceder y procedieron correctamente, y lo hicieron con gran facilidad y fervor. Ojalá que vosotros, persuadidos por nuestras exhortaciones, procedáis correctamente y seáis imitados de aquellos que preclaramente se portaron, por gracia y benignidad del Hijo Unigénito, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder, y el honor, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Hay un juego de palabras: *trofés gàr, ov trifés metelámbanon* = tomaban alimento, no placer. Los autores en la actualidad están acordes en que no se trata simplemente del diario alimento, sino del Pan eucarístico.
2. Alusión dudosa al terremoto registrado en Constantinopla entre el 400 y el 401.
- * Aquello no era comunismo, porque era una asociación privada, como lo son las Ordenes religiosas en que todo se posee en común (S.A.).
3. II Cor. IX, 7.
4. Prov. XI, 25 y X 9.
5. Salmo IX, 7.
6. Salmo LXXXIX, 10.
7. Marc. X, 21.

HOMILIA VIII

*Pedro y Juan subían al templo, a la hora nona,
hora de la oración
(Hechos III, 1)¹*

SE VE POR TODOS los pasajes que estos dos Apóstoles tenían entre sí gran concordia. A éste hizo Pedro y ambos corrieron al sepulcro; y Pedro preguntaba a Cristo acerca de Juan: *Y éste ¿qué?*² El autor de este Libro de los Hechos pasó en silencio muchos milagros; pero en cambio refirió uno que a todos los llenó de estupor y admiración. Advierte que estos dos Apóstoles no subieron al templo habiéndose puesto de acuerdo de antemano: tan lejos estaban de toda ostentación. Y en esto imitaban al Maestro.

Mas ¿por qué subieron al templo? ¿Vivían aún a lo judío? De ninguna manera. Sin embargo, útilmente lo hacen. Pues nuevamente va a obrarse un milagro que a ellos los confirma y a otros los atrae. Un milagro, digo, tal que hasta entonces ellos no lo habían obrado. Se trataba de una enfermedad natural y rebelde al arte de la medicina. Más aún, se trataba de un hombre cojo desde hacía cuarenta años, como luego se declara; y en tan largo lapso nadie había podido curarlo. Ya sabéis vosotros que estas deficiencias naturales son más difíciles de curar. Tan grave era su enfermedad que ni siquiera podía procurarse el alimento necesario. Era muy conocido, así por el sitio en donde estaba, como por la enfermedad que padecía. Escucha cómo era eso.

Había un hombre cojo desde su nacimiento, al que todos los días llevaban y ponían junto a la puerta del templo llamada Hermosa, para pedir limosna a los que entraban en el templo. De modo que pedía limosna y no conocía a los Apóstoles. El, en cuanto vio a Pedro y a Juan que iban a penetrar en el templo, les pidió que le dieran

limosna. Pedro y Juan, mientras lo miraban atentamente, le dijeron: ¡Míranos! el hombre oyó esto, pero no se levantó, sino que permanecía en actitud de quien insiste en pedir. Así es la pobreza: insta a quienes se niegan a darle y los obliga. Avergoncémonos nosotros, que rehuimos tales peticiones. Observa cuán presto demuestra Pedro su mansedumbre, diciendo: ¡Míranos! Por aquí su presentación y su figura misma revelaban sus costumbres. Y él clavaba los ojos en ellos, esperando recibir algo. Mas Pedro le dijo: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, eso te doy.

No le dijo: Te doy algo mucho más precioso que el oro, sino ¿qué?: *En el nombre de Jesucristo Nazareno, ponte a caminar. Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó.* Lo mismo hacía Cristo, quien con frecuencia tendió la mano a los más débiles en la fe, y para que no pareciera que la curación era espontánea y natural. *Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó.* Esto confirmó la Resurrección del Señor, pues fue aquello una imagen de la Resurrección. *Y a punto se le consolidaron las plantas de los pies y los tobillos. Y de un brinco se puso en pie y caminaba.* Quizá hacia experiencia de sí mismo y una prueba mayor del milagro, para ver que aquello no era una ilusión vana. Sus pies estaban débiles solamente, pero no mutilados. Otros dicen que así lo hacía porque no sabía andar.

Y entró con ellos en el templo caminando. En verdad que era aquella cosa digna de admiración. No lo van llevando ellos, sino que él va detrás; y con seguirlos los manifiesta como bienhechores; y con andar va alabando a Dios y no alabando a los Apóstoles, pues por medio de ellos Dios había obrado el milagro. Pero repitamos ya lo anterior. Quizá al tiempo en que los Apóstoles entraban al templo, los que cargaban al cojo lo depositaron en aquel sitio, pues era la hora de mayor concurso al templo. Y para que nadie piense que por otros motivos fue llevado al templo y no para recibir limosna, mira cuán claramente lo indica el autor diciendo: *Lo ponían allí para que recibiera limosna de los que entraban en el templo.* Y para prueba de verdad en lo que escribe, hace referencia al lugar.

Preguntarás: ¿Por qué no llevaron este hombre a Cristo? Quizá los que asistían en el templo eran incrédulos, pues tampoco lo llevaron a los Apóstoles, cuando los vieron entrar; y esto después de tantos milagros. *Suplicaba para recibir limosna.* Quizá por su presencia misma los juzgó varones piadosos; por esto los detuvo. ¿Adviertes cómo Juan siempre guarda silencio y cómo Pedro habla en su lugar?

Y dice: *Plata y oro yo no tengo*. No dijo: Yo no tengo aquí, como solemos decir nosotros; sino en absoluto: *No tengo*.

¿Qué hace el cojo? Parece como si dijera: ¿De modo que a mí, suplicante, me desprecias? No, dice Pedro. Pero recibe de lo que yo poseo. ¿Adviertes cuán lejos de la presunción se halla Pedro, y cómo no hace ostentación ni aun delante del que va a recibir de él el beneficio? Aquí todo lo llevaron a cabo la boca y las manos. Por lo demás, así eran los judíos: cuando lo que convenía pedir era la salud, preferían, tendidos por tierra, pedir dinero: ¡frecuentaban el templo con el fin de enriquecerse! ¿Qué hace Pedro? No lo despreció; no buscó a uno que fuera rico. No dijo: Si no se verifica en él un milagro, nada grande habrá sucedido. No buscó que el cojo lo honrara. No lo curó en presencia de algunos, pues estaba el cojo en la entrada y no dentro entre la multitud.

Pedro nada de eso investigó, ni se puso a predicar, sino que atrajo al cojo con solo su porte a pedirle limosna. Y es cosa de grande admiración que el cojo al punto creyó en las palabras de Pedro. Los que quedan libres de enfermedades consuetudinarias, con dificultad creen aun lo que ven. El cojo, una vez sanado, no se apartaba de los Apóstoles y daba gracias a Dios. Dice Lucas. *Y entró con ellos al templo caminando y saltando y alabando a Dios*. Observa cómo no permanece quieto, tanto por la alegría como para cerrar la boca de los judíos. Yo pienso que él daba saltos para que se viera que no era ilusoria la curación; pues ciertamente no podía fingir los saltos. De modo que aquel que de ninguna manera podía andar, ni aun acosado por el hambre, y que tampoco habría querido compartir las limosnas con los que lo cargaban si él hubiera podido andar, mucho menos podía simular salud en esa ocasión. ¿Ni para qué iba a simularla en gracia de quienes no le habían dado limosna?

Era el cojo varón agraciado, aun después de haber alcanzado la salud. Se muestra fiel así por la acción de gracias como por lo sucedido. No era conocido de todos; pero ahora, al verlo saltar, sí reconocían que era el cojo. *Todo el pueblo lo vio caminar y lo oyó alabar a Dios*. Y lo reconocían como el mismo que se sentaba a pedir limosna junto a la puerta del templo llamada Hermosa. Con exactitud dice: *Lo reconocían*, pues usamos esa palabra *epigignoskein* para designar a quienes con dificultad nos son conocidos.

Era, pues, necesario creer que el nombre de Cristo remitía los pecados, ya que obraba tan grandes milagros. *Y mientras el sanado*

continuaba asido a Pedro y a Juan, corrió todo el pueblo, fuera de sí, al pórtico llamado de Salomón. Por amistad y gratitud el cojo no se separaba de los Apóstoles, tal vez también dándoles gracias y alabándolos. Y corría, dice, todo el pueblo. Y Pedro, al ver al gentío, les dijo. De nuevo es él quien obra y predica. Anteriormente los excitó cuando oyeron el milagro de las lenguas; ahora los excita con este otro milagro. Entonces Pedro comenzó por el crimen de ellos; ahora comienza por lo que ellos están pensando. Veamos en qué difieren ambos discursos y en qué concuerdan.

Aquél tuvo lugar dentro de la casa, cuando aún nadie se les había juntado ni ellos habían obrado prodigios ningunos. Este otro es delante de todos estupefactos y estando presente el hombre que había recibido la salud, y sin que nadie dudara como anteriormente cuando algunos afirmaban y decían: *Estos están llenos de mosto*. Entonces Pedro habló rodeado de todos los Apóstoles; ahora sólo está presente Juan. Y Pedro se expresa ya con mayor atrevimiento y vehemencia.

Es propio esto de la virtud: que en cuanto comienza, en seguida avanza y crece y no se detiene. Advierte la providencia de Dios en que el milagro se verifique en el templo, para que también los demás oyentes confíen. Porque el milagro no se hizo en un rincón ni a ocultas, y ni siquiera en el interior del templo en donde se encontraba una gran multitud. Preguntarás: ¿cómo sucedió que se le diera fe al milagro? Porque el mismo que había recibido el beneficio lo publicaba. No podía mentir, ni se puso de acuerdo oyendo a otros. Ciertamente, como si se encontraran en una región apartada, así obraron ellos el milagro, o como en un lugar desierto. Pero mira lo que sucede. A una cosa van los Apóstoles y otra es la que hacen. Lo mismo fue en el caso del centurión Cornelio: unas cosas suplicaba en su ayuno y otras fueron las que vio. Hasta ahora los Apóstoles invocan a Cristo el Nazareno siempre. Pues dice Lucas: *En el nombre de Jesucristo el Nazareno, ponte en pie y camina*. Fue porque al principio lo que Pedro buscaba era que se le creyera.

Pero no nos fatiguemos ya desde el principio del discurso. Y aunque deje la materia en habiendo referido el suceso, nosotros volvamos al principio. Si nos hallamos bien dispuestos, muy pronto llegaremos al término y tocaremos la cima. Pues dicen que el empeño engendra empeño y la desidia engendra desidia. Quien ha llevado a cabo felizmente algo de no mucho valor, luego entra confiadamente y acomete algo mayor, y pasa adelante. Sucede como con el fuego:

cuantos más leños inflama, más vehemente se hace. Del mismo modo el ánimo fervoroso: cuantos más pensamientos piadosos suscita tanto más fuertemente se arma para el resto.

Pongamos un ejemplo. Permanecen en nuestro interior a manera de espinas el perjurio, la mentira, la simulación, el dolo, la perversidad, las afrentas, las burlas, las risotadas, las palabras torpes, las payasadas; y además, por otra parte, la avaricia, la rapiña, la injusticia, la falsa delación, las asechanzas; y todavía más la mala concupiscencia, la impureza, la lascivia, la fornicación, el adulterio; y encima de todas ellas, la envidia, la zelotipia, la ira, la cólera, el rencor, la venganza, la blasfemia y otros infinitos vicios semejantes. Pues bien, si enderezamos y corregimos los primeros, tras de ésos podremos ir enderezando los demás, porque el alma se va robusteciendo y haciendo más vigorosa para arrancar los demás vicios. Me explico: quien mucho ha jurado, si quita esa satánica costumbre, no solamente ha corregido ese vicio sino que ya ha conseguido algo más en la piedad. Porque ninguno de los que no juran querrá fácilmente cometer otro pecado, pues tendrá reverencia a la virtud que ya ha conseguido. Le sucederá lo que a quien anda cubierto con una bella vestidura, que se avergüenza de revolcarse en el lodo.

Y por ese camino llega a no irritarse, a no golpear a otros, a no injuriar. De manera que si corrige bien lo poco, ya ha logrado todo. Mas con frecuencia sucede lo contrario; o sea que quienes han corregido algo, por desidia reinciden en lo mismo, de manera que ya casi no tienen enmienda para adelante. Por ejemplo: nos hemos puesto a nosotros mismos la ley de no jurar; la hemos observado durante tres o cuatro días; pero en seguida, porque nos molesta una cosa cualquiera, todo lo echamos a perder, y finalmente nos abandonamos a la pereza y acabamos por desesperar de la enmienda hasta el punto de abandonar totalmente la lucha. Con razón. Pues quien va edificando, si ve derribado el edificio, se vuelve tarde para de nuevo edificar. Sin embargo, ni aun en ese caso, a pesar de todo, conviene proceder con desidia, sino empeñosamente comenzar de nuevo.

Impongámonos diariamente leyes y comencemos por lo más fácil. Cortemos la frecuencia en los juramentos y pongamos un freno a la lengua: que nadie jure por el nombre de Dios. No hay en esto gastos que hacer, no es trabajoso, no necesita largas meditaciones. Basta con querer y todo está hecho. ¡Sí, os lo ruego! Pongamos todo empeño. Dime: si yo te pidiera que me ayudaras con dinero ¿acaso no cada

cual prontamente según sus fuerzas lo aprontaría? Si me vieras puesto en extremo peligro ¿acaso no me daríais, si fuera posible, aun pedazos de vuestra carne? Pues bien: ahora yo me encuentro en sumo peligro y me duelo más que si estuviera encarcelado o hubiera recibido infinitos azotes o me hallara condenado a trabajo de las minas. ¡Ea, auxiliadme! Pensad cuán grave peligro es que no podáis llevar a cabo ni aun eso poco (por lo que hace al trabajo, digo). En efecto, cuando se me acusa ante el tribunal divino ¿qué responderé? ¿Por qué no exhortaste? ¿Por qué no corregiste? ¿Por qué no imperaste? ¿Por qué no lo impusiste como ley? ¿Por qué no castigaste a los desobedientes?

No me bastará con responder: ¡Amonesté! Pues se me dirá que era necesaria una más vehemente increpación. También Elí amonestaba... ¡Pero lejos de mí compararlos con los hijos de Elí! El amonestaba y decía: *¡No, hijos míos! ¡no procedáis así! ¡los rumores que oigo no son buenos!*³. Pero la Escritura continúa y dice que él no amonestó a sus hijos. Lo dice porque amonestaba sin acritud, los reñía sin severidad. ¿Cómo no ha de ser absurdo que en las sinagogas de los judíos fueran tan severas las leyes, y que el doctor impusiera que se llevara a cabo todo cuanto enseñaba; y que en cambio ahora nosotros los maestros andemos tan despreciados y desechados?

No procuro yo mi gloria. Mi gloria es vuestra vida virtuosa. Yo procuro vuestra salvación. Día por día clamo, gritamos a vuestros oídos, pero nadie nos oye, aun cuando en realidad no nos excedemos en la vehemencia. Temo no sea que en aquel día futuro tenga yo que dar cuenta de mi indulgencia inoportuna y excesiva. Por tal motivo, con claras y altas voces predigo y testifico a todos que quienes hablan ese lenguaje del demonio, pues eso es la blasfemia, y en semejante forma pecan, no se atrevan a tocar los dinteles de la iglesia. Y quede este mes como plazo improrrogable para que os enmendéis.

No me alegues que los negocios te fuerzan y obligan de necesidad a blasfemar, que porque de otro modo no se te cree. Por de pronto quita esos juramentos que nacen de una costumbre adquirida. Yo sé que no faltarán quienes se burlen de nosotros; pero mejor es ser ahora burlados que no después abrasados por el fuego. Por otra parte, serán los necios quienes se burlen. Porque yo pregunto: ¿quién que no esté loco se burlará de que se guarde este mandamiento? Y si se burlan no será de vosotros, sino de Cristo. ¿Os habéis horrorizado de esta palabra? ¡Lo se bien! Pero si yo fuera el introductor de ley semejante, la risa recaería sobre mí. Mas, si es otro el legislador, la burla cae sobre

él. También en otro tiempo fue escupido, herido en la mejilla, golpeado a bofetadas. Y lo mismo sufre ahora, y nada distinto. Por esto está preparada la gehena. Por esto está preparado el gusano que nunca muere.

De nuevo lo testifico y lo repito. El que quiera, que se ría; que se burle el que quiera. Para eso estamos en este puesto: para ser burlados y mofados y sufrirlo todo. *Somos raeduras de este mundo*⁴, según la expresión del bienaventurado Pablo. Si alguno no quisiera cumplir con este mandato, yo, con mi voz como con una trompeta de heraldo, le prohíbo traspasar los dinteles de la iglesia, ya sea príncipe, ya la persona misma del que porta diadema. O si no, derribadme de esta dignidad episcopal. Pero si he de permanecer en ella, no me arrojéis al peligro. Yo no me atreveré a subir a este trono sino hago algo grande por Dios. Y si esto no me es posible, prefiero estar allá abajo entre el pueblo. Pues nada hay más mísero que aquel que preside sin traer utilidad alguna a los súbditos.

Esforzaos lo más que podáis. ¡Os exhorto, y poned atención! O mejor decir, esforcémonos todos con todas nuestras fuerzas, que algo en absoluto se logrará. Ayudad, suplicad al Señor y también nosotros lo haremos, para que se destierre esta perniciosa costumbre. No hay honor más grande que ser maestros del orbe. Y no será poco si en el orbe todo se sabe que en esta ciudad nadie hay que jure. Si esto se logra, recibiréis no únicamente la recompensa de vuestras buenas obras, sino además la del cuidado que habéis tenido de vuestros hermanos, pues lo que yo soy ahora para vosotros, eso seréis vosotros para todo el orbe. Entonces todos os imitarán y envidiarán y seréis plenamente lámpara encendida y puesta sobre el candil.

Preguntarás: ¿Eso es todo? No es todo. Es solamente el principio de otros bienes. El que no jura, quiéralo o no, llevado de la vergüenza o del temor, subirá otro escalón en la piedad. Instarás: pero hay muchos que no perseverán y volverán atrás. Dice la Escritura: *Mejor es uno que hace la voluntad de Dios que mil perversos*⁵. Con semejantes excusas, todo se ha trastornado y revuelto, pues, como sucede en los teatros, andamos tras de la muchedumbre, pero no tras de la muchedumbre de los probos y virtuosos.

Yo pregunto: ¿en qué puede aprovecharnos la turba? ¿Quieres ver cómo la hueste selecta es la de los santos y no la chusma del vulgo? Saca tú a la guerra cien miríadas de vulgo y solamente un santo. Veamos quién lleva a cabo más numerosas hazañas. Salió a la guerra

Josué, el de Nave; y él solo la terminó, de modo que los demás de nada sirvieron. La multitud que no hace la voluntad de Dios, carísimo, viene siendo como si no existiera. Os ruego, pues, y lo anhelo y con gusto me dejaría hacer pedazos por ello, que la iglesia se adorne con una multitud, pero multitud de almas rectas y buenas. ¿No veis que es mucho mejor tener un solo ojo pero sano, que con ese ojo ciego abundar en gordas carnes? ¿No veis que es mejor poseer una sola oveja sana que mil llenas de roña? ¿No veis que es mejor tener pocos hijos pero buenos que tener muchos pero malvados? ¿Ignoráis acaso que pocos van al Reino y muchos a la gehena?

¿Qué tengo yo que ver con la chusma? ¿qué utilidad proporciona ella? ¡Ninguna! Al revés, resulta perniciosa para otros. Es lo mismo que si alguno, pudiendo tener diez hombres sanos o mil enfermos, junta los sanos con los enfermos. Esos muchos perversos solamente nos acarrearán sufrimientos futuros y penas presentes e ignominia. Nadie se fijará en que somos muchos, sino que nos reprenderá como inútiles. Esto es lo que nos responden siempre que les decimos que somos muchos: ¡muchos, pero malos! nos dicen.

De modo que nuevamente con claras voces lo anuncio y lo grito y nadie piense que se trata de un juego. A los desobedientes los echaré fuera, los excluiré. Y mientras esté en este trono episcopal, nada pondré por encima de los mandamientos de Dios. Si alguien me arroja de él, a lo menos ya no quedaré obligado. Pero mientras lo esté, no puedo descuidar mi deber, no tanto por temor del castigo, cuanto por amor de vuestra salvación, la cual sumamente anhelo. Obedeced para que aquí y en lo futuro obtengáis grandes recompensas y todos disfrutemos de los bienes eternos, por gracia y benignidad del Hijo Unigénito, con el cual sean al Padre, en unión con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Eran como las tres de la tarde, hora en que se ofrecía el holocausto perpetuo y el incienso en el templo.
2. Juan XIII, 24; XX, 3; XXI, 21.
3. I Sam. II, 24.
4. I Cor. IV, 13.
5. Ecles. XVI, 3.

HOMILIA IX

Pedro, al ver el gentío, dijo al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, o por qué fijáis los ojos en nosotros, cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste?
(Hechos III, 12)

LLENO ESTÁ este discurso de la mayor confianza; no porque en el anterior Pedro temiera, sino porque aquellos burladores no lo habrían soportado. Motivo por el cual en el discurso anterior comienza Pedro haciéndolos atentos y les dice: *Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras.* Ahora, en cambio, no tiene necesidad de semejante preparación. Los oyentes no eran desidiosos, pues el milagro mismo les había excitado la atención, de manera que estaban llenos de temor y estupor. Por esto Pedro no necesitó de aquel exordio, sino que comenzó, para más atraérselos, echando de sí la gloria del milagro. Nada hay que tanto aproveche para que el oyente escuche domo el que el orador nada grande diga de sí mismo, sino que aleje toda sospecha de soberbia. Despreciando la gloria vana, se preparaban aquellos Apóstoles una gloria mayor; demostraban ser aquel milagro obra no de hombres, sino de Dios; y que lo conveniente era, aun siendo admirados de los otros, que no se les admirara.

¿Adviertes cuán limpio está Pedro de toda ambición y cómo rehusa la gloria que se le ofrece? Así procedían los antiguos, como Daniel que decía: *Pero yo, no por sabiduría que en mí haya*¹. Y José: *¿No son de Dios los sueños ocultos?*² Y David: *Al león y al oso que acometía, en el nombre de Dios yo los hacía pedazos con mis manos*³. Igualmente ahora Pedro dice: *¿Por qué fijáis los ojos en nosotros cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste?* Como si dijera: No es obra nuestra, puesto que no hemos atraído la Gracia de Dios porque fuéramos dignos.

El Dios de Abraham, les dice, y de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres. Mira cómo con frecuencia se refiere a los progenitores, para no parecer que introducían nuevas creencias. En su discurso anterior recordó a David, el patriarca; aquí, a Abraham y los siguientes. *Ha glorificado a su siervo Jesús.* De nuevo habla humildemente, como en aquel exordio. Pero luego insiste en el crimen de ellos y lo pone en plena luz: no habla veladamente como allá al principio. Lo hace para mejor atraerlos. Pues cuanto más claro les hablaba del crimen más atentos los hacía.

Dice: *Ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis ante Pilato, cuando él había resuelto dejarlo en libertad.* Dos acusaciones hay: que Pilato quería dejarlo libre; y que, queriéndolo él, vosotros os negasteis. *Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis se os hiciera gracia de un homicida, al paso que matabais al Autor de la vida; a quien Dios resucitó de entre los muertos; de lo cual nosotros somos testigos.* Como si les dijera: En su lugar pedisteis la vida de un ladrón. Enuncia con esto un crimen muy grave. Como ya los tenía dominados, reciamente los punza. *Al Autor de la vida, continúa.* Prepara por aquí la fe en la Resurrección. *Al cual Dios resucitó de entre los muertos.* Para que nadie preguntara: ¿De dónde consta eso? Pedro no acude a los profetas, sino a sí mismo, pues ya ante la turba era testigo fidedigno. En el otro discurso, cuando afirmó que Cristo había resucitado, trajo como testigo a David; pero ahora, al afirmar lo mismo, recurre al coro íntegro de los Apóstoles diciendo: *De lo cual nosotros somos testigos.*

Y por la fe de su Nombre, a éste que veis y conocéis, este Nombre lo ha curado. Esta fe que por El es operante, le ha dado íntegra salud a los ojos de todos vosotros. Tratando de declarar la causa del milagro, al punto presenta la señal diciendo: *a los ojos de todos vosotros.* Y pues con tal vehemencia los había punzado y les había declarado que Aquel que ellos crucificaron resucitó, suaviza su discurso y les da oportunidad de penitencia añadiendo: *Ahora bien, hermanos, yo sé que procedisteis por ignorancia, lo mismo que vuestros jefes.*

Por ignorancia lo hicisteis. Esta es una excusa. La otra se contiene en las palabras: *Lo mismo que vuestros jefes.* Como José había dicho a sus hermanos: *Dios me envió delante de vosotros*⁴. Más aún, lo que antes Pedro dijo como de paso: *Conforme a la previsión y al plan de Dios lo entregasteis*, ahora lo explica: *Mas Dios dio así cumplimiento a cuanto tenía anunciado de antemano por boca de*

todos los profetas: que su Cristo había de padecer. Juntamente les declara no ser cosa de ellos ese cumplimiento llevado a cabo, sino que sucedió por voluntad de Dios: *A lo que anuncio de antemano* deja entender las palabras con que se burlaban de Cristo puesto en la cruz cuando ellos decían: *Si lo ama sálvelo, pues él dijo: Soy Hijo de Dios. Confío en El, baje ahora de la cruz.*

¡Oh necios! ¿Acaso eso son burlas? ¡Lejos tal cosa! Es que así convenía que sucediera y así lo testifican los profetas. De manera que no baja de la cruz por falto de fuerzas, sino precisamente por su poder. Y esto lo pone Pedro como una excusa de los judíos, para que con más voluntad lo escuchen. Dice: *Dio así cumplimiento.* ¿Ves cómo todo lo refiere a eso? Por tanto, arrepentíos y convertíos. No añade de vuestros pecados, sino: *Para que se borren vuestros pecados*, que viene significando lo mismo. Añade en seguida la ganancia: *Para que os lleguen de la faz del Señor los días de la consolación.* Declara, en consecuencia, que ellos cayeron miserablemente y andan entre mil calamidades. Les habla así porque sabe que semejantes palabras son convenientes a quien padece y busca consuelo.

Advierte el modo como procede. En su primer discurso poco a poco fue declarando la Resurrección y que Cristo está sentado a la diestra del Padre. Acá, en cambio, presenta claramente su futura venida. *Y haya enviado a aquél Jesús que ha sido preordenado para vosotros como Cristo.* Ahora conviene que el cielo lo retenga; es decir se hace necesario. *Hasta que llegue el tiempo de la restauración universal.* Manifiesta es la causa por la que ahora no viene. *Que Dios anuncio por boca de los profetas, los santos, desde remontísimos tiempos.* Efectivamente., Moisés dijo: *El Señor nuestro Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un Profeta igual a mí. Prestad oído a todo cuanto os hablare.* En el discurso anterior hizo referencia a David; en éste la hace a Moisés. Y dice: *Que Dios anuncio.* No dice: que lentamente bajo aquellas figuras los va llevando a la fe. Y se acoge luego a una cosa digna de crédito diciendo: *El Señor nuestro Dios os suscitará un profeta igual a mí de entre vuestros hermanos. Prestad oído a cuanto os hablare.* Sigue inmediatamente un grave castigo. Dice: *Y todo aquel que no atendiera a aquél profeta, sea exterminado de mi pueblo. Y todos los profetas desde Samuel y los que en pos vinieron, en su mensaje anunciaron estos tiempos.*

Aquí oportunamente puso la ruina. Cuando dice algo grande recurre a los antiguos; y encuentra un testimonio que abarca ambas cosas:

prevaricación y castigo. Así en el discurso anterior dijo: *Mientras pongo a tus enemigos como escabel a tus pies.* Porque es cosa admirable cómo junta ambos asuntos: la sujeción, la prevaricación y el castigo. *Igual a mí.* ¿Por qué, pues, os admiráis? *Vosotros sois los hijos de los profetas.* Pues, como os decía, todo fue hecho por vosotros. Y como ellos pensaban que a causa de su crimen quedaban hechos enemigos pues no parecía congruente que uno mismo ahora fuera crucificado y en seguida cuidara de los suyos, demuestra Pedro, mediante la profecía, que ambas cosas se han realizado. Les dice: *Vosotros sois los hijos de los profetas y de la Alianza que Dios concertó con vuestros padres, al decir a Abraham: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra.* Dice: *Para vosotros Dios primeramente suscitó a su siervo, su enviado.* Ciento que también para otros; pero en primer lugar vosotros, que lo crucificasteis. *Enviado para traeros bendiciones y desterrar de cada uno de vosotros los pecados.*

Pero repitamos ya más cuidadosamente lo que se ha leído. Desde luego, Pedro se esfuerza por persuadirlos de que no son los Apóstoles quienes han hecho el milagro, cuando les dice: ¿Por qué os admiráis? Y no permite que se niegue fe a lo que dice. Y para hacerlo más fidedigno aún, se adelante al juicio de ellos aseverando: ¿Por qué fijáis los ojos en nosotros cual si con nuestro poder o santidad lo hubiéramos realizado? Si el milagro os conturba y aterroriza, sabed quién lo ha realizado y no andéis ya estupefactos. Advierte cómo cuando se refugia en Dios y afirma ser Dios quien todo lo ha hecho, constantemente luego sin temor alguno los punza. Por esto en el discurso anterior les decía: *Varón acreditado ante vosotros por Dios.* Y de continuo les recuerda esto, para que quede manifiesto el milagro y se confirme la Resurrección. Pero aquí añadió algo más, puesto que no llama ya a Cristo el Nazareno, sino ¿cómo? Les dice: *El Dios de nuestros padres glorificó a su Hijo Jesús.*

Mira cuán ajeno se halla a la ostentación. No acusó. Tampoco les dijo: Ahora, pues, creed: mirad a ese hombre que durante cuarenta años estuvo cojo, cómo ha sanado en el nombre de Jesucristo. No les habló así, pues los habría vuelto más querellosos aún. Lo que hace es alabarlos de paso por mostrarse admirados del milagro. Y nuevamente hace referencia al ancestro. Tampoco les dice: Jesús lo curó, aunque ciertamente Jesús lo había curado; con el objeto de que no dijieran: Pero ¿cómo es eso razonable, pues glorifica a un prevaricador?

Para lo mismo les trae a la memoria el juicio ante Pilato, declarándoles con esto, si quieren poner atención, que Cristo no fue un prevaricador, pues si lo hubiera sido, Pilato no habría querido librarlo. Tampoco les dice: Queriendo Pilato; sino: *Puesto a juicio*.

Claramente les dice: Vosotros pedisteis libertad al que daba muerte a otros y en cambio rechazasteis al que a los muertos vuelve a la vida. Y para que no le dijeran: ¿Cómo es entonces que glorificas ahora al que entonces para nada auxiliaste, trae el testimonio de los profetas que dicen que así tenía que suceder. Mas, para que no pensaran que semejante providencia de parte de Dios los excusaba a ellos, se adelanta a punzarlos. Pues no era cosa leve que ellos negaran a Jesús cuando Pilato quería dejarlo libre. Y que no podían negar que lo habían hecho, se lo demostraba el ladrón que en lugar de Jesús habían pedido. De manera que también esto fue obra de gran providencia.

También declara la impudencia petulante de ellos, puesto que un hombre gentil y que por primera vez veía a Jesús quiso librarlo, aun cuando no había oído de él grandes maravillas; mientras que ellos, que habían vivido entre milagros, habían procedido todo al contrario. Y que Pilato sentenciara que se le debía dejar ir libre y que esto no lo hiciera por favoritismo, oye cómo lo declara Pilato en otra parte. Les dice: *Tenéis costumbre de dar libertad a alguno. ¿Queréis, pues, que os deje libre a éste? Pero vosotros negasteis al Santo y al Justo.* No dice lo entregasteis, sino continuamente: *lo negasteis.* Con toda razón, pues ellos clamaban: *No tenemos más rey que el César*⁵,

Y no les dice: Rechazasteis a quien era inocente; ni tampoco les dice: Lo negasteis, sino le disteis muerte. Cuando ellos andaban más ciegos, nada de eso les dijo; pero cuando sus ánimos estaban ya más conmovidos, los punza con mayor acritud, porque ya podían apreciarlo. Lo mismo hacemos nosotros con los ebrios, pues por de pronto nada les decimos; pero una vez pasada la embriaguez y cuando ya están despiertos, entonces los reprendemos. Igualmente procedió Pedro. Cuando ya podían entenderle, suelta su lengua y les enumera sus crímenes: que entregaron al que Dios había glorificado, que negaron en presencia de Pilato al mismo a quien éste absolvio; que lo pospusieron a un ladrón.

Advierte cómo habla Pedro cultamente del poder de Jesús, quien se resucitó a Sí mismo, como ya lo había él declarado en su discurso anterior diciendo: *Por cuanto era imposible que la muerte lo señoarea*. Y ahora les dice: *Matasteis al autor de la vida.* El no recibió de

otro la vida. Pues así como quien auspicia la perversidad él mismo la engendra; así como es causa del homicidio el que primero cometió el homicidio, así es Autor de la vida el que la tiene en Sí mismo.

Les dice: *Al cual Dios resucitó. Y por la fe de su Nombre, a éste que veis y conocéis, este Nombre lo ha curado. Esta fe que por El es operante, le ha dado íntegra la salud.* Ahora bien, si la fe en El es la que todo lo ha hecho, pues esperó en El, ¿por qué Pedro no dijo: Por efecto de este Nombre, sino: *En el nombre?* Porque aún no se atrevían los Apóstoles a decir: La fe en El lo curó. Mas Pedro, para que no resultara un tanto humillante la fórmula: *que por El es operante*, añadió: *Y su Nombre lo ha curado.* Lo dijo, pero en seguida continuó: *Esta fe que por El es operante le ha dado íntegra la salud.* ¿Adviertes cómo lo otro que dijo fue atemperándose a los oyentes? Cristo realmente a nadie necesitó para resucitar, ya que su Nombre dio la salud al cojo, que en nada se diferenciaba de un muerto.

Observa cómo continuamente se refiere al testimonio de ellos mismos y lo alega. Antes dijo: *Como bien sabéis. Y: en medio de vosotros.* Y luego: *Al cual estáis viendo y conocéis. Y: en presencia de todos vosotros.* Ignoraban ellos que en el Nombre de Jesús había sanado el cojo. Y los autores del hecho aseguraban que el cojo había sanado no por poder que ellos tuvieran, sino por el poder de Jesucristo. Si no hubiera sido esa la realidad y no hubieran creído firmemente los Apóstoles que de verdad Jesús había resucitado, nunca habrían preferido confirmar la gloria de un muerto antes que la propia, sobre todo cuando la turba en ellos tenía fijos sus ojos.

Luego consuela aquellos ánimos aterrorizados con la palabra: *hermanos*, diciendo: *Varones hermanos.* En el discurso anterior nada dijo acerca de sí mismo, sino solamente les habló de Cristo y les decía: *Sepa, pues, toda la casa de Israel.* Ahora añade una admonición. Entonces esperó a que ellos hablaran; ahora sabe él cuánto han trabajado y que ya están más manejables. Todo lo antes dicho tampoco procedía de indignación. Que había pedido la vida de un ladrón; que cuando a Cristo se le juzgó digno de ser absuelto ellos no lo aceptaron; que quisieron darle muerte ¿quién podía ignorarlo? Pedro les deja en sus manos la facultad de negar y la de arrepentirse de los sucesos. Más aún, les prepara una decente defensa diciéndoles: Sabíais que matabais a un inocente, pero tal vez ignorabais que era el Príncipe de la vida. De manera que no sólo los libra a ellos del crimen, sino también a los ejecutores de él. Por lo demás, si hubiera

convertido su discurso en una acusación, los habría vuelto más querellosos aún. Porque todo aquel que ha cometido algún grave crimen, al intentar defenderse más se exalta.

Tampoco insiste ni les dice: Crucifasteis, matasteis, sino hicisteis, encaminándolos de este modo al perdón. Como si dijera: Si aquellos procedieron por ignorancia, mucho más éstos. Si a aquéllos se les perdona, mucho más a éstos. Pero lo que es admirable, tanto en el otro discurso como en éste, es que tras de decir: *Conforme al plan prefijado y previsto y: Anunció de antemano a todos, a Cristo, no traiga ningún testimonio*. Cada testimonio anuncia juntamente los crímenes y los castigos. Así dice: *Se le asignó sepultura entre los impíos, y en su muerte está con el rico*⁶. Y también: *A cuanto tenía anunciado de antemano por boca de todos los profetas, que su Mesías debía padecer, así le dio cumplimiento*. Declara aquí un gran Consejo de Dios, puesto que todos los profetas lo anunciaban, no sólo uno. Y ciertamente no porque todo se hiciera por ignorancia, ya por eso no era sin la voluntad de Dios.

Mira cuán grande es la sabiduría divina, pues se aprovecha de la perversidad de los hombres para llevar a cabo lo que debe hacerse. *Le dio cumplimiento*, dice. Es para que no crean que faltó algo. Declara de este modo que todo cuanto tenía que padecer Cristo se cumplió enteramente. Pero no penséis que, pues esto lo anunciaron los profetas y vosotros procedisteis por ignorancia, ya os basta para defensa. Aunque Pedro no lo dijo así sino con mayor suavidad. Arrepentíos, pues. *¿Para qué? Para que sean borrados vuestros pecados*. No únicamente los que se cometieron en la crucifixión, pues quizás se cometieron por verdadera ignorancia*, sino también cualesquiera otros pecados personales vuestros.

Para que os lleguen los días de la consolación. Habla aquí valederamente de la Resurrección. Porque aquellos son días de verdadero descanso, que Pablo buscaba al decir: *Los que estamos en esta tienda de campaña, gemimos agobiados*⁷. Y demostrando ser Cristo el autor de semejantes días de descanso, dice: *Y envíe aquel Jesucristo que se os anunció de antemano*. Y no dice: para que sea borrado vuestro pecado, esto no añadió de dónde sería enviado, sino que añadió: *al cual es menester que el cielo lo retenga*. ¡Así, lo retenga! Mas ¿por qué no dijo: Al cual recibió el cielo? Habla como de tiempos pasados y antiguos: así fue dispuesto, así fue determinado. Pero nada dice acerca de su existencia eterna, sino que continúa hablando de la eco-

nomía de la Encarnación. *Moisés dijo a nuestros padres: El Señor Dios nuestro os suscitará de entre vuestros hermanos un Profeta.* Y habiendo dicho antes: *Hasta que llegue la hora de la restauración universal que Dios anunció por boca de sus santos profetas desde remontísimos tiempos*, finalmente introduce a Cristo. Pues si ese profeta predijo muchas cosas y es necesario prestarle oídos, no se equivocará quien diga que los profetas hablaban de estas cosas.

Por otra parte, quiere poner en claro que los profetas predijeron todos lo mismo. Si alguno con cuidado los examina encontrará que profetizaron las mismas cosas, aunque oscuramente, de manera que no se dice novedad alguna. *Anunció*, dice. Por aquí atemoriza también como si faltaran por venir muchas otras cosas. Mas ¿por qué dijo: *Cumplió lo que era necesario que padeciera el Cristo?* Dice: *Cumplió El*; pero no que ya está todo cumplido. Declara pues que El padeció todo cuanto convenía que padeciera; pero que aún no se cumple todo lo que está por venir. *El Señor Dios nuestro os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta igual a Mí.* Les dice esto porque sobre todo les conciliaba los ánimos.

¿Observas cómo va mezclando lo sublime con lo humilde? Porque humilde y bajo es que sea igual a Moisés el que ha de subir a los cielos; aunque para los oyentes ya eso era cosa grande. Pero no hay igualdad con Moisés en lo que sigue: *Y todo el que no lo atendiera será exterminado de mi pueblo.* Y dijo otras muchas cosas que demuestran no ser un profeta igual a Moisés. De modo que, en conclusión, Pedro presentó aquí un muy notable testimonio. Y dice: Dios lo suscitará de entre vuestros hermanos. De manera que Moisés a su vez amenazó también a quienes no obedecieron. Todo esto está sobreentendido.

Y todos los profetas desde Samuel. No quiso enumerarlos a todos para no alargar su discurso, sino que, tras de traer oportunamente el testimonio de Moisés, dejóles a ellos lo demás. Luego dice: *Vosotros sois los hijos de los profetas y de la Alianza que concertó Dios.* Dice: *Hijos de la Alianza*, es decir herederos. Para que no creyeran que esto se lo debían a Pedro, les declara que desde antiguo les era debido, con el fin de que mejor creyeran que esto agradaba a Dios.

Para vosotros primero suscitó Dios a su siervo, enviado. No dijo sencillamente: Para vosotros envió Dios a su Hijo, sino aun después de resucitado. Más aún después de crucificado. Y para que no pensaran que semejante don era del Hijo y no del Padre, añadió: *Para*

traeros la bendición. Pues si Cristo es vuestro hermano y os bendice, se trata de una promesa. O sea que tan lejos está e que no la conseguireís con los demás, que aun debéis querer ser consejeros y jefes para los otros. En conclusión: no os tengáis como rechazados y repudiados.

Para que se convierta cada uno de vosotros de sus pecados. Tal será pues la bendición y no algo simple y de poco valor. Pero en fin ¿cuál es esta bendición? Será muy grande. Porque no basta con que se convierta cada cual de sus iniquidades, para que ya queden perdonadas. Ahora bien, si Cristo no es capaz de perdonarlas, ¿cómo trae la bendición? El que ha obrado injustamente no es al punto bendecido, sino que primero recibe el perdón de sus pecados. Lo otro: *Igual a mí* no puede en absoluto aceptarse si no se entiende en el orden legislativo. A *El escucharéis*, dice. Pero no así como quiera, sino que: *Todo aquel que no le atendiere será exterminado de mi pueblo.*

Una vez que los demostró pecadores y les concedió el perdón, les hizo ver que eso mismo lo había dicho ya Moisés. Pero ¿cómo se junta esto con lo que sigue? *Hasta que llegue la hora de la restauración universal;* ¿y al mismo tiempo decirles que Moisés ya había dicho de antemano que obedecieran a todo lo que Cristo les diría; y no lo dijo sencillamente, sino añadiendo una tremenda amenaza? Pues bien, hay una estrecha conexión. Puesto que aun por este motivo conviene obedecer a Cristo.

¿Qué significa: *Hijos de los profetas y de la Alianza?* Quiere decir herederos, sucesores. Como si les dijera: Pues sois hijos ¿cómo es que en vuestras casas os portáis como si fueran ajenas? Habéis hecho cosas dignas de que se os acuse; pero podéis alcanzar el perdón. Y razonablemente añade luego: *Para vosotros envió Dios a su Hijo, para traeros bendición.* No dice para salvaros, sino lo que es más: *para traeros bendición.* Declara con esto que el crucificado bendeciría a quienes lo crucificaron.

Imitemos a este Señor. Echemos de nosotros el ánimo sanguinario y el odio. No basta con no vengarse. Eso ya se practicada en la Ley Antigua. Ayudemos cuanto podamos a quienes nos han dañado. Como si se tratara de auténticos hermanos o de nosotros mismos. Somos imitadores, somos discípulos de Aquel que después de ser crucificado, se interesó totalmente en favor de quienes lo crucificaron y les envió apóstoles. Por otra parte, nosotros de ordinario padecemos justamente, mientras que el padeció no sólo injustamente, sino en forma

impía, pues que aquéllos crucificaron al bienhechor que en nada los había dañado.

Y ¿por qué motivo? ¿Por cuestión de honra? El los honraba. ¿Cómo los honraba? Oyelo: *En la cátedra de Moisés se asentaron los escribas y fariseos. Haced pues todo lo que os dijeron, pero no hagáis conforme a sus obras*⁸. Y en otra parte: *Anda, preséntale al sacerdote*⁹. Y pudiendo acabar con los que lo crucificaban, los guardada. ¡Imitemoslo, y que nadie sea enemigo de alguno ni adversario, sino únicamente del demonio! Y no ayuda poco para esto el no jurar, el no irritarse. Si no nos irritamos tampoco tendremos enemigos. Quítale al hombre sus juramentos y le habrás cortado a la ira sus alas y aun la habréis extinguido totalmente. Porque la ira y el juramento se parecen a los vientos. Quítale a la ira sus velas y échelas abajo. Si falta el viento quedan inútiles las velas¹⁰. Si no juramos, si no damos voces, quitamos a la ira sus nervios y fuerza. Si no lo creéis, haced la prueba y veréis que así es la realidad. Pon al iracundo la ley de no injuriar y no necesitarás hablarle de la mansedumbre. Así todo irá bien: ni juraréis ni para nada juraréis.

¿Ignoráis acaso a cuántos absurdos os arrojáis? Es necesario que os atéis y pongáis todos los medios a fin de librados de semejante enfermedad, como de un peligro inevitable o poco menos. Si no lo podéis conseguir, viviréis entre dolores, riñas, execraciones. Y todo será en vano. Por consiguiente, en tus contratos amenaza, ordena, pero no jures. Si lo quieres está en tu mano deshacer lo dicho y lo hecho. Por ahora se hace necesario hablaros así con mayor mansedumbre. Y pues ya soportáis el oírme, gran parte del negocio está conseguido.

Veamos por qué se introdujo el juramento y fue admitido. Paguemos la obediencia de vuestra obediencia refiriendo cómo tuvo su inicio y cuándo y por quiénes. Porque es necesario que quien con rectitud procede, sepa razonar lo que hace. Quien no sabe razonar tampoco es digno de oír. Celebró en otro tiempo el patriarca Abraham muchos pactos e inmoló víctimas y ofreció sacrificios, y sin embargo aún no existía el juramento. Entonces ¿cómo nació? Fue cuando crecieron las maldades y todo se desordenó y los pueblos se entregaron a la idolatría. Pues bien, entonces, sí, entonces, cuando los pueblos totalmente perdieron la mutua confianza, pusieron a Dios por testigo en sus contratos, como dando con esto un fiador fidedigno de lo que decían. Porque el juramento es una fianza que se da a causa de la

desconfianza que entra cuando se mete la corrupción de las costumbres.

De modo que este es el primer crimen del que jura: hacer que no se le crea sin un fiador, y un fiador altísimo. Los demás hombres no le tienen a él ni le dan crédito. Y por eso le exigen un fiador que no sea hombre, sino Dios. El mismo crimen comete, en segundo lugar, el que recibe el juramento, si exige a Dios por testigo y lo pone como fianza y afirma que no dejará la cosa si el otro no acepta jurar. ¡Oh necesidad! ¡oh suma injuria a Dios! Siendo tú como eres tierra y ceniza, gusano y humo, ¿te atreves a traer a Dios como fianza y obligas al otro a que la reciba?

Dime: si peleando entre sí tus esclavos y mutuamente desconfiando entre sí, uno de ellos se empeñara en no ceder si no se presentaba el señor de ellos como fiador, ¿acaso no lo castigarías con infinitos azotes, con el objeto de que aprendiera que lo conveniente es no echar mano del dueño de ambos pleiteantes para semejante cosa, sino para otras? Pero ¿para qué hablo de un consiervo así? Si el pleiteante eligiera por fiador a un hombre muy venerable, ¿acaso éste no lo tomaría a injuria? Me dirás: Pero si yo no quiero el juramento. Pues tampoco obligues al otro a jurar. Así se acostumbra entre los hombres. Si alguno dice: pongo como fiador a fulano, tú le puedes contestar: ¡yo no lo admito!

Instarás: entonces ¿voy yo a perder lo que he entregado? Yo no digo eso. Solamente me quejo de que hagas ofensa a Dios. En consecuencia quien obliga a otro a jurar tendrá un castigo más inexorable que quien presta el juramento, y lo mismo aquel que jura sin que nadie lo oblige. Y lo que es más grave aún es que cualquiera jura por un óbolo, por una nonada, por una injusticia. Y eso cuando se hace sin perjurio, pues si luego sigue el perjurio, todo se trastorna y quedan culpables así el que prestó el juramento como el que lo recibió. Instarás diciendo que hay cosas que se ignoran, si las prevés no procederás a la ligera; si por negligencia tuya te precipitas, castígate a ti mismo. Mejor es recibir daño por ese camino que no por el otro.

Dime: cuando obligas a alguno a jurar ¿qué es lo que esperas? ¿Que perjure? Eso sería el colmo de la necesidad y el daño recaerá sobre ti. Era preferible que perdieras tu dinero y no el alma del otro. Pero ¿por qué procedes en esa forma para daño tuyo y ofensa de Dios? Semejante alma no es de hombre, sino de fiera. Dirás: yo espero que el otro no perjurará. Entonces créele sin necesidad de

juramento. Instarás: hay muchos que si no se les toma juramento, se atreven al fraude, pero no si se les toma ¡Te engañas a ti mismo! Quien sabe ya robar y causar daño al prójimo, también de ordinario pisoteará el juramento; pero si teme jurar, mucho más temerá proceder injustamente. Es que el otro lo sufre contra su voluntad; pero entonces es digno de perdón.

Pero en fin ¿por qué hablamos de los demás juramentos y dejamos a un lado los que se hacen en la plaza? Podrás tú responderme que se hacen por diez óboles de parte de todos, así juramentos como perjurios. De modo que tú porque Dios no envía de lo alto sus rayos, porque no ves que todo se trastorne, persistes en obligar a Dios? ¿Por qué motivo? Por adquirir unas legumbres, un calzado: ¡Por unos óboles lo traes como testigo! No pensemos que, pues no nos castiga, es que no pecamos. No es esto efecto de nuestra virtud o inocencia, sino de la divina misericordia.

Jura por tu hijo; jura por ti mismo. Di: ¡Sea así, y si no que el verdugo desgarre mis costados! ¿Temes decirlo? Entonces ¿Dios es de menos precio que tu costado y que tu cabeza? Di: ¡Sea así, o yo quede ciego! Pero Cristo en tal forma nos respeta, que nos prohíbe jurar ni por nuestra cabeza; y nosotros en forma tal no respetamos la gloria de Dios, que por todas partes la traemos y llevamos. Ignoráis lo que es Dios y cómo se le ha de invocar. Si hablamos de algún varón esclarecido por su virtud, decimos: ¡Anda, lávate primero la boca y luego hablas de él! Ahora, en cambio, ese Nombre precioso que está sobre todo nombre y es admirable en la tierra entera y por el que, oyéndolo, tiemblan los demonios, sin razón lo traemos y llevamos por doquier.

¡Ah costumbre perversa! Por ella ese Nombre cae en desprecio. Si dentro del templo obligas a alguno a jurar, te quedas luego tan impresionado como si hubieras hecho algo sumamente horrible. Pero ¿por qué este juramento te parece tan horrendo y el de allá afuera no? Es porque de aquél abusamos fácilmente y de este otro no. ¿Acaso no sería conveniente sentir escalofrío de sólo oír nombrar a Dios? Entre los judíos era ese Nombre tan respetable, que se grababa en láminas y nadie era lícito portarlas con esas letras sino únicamente al sacerdote. Pero acá entre nosotros con cuánta facilidad lo traemos y llevamos.

Ahora bien, si el solo nombrar a Dios no les estaba permitido a todos, pregunto: ¿cuán grave audacia, cuán grave locura no será el andarlo poniendo por testigo? Si sería conveniente perder todas las cosas antes que eso ¿cuánto más lo será dejarlas espontáneamente con

buenas voluntades? Mirad que yo ordeno y mando que en absoluto quítese semejantes juramentos en la plaza; y a cuantos no obedezcan, traedlos a mi presencia. Estando aquí presentes todos cuantos están encargados de servir en la casa de oración, les ordeno delante de todos vosotros y los exhorto y les prescribo que a nadie en absoluto le sea lícito jurar en vano; mas aún, en forma alguna.

Por lo tanto, tráiganse a mi presencia a cualesquiera que sean, pues todo eso debe avocarse a nosotros, como si aún fuerais niños pequeños. ¡Pero lejos de vosotros que así suceda! Sería una vergüenza que aún necesitarais ser instruidos en algo. ¿Te atreves acaso a participar de la mesa sagrada no estando iniciado? Y sin embargo, lo que es peor aún, tú, iniciado, te atreves a participar de la mesa sagrada a la que ni aún a todos los sacerdotes les es lícito tocar, y habiendo participado de ella ¿juras? Salido de ahí no te atreverías a tocar la cabeza de un niño; y sin embargo, tras de tocar la mesa sagrada, ¿no te horrorizas ni temes por jurar?

Traed a mi presencia a esa clase de hombres. Yo sentenciaré y haré que ambos, denunciante y denunciado, regresen gozosos. Haced lo que os parezca. ¡La ley que yo pongo es que en adelante en absoluto no se jure! ¿Qué esperanza de salvación nos queda cuando así lo trastornamos todo? ¿Para eso existen los tratados y los documentos escritos, para que tú pongas en peligro tu alma y la sacrifiques? ¿Qué ganancia sacas que iguale a lo que pierdes? ¿Perjuró el otro? Te perdiste a ti mismo y a él. ¿No perjuró? Aún así perdiste por haberlo obligado a quebrantar la ley de no jurar.

Echemos de nuestra alma semejante enfermedad. Por de pronto echémosla del foro, de las tiendas de los mercaderes, de las demás oficinas: de esto se nos seguirá una mayor ganancia. No penséis que os irá bien en los negocios de esta vida traspasando las leyes de Dios. Me dirás que el otro no cree en esto. Porque semejante excusa he oído de algunos: si no lanzo mil juramentos no se me da crédito. Pero tú tienes la culpa, pues tan fácil eres en jurar. Si no fueras así, sino que todos supieran que tú nunca juras, créeme, se te daría crédito aun a la sola insinuación que hicieras, y mayor que a quienes profieren mil juramentos.

Pregunto yo: ¿a quién darías tú más fe; a mí que no juro o a esos que juran? Responderás: Sí, pero tú eres jefe y obispo. Bien, ¿pero si te demuestro que no soy sólo eso? Respóndeme, te ruego, con sinceridad. Si yo con frecuencia y constantemente jurara, ¿me aprovecharía

de algo el ser obispo? ¡De ninguna manera! ¿Adviertes, pues, que no es ese el motivo de que me creas? Pregunto de nuevo: ¿qué ganancia sacas de jurar? Pablo padecía hambres. Pues también tú prefieres vivir hambreado a quebrantar los mandatos divinos. ¿Por qué no te fías de Dios. Harás tu y padecerás todo con tal de no jurar, ¿y El no te recompensará? El que diariamente alimenta a los perjurios y acostumbrados a jurar ¿te entregará al hambre por haberlo obedecido?

Que vean todos que quienes están en esta reunión no juran, y que por aquí se nos conozca y no únicamente por la fe: distingámonos en esto de los helenos y de todos los demás. Tomemos este sello celeste para que en todas partes aparezcamos como rebaño regio. Que se nos conozca por la cara y por la lengua, como sucede con los bárbaros; que por aquí se nos conozca, por aquí, que no somos bárbaros como se conoce que no lo son quienes saben el idioma heleno. Dime: ¿cómo se reconoce a los loros? ¿Acaso no es por que hablan como los hombres? Pues que también a nosotros se nos reconozca, como a los Apóstoles, por la lengua, porque hablamos como los ángeles.

Si alguien dice a otro: ¡jura!, oiga que se le responde: ¡Lo prohíbe Cristo, no juro! Basta esto para introducir en el alma toda virtud. Esto es una puerta para la piedad, un camino que lleva a la virtud, una palestra. Guardemos esta ley para conseguir los bienes presentes y futuros por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sean al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Dan II, 30.
2. Gén. XL, 8.
3. I Sam. XVII, 34.
4. Gén. XLV, 5.
5. Juan XIX, 15.
6. Isaías LIII, 9.
- * Santo Tomás de Aquino aclara que fue *con ignorancia*, mas no *por ignorancia* (S. A.)
7. II Cor. V, 4.
8. Mat. XXIII, 2-3.
9. Mat. VIII, 4.
10. Hay una entremezcla de imágenes que dejan oscuro el pensamiento, cosa algo frecuente en estas Homilías, como ya lo hacía notar Migne.

HOMILIA X

Mientras aún hablaban al pueblo, se les presentaron los sacerdotes y oficiales del templo.

(Hechos IV, 1)

AÚN NO DESCANSABAN los Apóstoles de las primeras pruebas y ya caían en otras. Observa cómo se desarrolla el asunto. Al principio a todos los recibieron con burlas, que no fue prueba pequeña. Luego cayeron en peligro los principales y corifeos de entre ellos. Sin embargo, estas dos pruebas no acontecieron seguidas unas tras otra, ni así tan sencillamente. La segunda les llegó cuando ya por la predicación se habían hecho notables y habían obrado un gran milagro, de manera que con grande confianza entran al certamen permitido por Dios.

Considera cómo precisamente aquellos que habían buscado un traidor que les entregara a Jesús, son los mismos que ahora ponen sus manos en los Apóstoles, y andan crecidos en su furor y en su impudencia, después de la cruz. El pecado, al ser dado a luz, lleva consigo un cierto pudor; pero una vez consumado torna a sus autores más impudentes. ¿Por qué se presentan los magistrados? Pues dice: *Se les presentaron los sacerdotes y oficiales del templo.* Para acusar como crimen público lo que hacían los Apóstoles, y así poder castigarlos, no como crimen privado. Esto lo procuraban siempre.

Indignados de que enseñaran en el templo del pueblo. Les disgustaba no únicamente que enseñaran, sino además el que afirmaran haber resucitado Cristo; ni sólo esto, sino que por virtud de El también nosotros resucitaríamos. Porque dice: *De que enseñaran al pueblo y anunciaran en la persona de Jesús la resurrección de los muertos.* Tan poderosa fue la Resurrección de Cristo, que incluso fue razón de resucitar los demás hombres.

Les echaron mano y los pusieron en prisión hasta el día siguiente, pues ya anochecía. ¡Oh desvergüenza! Todavía les chorreaban las

manos de la sangre de Cristo, y no fueron perezosos, sino que al punto las echaron sobre los Apóstoles para colmarlas con nueva sangre. Quizá también temieron a causa de ver cómo crecía la multitud de los creyentes, y les entró temor; y por tal motivo se presentaron los oficiales del templo.

Pues ya anochecía. Los oficiales procedían así queriendo ablandar a los Apóstoles, y los custodiaban; pero el retardo los volvía más audaces a éstos. Observa quiénes son los encarcelados: los principales de entre los Apóstoles, hechos de esta manera ejemplo para los demás, a fin de que a los otros ni se les busque ni procedan ellos en corporación. *Muchos empero de los que oyeron el discurso creyeron. Y el número de los varones fue como de cinco mil,* Por qué sucedió así? ¿Acaso los veían llenos de honores? ¿No los contemplaban encadenados? Entonces ¿cómo sucedió que creyeran? ¿Adviertes la eficacia clara del discurso de Pedro? Parecía lo propio que la fe de los que habían creído se debilitara, pero no sucedió así. El sermón de Pedro había arrojado la semilla en profundidad y les había penetrado y herido el pensamiento. En cuanto a los oficiales ardían en cólera por ver que no inspiraban temor y que los Apóstoles estimaban en nada los males presentes. Como si éstos se dijeran: pues el crucificado tales prodigios obra y ha sanado a un cojo, no temamos a los oficiales. De manera que esto sucedió por providencia divina. Y de aquí resultó que los creyentes fueran en mayor número que los anteriores.

Los oficiales, temerosos, ataron a los Apóstoles a la vista de los nuevos creyentes, con el objeto de intimidar a éstos. Pero sucedió al contrario de lo que pretendían. Por tal motivo no los interrogan delante del pueblo, sino aparte: no fuera a suceder que por la libertad de los Apóstoles en hablar se aprovecharan los creyentes. *Al día siguiente se congregaron sus príncipes y los ancianos y los escribas en Jerusalén; y Anás el sumo sacerdote y Caifás y Juan y Alejandro y cuantos pertenecían al rango sacerdotal.*

Otra vez juntan congregación y se ponen de acuerdo. Pues además de los otros males, había el de que no guardaban la ley. Y otra vez le dan al negocio la formalidad de un juicio, con el objeto de hacer aparecer como culpables a los Apóstoles mediante un juicio injusto. Y habiéndolos llamado a su presencia, les preguntaron: *¿Con qué poderes o en nombre de quién hicisteis esto vosotros?* Ya lo sabían, pues dice Lucas: *Indignados de que enseñaran acerca de la Resurrección de Jesús.* Precisamente por este motivo los habían apresado. Entonces

¿por qué les preguntan? Esperaban que los Apóstoles, temerosos de la multitud, negaran el hecho; y que por semejante camino ellos acabarían con todo.

Considera lo que dicen: *¿En nombre de quién habéis hecho esto?* Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo. Acuérdate ahora de las palabras de Cristo y mira cómo se realiza lo que había predicho: *Cuando os conduzcan ante el tribunal de la sinagoga no os inquietéis por el modo y razones con que habéis de hablar. El Espíritu Santo de vuestro Padre es el que habla en vosotros*¹. De manera que los Apóstoles habían recibido una gran eficacia. Oye lo que Pedro dice: *Jefes del pueblo y ancianos de Israel*. Advierte la prudencia y cómo, lleno de confianza, nada injurioso les dice, sino que honorablemente los llama: *Jefes del pueblo y ancianos de Israel. Puesto que hoy nosotros somos interrogados judicialmente acerca de la curación de un hombre enfermo, y en virtud de quién ha sido hecho sano, quede patente a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel*. Valientemente los punza ya desde el comienzo y noblemente los reprende. Más aún, les recuerda a los antepasados, y les advierte que los han traído a juicio por un beneficio que hicieron. Como si les dijera: Lo conveniente sería que por este hecho se nos coronara y se nos proclamara bienhechores. Ahora, en cambio, se nos trae al tribunal por el hecho de haber obrado un beneficio en favor del hombre enfermo que no es ni poderoso ni noble. ¿Quién podía pensar en envidiarnos por esto?

Exordio es este lleno de solemne gravedad. Por él se demuestra que los jueces a sí mismos se rodean de males. *Que es en nombre de Jesucristo Nazareno*. Pone aquí Pedro lo que sobre todo tristecía a los jueces. Realizaba lo que les había dicho Cristo: *Lo que oís a solas, pregonadlo en las terrazas*². *En el nombre de Jesucristo Nazareno a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos. En virtud de este nombre tenéis ante vosotros sano a este hombre*. Como si les dijera: No penséis que nosotros ocultamos ni la patria, ni la Pasión de Cristo ni su Resurrección. *El es la piedra desechara por vosotros los constructores, que ha venido a ser la clave del arco*. Les trae a la memoria unas palabras que podían infundirles temor. Porque Cristo dijo: *El que se estrella contra esa piedra será triturado. Y aquel sobre quien ella cayere quedará pulverizado*³. Y no hay en otro alguna salvación. ¿Qué heridas piensas que recibieron los jueces con estas palabras? *En efecto, no hay otro nombre dado a los hombres sobre la tierra, en el cual hayamos de ser salvos*. Aquí

Pedro se eleva a lo sublime. Cuando no hay algo preclaro que hacer, sino hablar con absoluta libertad, no lo omite, pues no teme ser golpeado.

Y no dijo sencillamente por otro, sino: *Por ningún otro hay salvación*. Declara así que este nombre nos puede salvar; y lo hace para infundirles terror. *Al ver la audaz franqueza de Pedro y de Juan, habiendo ido averiguando que eran hombres sin instrucción y plebeyos, quedaron maravillados. Y reconocían que eran de los que habían estado con Jesús*. Preguntará alguno: ¿cómo siendo ellos hombres sin instrucción vencieron con su elocuencia a los jueces y a los sumos sacerdotes? Es que no hablaban ellos, sino la Gracia del Espíritu Santo por boca de ellos. *Y viendo que estaba con ellos el hombre que había sido curado, nada podían replicar*. Constancia notable de este hombre, que no los abandonó ni ante el tribunal; de modo que si ellos alegaban no haberse verificado el milagro, podía él redargüirlos.

Les ordenaron, pues, salir del tribunal, y discutían ente sí diciendo: *¿Qué haremos con estos hombres?* ¿Adviertes cuán inciertos están? ¿Ves cómo en todo va obrando el humano temor? Así como anteriormente no podían ellos negar ni oscurecer lo que Cristo había hecho, sino que la fe más y más crecía cuanto más ellos se esforzaban en contra, así sucede ahora. *¿Qué haremos?* ¡Oh necios, puesto que pensaban que apenas comenzando el certamen llenarían de terror a los Apóstoles; o que si al principio no lo lograban, al menos, después de aquella franqueza de Pedro, ellos algo conseguirían! De modo que cuanto más trataban de impedir la fe, tanto más ella se acrecentaba.

Pues ciertamente es manifiesto a todos los habitantes de Jerusalén que por medio de ellos se ha obrado un milagro notorio. No podemos negarlo. Pero a fin de que no se divulgue entre el pueblo, intimémosles severamente que no hablen en adelante a nadie de este Nombre. Y habiéndolos llamado les ordenaron que en absoluto ni se expresaran ni enseñaran en el nombre de Jesús. Advierte la impudencia de ellos y la sabiduría de los Apóstoles. Pues Pedro y Juan respondiendo les dijeron: *Discernid vosotros mismos si es razonable ante Dios atenderos a vosotros antes que a Dios. No nos es posible, en efecto, dejar de decir lo que sabemos y lo que hemos oído. Entonces ellos, habiendo insistido en sus amenazas, los dejaron libres, pues no hallaban la manera de castigarlos a causa del pueblo.*

A ellos los milagros les cerraban la boca; y ellos no querían permitirles a los Apóstoles hablar; y por de pronto en forma excesiva-

mente injuriosa les impedían seguir predicando. *Pues todos glorificaban a Dios por lo sucedido, ya que pasaba de los cuarenta años el hombre en quien se había realizado el milagro de la curación.* Pero ¡eh! volvamos sobre lo que acabamos de decir: *¿Qué haremos con estos hombres?* Desde luego en todo proceden buscando la gloria humana. Pero ahora tenían además otro propósito, que era el de no parecer sanguinarios. Por esto más tarde dijeron a los Apóstoles: *¿Queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de este hombre?*⁴.

Intimémosles severamente que no hablen en adelante a nadie en este Nombre. ¡Oh necesidad! Persuadidos de que Cristo había resucitado y teniendo con esto un argumento de ser El Dios, sin embargo esperaban ahora poder con sus estratagemas detener la obra de Aquel a quien no pudo detener la muerte. ¿Qué hay que a semejante locura se iguale? No te admires de que intenten de nuevo lo que antes no pudieron llevar a cabo. Así es la perversidad: a nada atiende y en todo anda turbada. Molestan por lo sucedido, se hallaban en tal disposición de ánimo como si hubieran sido engañados: cosa que suele suceder a quienes han sido derrotados y burlados.

Porque los Apóstoles en todas partes decían que Dios había resucitado a Cristo y que el cojo había recobrado la salud en nombre de Cristo, demostrando que realmente Jesús había resucitado. Por lo demás, los mismos del tribunal creían en la resurrección, aunque fríamente y a lo niño; pero, en fin, creían. Pero en la Resurrección de Jesús no creen y se alborotan y entre sí consultan qué harán. ¿Acaso no era suficiente para persuadirlos a que nada hicieran a los Apóstoles la franqueza misma de éstos en hablar? Yo pregunto: ¿Por qué no crees, oh judío? Pues lo conveniente era fijarse en el milagro y en lo que los Apóstoles decían y no en la perversidad de muchos. Y ¿por qué no los entregaron a los romanos? Porque ya tenían mala fama ante ellos, después de lo que le habían hecho a Cristo. De modo que a sí mismos se dañaban al procurar que se retardara la denuncia oficial. No procedieron así respecto de Cristo, sino que habiéndolo aprehendido hacia la medianoche, al punto lo entregaron a los romanos y no lo retardaron, temerosos en gran manera de la multitud.

En cambio, acerca de los Apóstoles no se sentían con entera confianza. No los llevaron a Pilato por vergüenza de los sucesos pasados y para que no fueran reprendidos a causa de ellos. *Al día siguiente se congregaron sus jefes y los ancianos y los escribas en Jerusalén.* Otra vez se reúne el concejo en Jerusalén, y allí se derrama sangre; y no respetaron la ciudad. Dice: *Anás y Caifás.* Pedro no había soportado

ni siquiera a la criada de Caifás, cuando ésta le preguntaba; y bajo Caifás, había negado a Cristo mientras Cristo estaba prisionero. Pero ahora se presenta en medio de ellos y advierte lo que les dice: *Puesto que nosotros somos interrogados en juicio acerca de la curación de este hombre enfermo y en virtud de quién ha recobrado la salud, quede patente a todos vosotros.*

Pero, oh Pedro: si ellos preguntan en nombre de quién habéis hecho esto ¿por qué no lo declaras? ¿por qué lo ocultas? ¿En nombre de quién habéis hecho esto vosotros? Respondió Pedro: Nosotros no lo hemos hecho. Advierte su prudencia. No dice al punto: lo hicimos en nombre de Jesús; sino ¿qué?: *En nombre de Este el que tenéis ante vosotros está curado.* No dice lo hemos sanado nosotros. Y también: *Puesto que somos interrogados en juicio acerca de la curación de este hombre enfermo.* Los punza advirtiéndoles que siempre andan con las mismas acusaciones y reprendiendo los beneficios que se hacen a los demás hombres; y les trae a la memoria los sucesos pasados y que siempre recurren al asesinato; y no sólo eso sino que además recriminan los beneficios. ¿Adviertes el peso que tienen sus palabras?

En tales cosas se ejercitaban y se quedaban impertérritos. Por lo demás, Pedro les hace ver que ellos aun contra su voluntad pregonan a Cristo; y que con juzgar y examinar lo que hacen es ensalzar el dogma de la Resurrección.

A quien vosotros crucificasteis. ¡Válgame el cielo! ¡Qué gran libertad en expresarse! A quien Dios resucitó de entre los muertos. Esto indica una libertad todavía mayor. Pues es como decirles: No creáis que nosotros ocultamos las ignominias. Tan lejos estamos de eso, que incluso libremente las publicamos. Esto les dice Pedro casi como un improperio; y no lo dice a la ligera ni como de paso, sino que en ello hace hincapié. *Esta es la piedra desechara por vosotros los constructores.* Y luego, haciéndoles ver que ellos mismos lo han esclarecido, dice: *Que ha venido a ser clave de arco.* Como quien dice: El que por su naturaleza era de gran precio y en todo aprobado, aquí fue reprobado. ¡Tan gran franqueza para expresarse les había producido el milagro! Considera cómo cuando se trata de enseñar citan muchas profecías; mas cuando han de expresarse con franqueza sólo declaran sus propios pensamientos.

No hay otro Nombre dado a los hombres sobre la tierra, en el cual hayamos de ser salvos. Lo dice porque se ha dado ese Nombre

no para solos, ellos, sino para todos los hombres. Y en esto los pone a ellos mismos como testigos. Preguntan ellos: *¿En nombre de quién hicisteis esto?* Responde Pedro: *En nombre de Cristo.* Además dice: *No hay otro Nombre sobre la tierra.* Así que ¿por qué preguntáis? Pues por todas partes esto es manifiesto. *No hay otro Nombre*, les dice, *sobre la tierra, en el cual hayamos de ser salvos.* Palabras son éstas propias de quien desprecia la vida presente, como lo demuestra su gran franqueza en expresarse. Por aquí se ve también que cuando Pedro habla de Jesús en cuanto hombre, no lo hace por temor, sino atemperándose a sus oyentes. Ahora, en cambio, como ya es tiempo, se eleva en su lenguaje; de manera que también por este otro motivo deja estupefactos a sus oyentes. Es este otro prodigo no inferior al precedente.

Reconocían los judíos que ellos habían andado con Jesús. No sin motivo anotó esto el evangelista, sino para declarar en dónde habían estado antes. Como si dijera: ahí, cuando la Pasión. Porque estaban ellos solos en grupo, cuándo aquéllos los vieron humildes y abatidos. De modo que ahora los llenaba de admiración aquella repentina mudanza. Anteriormente estaban allá Anás y Caifás; y también los Apóstoles les estaban presentes. Por tal motivo ahora los dejaba estupefactos aquella tan grande franqueza en hablar; pues no sólo en sus palabras demostraban que para nada se cuidaban de estar siendo juzgados acerca del milagro y de hallarse en extremo peligro, sino que con su postura, su voz, su aspecto y todo su conjunto, daban a conocer ante el pueblo su plena libertad de expresión.

Quizá se admiraban los jueces de ver que aquellos hombres eran ignorantes y plebeyos juntamente. Porque puede alguno ser plebeyo, pero no ignorante; o ignorante, pero no plebeyo. Mas aquí Lucas declara que era, ambas cosas a la vez. Dice: *Habiéndose averiguado.* ¿Por dónde? Por lo que acabamos de decir. Pedro no pronuncia largos discursos; pero por el modo de enunciar el pensamiento y ordenar la frase se muestra confiado. Y habrían procedido contra ellos más acremente si no hubiera estado con ellos el hombre sanado.

Reconocían que habían estado con Jesús. En consecuencia, creían que semejantes cosas las habían aprendido de Jesús; y que precedían a todos como buenos discípulos. Por lo demás, el milagro mismo lanzaba voces no menos claras que las palabras de los Apóstoles; de manera que el milagro sobre todo les cerraba las bocas. Les dice Pedro: *Discernid vosotros mismos si es razonable atenderos a vosotros antes*

que a Dios. Y cuando ya fue menor el miedo (puesto que el amenazarlos equivalía ya a darlos libres), se expresaron con más suavidad: ¡tan lejos se hallaban de la arrogancia!

Como el milagro es manifiesto *no lo podemos negar*, dicen. En consecuencia, si no fuera tan manifiesto lo habrían negado, o sea si no estuviera confirmado por el testimonio de todos, pues todos conocían al sanado. Así es la perseveridad: ¡petulante en su audacia! *Intimémosles severamente*. ¿Qué decís? ¿Esperáis detener la predicación a fuerza de amenazas? Por lo demás, en todo siempre son arduos y difíciles los comienzos. Disteis muerte al Maestro y no detuvisteis la predicación. Y ¿pensáis ahora que con amenazas nos vais a infundir terror para que no prediquemos? Las cadenas no lograron persuadirnos a predicar más flojamente; ¿y ahora vosotros nos lo vais a persuadir? ¿A nosotros, que tenemos en nada vuestras amenazas?

Les dice, pues, Pedro: *Si acaso es razonable ante Dios atenderos a vosotros antes que a Dios*. Ponen aquí Dios en vez de Cristo. ¿Adviertes cómo ahora se ha cumplido lo que decía Cristo: *Mirad que os envío como ovejas entre lobos: no los temáis*?⁵ Y luego confirman la Resurrección con lo que añaden: *Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que vimos y lo que oímos*. Somos, pues, nosotros testigos fidedignos, y vosotros en vano nos amenazáis. Cuando convenía cambiar de procederes en vista del suceso por el cual todo el pueblo glorificaba a Dios, proceden al contrario y amenazan muertes: ¡tan enemigos eran de Dios! Y habiéndoles repetido las amenazas, los dejaron libres.

Por aquí los Apóstoles quedaron más esclarecidos e ilustres. Pues dice Cristo: *Mi poder en la flaqueza se manifiesta a la perfección* (2 Cor XII, 9). Han dado ya su testimonio, preparados para todo. ¿Qué significa: *Nosotros no podemos no decir lo que vimos y lo que oímos*? Como si les dijera: Si es falso, demostradlo; y si verdadero, ¿por qué se nos prohíbe? Esto es sabiduría y prudencia. Y en conclusión, los judíos viven en angustias; los Apóstoles en alegría. Aquéllos en mucha vergüenza, mientras éstos proceden con grande confianza. Aquéllos temen, mientras éstos están llenos de seguridad. Pregunto yo: ¿Quiénes eran los que temían? ¿Los que decían: *Que esto ya no se divulgue*; o los que decían: *No podemos no decir lo que vimos y lo que oímos*? Ciertamente estos últimos poseían mayor gozo, libertad y alegría, mientras los otros andaban con tristeza, vergüenza y miedo, pues temían al pueblo. Los Apóstoles decían cuanto querían; los ju-

dios ni siquiera podían hacer lo que querían. De modo que en realidad ¿quiénes eran los que estaban atados y en peligro? Ciertamente que no eran sobre todo los Apóstoles.

Apegúemonos a la virtud. No usemos de todo lo dicho únicamente para deleite y consuelo. No ¡carísimos! ¡No es esto un teatro ni un espectáculo de cítaristas y de trágicos que tenga como fruto únicamente el deleite; de manera que terminado el día, también se haya acabado el placer! Y aun ojalá fuera solamente ese fruto del placer. El hecho es que del teatro vuelve cada cual llevando consigo a su casa muchas cosas que se han amasado en aquel lodazal. El joven, tomando algo de los cantantes satánicos que puede retener en su memoria, frecuentemente se pone a cantarlos en su casa. El viejo, como más grave y autorizado, no hace eso, pero revuelve en su memoria todo lo que allá escuchó. De manera que salís del teatro sin llevar nada de provecho. Pero ¿cómo no ha de ser esto digno de vergüenza?

Pusimos una ley.. mejor dicho no la pusimos nosotros. ¡Lejos tal cosa! Cristo dice: *A nadie llaméis Maestro sobre la tierra*⁶. Pues bien: Cristo puso la ley de que nadie jure. Pregunto yo: ¿qué ha sucedido con esta ley? Porque no cesaré de hablar sobre esta materia, no sea que, como dice el Apóstol: *Viniendo no perdone*⁷. Pregunto, pues: ¿Acaso cuidasteis de observarla? ¿Fuisteis en esto solícitos y empeñosos? ¿Deberé repetir de nuevo lo mismo? Pues bien, háyase hecho algo o no, yo repetiré lo mismo para que tengáis cuidado de la dicha ley y la observéis más firmemente y exhortéis a otros a lo mismo.

¿Por dónde daremos principio? ¿Queréis que lo hagamos por la Ley Antigua? Vergüenza nos da de que debiendo superar lo que en la Ley Antigua se ordenaba, ni siquiera no observemos. Convendría que no se nos repitiera eso que en la rudeza de los judíos les fue preceptuado, sino las otras leyes más perfectas, como por ejemplo: Despójate de las riquezas; mantente en fortaleza; da tu vida por la predicación; desprecia todo lo terreno; no vivas para la vida presente; haz bien a quien te hace algún daño; si alguno te defrauda, bendícelo; si habla mal de ti, hónralo; se superior a todas las miserias. Esto y cosas parecidas es lo que convenía que yo os dijera. Pero nos vemos obligados a hablarlos de los juramentos.

Sucede aquí como si alguno a otro que ya debería estudiar filosofía lo quita de sus maestros y lo obliga a repasar el alfabeto y a formar las sílabas. Considera qué vergüenza sería para un hombre de espesa

barba y que porta bastón y manto ⁸, tener que acudir a los maestros de primaria con los niños, para aprender lo mismo que éstos estudian. ¿No le causaría esto grandes burlas? Pues mayores las padecemos nosotros. Porque no hay tanta diferencia entre las materias de la primaria y la filosofía cuanta es la que hay entre las leyes de los judíos y las nuestras, que es la que hay entre los ángeles y los hombres.

Te pregunto: si un ángel venido del Cielo te ordenara presentarte aquí y escuchar nuestras palabras para conforme a ellas arreglar tu conducta, ¿acaso no sería cosa de risa y de vergüenza? Pero si el sólo tener que ser enseñado en estas cosas de los judíos es ya ridículo, ¿cuán grave castigo merecerá el ni siquiera atender a ellas? ¿Cuán grande vergüenza? ¿Cómo no ha de ser vergüenza grande el que los cristianos aún anden aprendiendo a no jurar? Pues bien, reprimámonos para no ser objeto de mayor burla.

¡Ea, pues! Hablemos hoy de la Ley Antigua. ¿Qué dice?: *No acostumbres tu boca al juramento, ni te habitúes a nombrar al Santo. Pues así como un criado maltratado a la continua no queda libre de cardenales, así el que jura* ⁹.

Observa la prudencia de este sabio. No dice: no acostumbres tu mente al juramento, sino *tu boca*; porque sabía que esto es negocio de la boca y que fácilmente se corrige. Porque la costumbre va resultando sin previo propósito, como sucede con muchos que cuando entran en los baños públicos, en entrando en la puerta se santiguan. Lo hace su mano aunque nadie se lo ordene, lo hace por costumbre. Y lo mismo al encender una lámpara, la mano, mientras la mente anda en otra cosa, hace la señal de la cruz. Pues bien, del mismo modo la boca no jura por propósito de hacerlo, sino por la costumbre; de manera que todo este negocio está en la lengua. *Ni te habitúes a nombrar al Santo. Pues así como el siervo que es maltratado a la continua no quedará libre de cardenales, así tampoco el que jura.* No prohíbe aquí la sanción añadida al perjurio, sino el juramento. En consecuencia, el juramento es pecado. Y como ese siervo así es el alma: anda repleta de heridas y cardenales. ¿No caes en la cuenta? ¡Mira que es cosa grave!

Pero si quieras, podrías darte cuente, pues Dios te dio ojos capaces para ello. Con esos ojos veía el profeta cuando decía: *Mis llagas son hedor y putridez, debido a mi locura* ¹⁰. Despreciamos a Dios, hicimos odioso su nombre bueno, pisoteamos a Cristo, perdimos la vergüenza, ya nadie pronuncia con honor el nombre de Dios. En

cambio, tú si amas a alguna persona, con sólo su nombre te commueves, mientras que a Dios tan continuamente lo nombras como si se tratara de nada. Invócalo cuando haces beneficios a tu enemigo; invócalo para salvación de tu alma. Entonces El se presenta. Entonces le das contento. Ahora, en cambio, lo irritas. Invócalo como lo invocó el mártir Esteban. ¿Qué decía éste?: *¡Señor! no les tomes en cuenta este pecado*¹¹.

Invócalo como lo invocó la esposa de Elcana, con lágrimas, con llanto, con oraciones. Esto no lo prohíbo. Al contrario, mucho te exhorto a que lo hagas. Invócalo como lo invocó Moisés, orando por los que habían puesto en fuga. Si tú a un varón venerable lo nombras con ligereza, todos lo toman a injuria; pero si en tus palabras traes y llevas a Dios no sólo a la ligera, sino fuera de oportunidad, ¿no lo tienes por nada? ¡De cuán grave castigo eres digno! Yo no prohíbo tener a Dios presente a la continua en el pensamiento: semejante cosa yo la anhelaría y la querría. Pero que esto no sea contra su beneplácito, sino para su honra y alabanza. Grandes bienes nos acarrearía el invocarlo en solas las cosas en que es necesario y en las que conviene.

Pregunto yo: ¿por qué en tiempo de los Apóstoles se realizaban tantos y tan maravillosos milagros; y en cambio no sucede lo mismo en nuestro tiempo, siendo Dios el mismo y el mismo su Nombre santo? Es que las cosas no van ya por los mismos caminos. ¿Por qué? Porque aquéllos, en eso que he dicho invocaban a Dios, pero nosotros no lo invocamos en eso sino en otras cosas. Si juras porque el otro no te cree, dile con firmeza: ¡Créeme! Por lo demás, si quieres de todos modos jurar, jura por ti mismo. Y al deciros esto, no estoy afirmando cosa que sea contraria a la ley de Cristo. ¡Lejos tal cosa! Dice El: *Sea vuestro lenguaje: ¡Sí, sí; no, no!*² Pero yo hablo atemperándome a vosotros, para mejor apartaros de semejante tirana costumbre. ¡Cuántos varones, en lo demás virtuosos, perecieron por causa de esta costumbre!

¿Queréis saber por qué se les permitió a los antiguos el juramento? (Porque el perjurio ni a ellos se les permitió). Porque juraban por los ídolos. ¿Y no os da vergüenza estar aún en aquella ley en que ellos, como débiles vivían? Actualmente, si yo topo con un gentil, no le impongo al punto que no jure, sino que primero lo exhorto a conocer a Cristo. Pero a un fiel que ya conoció a Cristo y oyó su palabra, si lo trato con esa misma blandura, lo mismo que a un hebreo, ¿qué utilidad se sigue o qué ventaja?

Dirás que la costumbre es cosa dura y que no fácilmente puede abandonarse. Pues si tan grande es la tiranía de la costumbre, cambia esa costumbre por otra. Preguntarás ¿cómo puede hacerse? Repetiré ahora lo que muchas veces os he dicho; que haya muchos que enmiendan tus palabras, muchos que las investiguen, muchos que las corrijan. Ninguna vergüenza hay en ser corregidos por otros. La vergüenza es rechazar a quienes nos corrigen y hacerlo con daño de la salvación propia. Si tú te pones al revés los vestidos, consientes que un criado te lo advierta y no te da vergüenza de que te avise de ello, porque gran vergüenza es ponerse así el vestido. Y cuando llevas el alma dañada ¿te avergüenzas de que otro te lo advierta? Soportas bien al criado que cuida de tu ornato en el vestido y en el calzado ¿y no toleras a quien adorna tu alma? Pero ¿cuán grande no sería tal locura?

Que sean tus maestros el criado, el niñito, la esposa, el amigo, el pariente, el vecino. Si una fiera de todos lados acosada no puede escapar, tampoco dejará de cuidarse quién tiene tantos que lo corrijan, que lo guarden, que de todos lados lo puncen. el primer día te molestarás, y aun el segundo y el tercero; pero en adelante ya la cosa será fácil. De modo que pasado el cuarto día ya no habrá tanta dificultad. Si no me creéis, haced la experiencia ¡os ruego! ¡Cuidad, pues, de esto! No es pecado leve ni es leve el castigo. De ambos lados es grande el bien o el mal. ¡Ojalá sea el bien!, por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Luc. XII, 11.
2. Mat. X, 27.
3. Mat. XXI, 44.
4. Hechos V, 28.
5. Mat. V, 16 y 26.
6. Mat. XXIII, 8.
7. II Cor. XIII, 2.
8. Nota el santo los principales distintivos de los filósofos gentiles de su tiempo.
9. Ecle XXIII, 9-11.
10. Salmo XXXVII, 6.
11. Hechos VII, 59.
12. Mat. V, 37.

HOMILIA XI

*Puestos en libertad, vinieron a los suyos y les refirieron
cuanto les habían dicho los Sumos Sacerdotes
y los ancianos
(Hechos IV, 23)*

No LO REFIEREN por vanagloria. ¿Cómo iba a ser eso? Sino porque era un indicio de la gracia de Cristo. Tal es el motivo de que refieran todo cuanto aquellos les dijeron. Y aun cuando pasen en silencio lo que ellos respondieron, sin embargo por aquí los fieles toman mayor confianza. Advierte cómo de nuevo recurren al verdadero auxiliar, a la ayuda verdadera; y de nuevo también lo hacen unánimes y empeñosos, porque no hicieron oración de cualquier manera. *Ellos en cuanto lo oyeron, unánimes levantaron la voz en plegaria a Dios diciendo.* Advierte con cuánta diligencia oran. Cuando rogaban a Dios que les mostrara a uno digno de ocupar el puesto de Apóstol, decían: *Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, pon de manifiesto*¹; porque ahí era necesaria la presciencia. Pero acá, como lo necesario era cerrar la boca de los enemigos, hablan del poder de Dios. Y comienzan así: *¡Señor Dios! ¡Tú que creaste el cielo y la tierra, el mar y cuanto ellos contienen! Tú, por boca de David tu siervo, dijiste: ¿Por qué se han embravecido las naciones, y los pueblos maquinan planes vanos? Presentáronse los reyes de la tierra y se aliaron los príncipes contra el Señor y contra su Cristo*².

Citan la profecía como si exigieran a Dios el cumplimiento de un pacto; y al mismo tiempo se consuelan, pues los enemigos todo lo maquinan en vano. Como si dijeran: lleva eso a su cumplimiento y demuestra que en vano han maquinado. *A la verdad se coaligaron en esta ciudad contra Jesús, tu siervo santo, a quien tú ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel; para hacer todo*

cuanto tu consejo y tu mano predeterminaron que sucediera. Ahora, pues, Señor, mira sus amenazas. ¿Adviertes la prudencia cómo nada malo imprecan para sus enemigos? Mira en particular cómo no refirieron en pormenor y circunstanciadamente las amenazas, y se contentaron con decir que habían amenazado. Es que el autor narra en compendio.

Advierte que no dijeron: destrózalos, abátelos; sino ¿qué?: Y otorga a tus siervos predicar tu palabra con entera libertad. Aprendamos a orar así. ¿En qué grave furor no se encenderá quien se ve en manos de los que se esfuerzan en darle muerte y tales amenazas profieren? ¿De cuán grande odio rebosará? Pero no proceden así los santos. Extiende tu mano para que se obren curaciones, prodigios y milagros por el Nombre de Jesús, tu siervo. Como si dijieran: Si en tu Nombre se realizan esas obras, habrá grande confianza para la predicación. Concluida la plegaria, retembló el lugar en que se hallaban congregados. Y quedaron todos repletos del Espíritu Santo. Con esto se significaba, que habían sido escuchados y que venía una visita divina. Y quedaron repletos del Espíritu Santo. ¿Qué significa: Quedaron todos repletos? Es decir quedaron inflamados con el Espíritu Santo y el don ardía en ellos. Y proclamaban la palabra de Dios con osadía.

La asamblea de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. ¿Ves cómo cooperaban con la Gracia divina poniendo lo que estaba de su parte? Porque por dondequiera puede verse cómo juntamente con la Gracia de Dios ponen ellos lo que les toca, como Pedro que decía: Oro y plata no tento. Y lo que antes dijo Lucas: que todos los fieles tenían un solo corazón y una sola alma. En cuanto dijo que Dios los había escuchado, en seguida refirió sus virtudes. Y pues va a comenzar la narración acerca de Ananías y Safira, pone de esta manera de manifiesto el crimen, comenzando por indicar las virtudes de los demás.

Dime, te ruego: ¿La caridad engendra la pobreza o la pobreza engendra la caridad? Por mi parte creo que la caridad engendra la pobreza, pobreza que hace más firme la caridad. Oye lo que dice: *Todos tenían un solo corazón y una sola alma. Corazón y alma tienen el mismo significado. Y ninguno de ellos llamaba propiedad suya a su hacienda, sino que entre ellos todo era común. Y los Apóstoles acompañaban su testimonio de la Resurrección del Señor con grandes milagros.* Habla como de un encargo obligatorio, como de un oficio de ellos. Quiere decir que testificaban ante todos con grande confianza el Reino.

Y gozaban todos de gran benevolencia. Pues no había entre ellos ningún indigente. Así como en el hogar paterno todos los hijos gozan del mismo honor, así sucedía entre ellos. No era lícito decir que alimentaban a otros, sino que estaban en tal disposición como si nutrían a los suyos. *Y lo admirable era que, dejando todo lo suyo, en tal forma los alimentaban que no parecía que lo hicieran de lo propio sino de lo común.* *Y cuantos poseían campos o casas los vendían y traían el precio de la venta y lo depositaban a los pies de los Apóstoles.* *Y se distribuía a cada uno según sus necesidades.* Grande muestra de honor era que no depositaban el precio en las manos de los Apóstoles, sino a sus pies.

Y José, llamado por los Apóstoles Bernabé, que significaba Hijo de consolación, hizo lo mismo. Yo no creo que fuera el mismo que fue sorteado con Matías; porque aquel se llamaba José Barsabas y después se llamó el Justo; mientras que este otro Barsabas, Hijo de consolación, recibió semejante nombre de parte de los Apóstoles. Pienso que se le pondría tal nombre aludiendo a su virtud, como si fuera idóneo y apropiado para consolar. *Era levita chipriota por nacimiento. Tenía un campo y lo vendió, y trajo el precio de la venta y lo depositó a los pies de los Apóstoles.* Observa cómo en este paso Lucas deja ver que se había abrogado la ley; y también la razón de por qué dice que José, siendo originario de Chipre, sin embargo era levita; pues aun mudada la patria se les llamaba levitas.

Pero repitamos lo dicho anteriormente. Dice, pues: *Puesto en libertad vinieron a los suyos y les refirieron cuanto les habían dicho los sumos Sacerdotes y los ancianos.* Mira lo lejos que están de la ostentación los Apóstoles y cuán moderados son. No van de un lado a otro haciendo los notables ni refieren cómo refutaron a los sacerdotes; ni se envanecen con su narración, sino que van y refieren con sencillez lo que los ancianos les habían dicho. Vemos por aquí que no se expusieron a las tentaciones, sino que únicamente llevaron con fortaleza las pruebas que se les impusieron.

Otro que no hubiera sido ellos, apoyado en la multitud tal vez habría proferido insultos, y les habría dicho infinitas cosas pesadas. No procedieron así estos hombres virtuosos, sino que en todo se portaron con mansedumbre y bondad. *Ellos en cuanto lo oyeron unánimes alzaron la voz en plegaria a Dios.* Clamor nacido del gozo grande y del fervor. Tales son las oraciones eficaces: las que brotan llenas de sabiduría y virtud y son lanzadas por tales personas, por tales

cosas, en tal oportunidad y de tal modo; así como las que no van por aquí son abominables e inmundas.

Advierte cómo no hablan de cosas superflas, sino sólo del poder divino, y tal como Cristo les hablaba a los judíos. *Si yo hablo en el Espíritu de Dios*, dice El. Estos dicen: *Por el Espíritu Santo*. También el Salvador habla en el Espíritu Santo. Oye lo que dicen: *Señor Dios que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se han embravecido las naciones?* Es costumbre de la Escritura hablar de uno como si fueran muchos. Lo que quiere decir es esto: no prevalecieron ellos, sino que tú lo permitiste todo y lo condujiste hasta el fin, pues eres sagaz y sabio y manejas como quieras a los adversarios. Porque los fieles hablan aquí de la sagacidad y sabiduría divina, y declaran que los enemigos se juntaron a concejo, como quienes son, o movidos del odio y con propósitos sanguinarios. Pero ejecutaban así precisamente lo que Tú, Señor, querías: *Lo que tu mano y tu concejo predeterminaron que sucediera*.

¿Qué significa: *tu mano*? Yo pienso que aquí por *mano* se entiende el poder y determinación. Como si dijeran: Basta que Tú lo quieras, pues nadie más tiene poder para predefinir. La expresión: *Lo que tu mano* significa todo lo que Tú ordenaste. Esto es lo que significa. O también que Dios con su mano lo llevó a cabo. Pues así como allá antiguamente maquinan en vano. *Y otorga a tus siervos*, es decir que no lleven aquellos a efecto sus amenazas. Lo decían no porque se negaran a soportar duros padecimientos, sino en favor de la predicación. Porque no dicen: Sácanos del peligro, sino ¿qué?: *Y otorga a tus siervos predicar tu palabra con entera libertad*. Así como llevaste a buen fin aquellas cosas, así lleva también estas otras.

Al que ungiste, dicen. Advierte cómo aun en sus oraciones exaltan la Pasión y todo lo refieren a Cristo, y afirman ser El el motivo de su confianza. ¿Ves cómo todo lo piden para gloria de Dios y nada para gloria propia? Prometen lo que a ellos toca, o sea que no se dejarán aterrorizar, y suplican la confirmación mediante los milagros. Dicen: *Extiende tu mano para que se obren curaciones, prodigios y milagros*. ¡Bellamente! Pues sin éstos, aun cuando se hubieran presentado a los judíos con ingente presteza, lo habrían hecho en vano. Accedió el Señor a sus peticiones y lo declaró sacudiendo el lugar. Pues dice: *Concluida la plegaria, retembló el lugar en que se hallaban congregados*.

Y que éste fuera el motivo, oye cómo lo declara el profeta: *Mira El a la tierra y la hace temblar*³. Lo hace el Señor para infundir

miedo y darles a ellos mayor confianza tras de las amenazas de los sacerdotes y excitarlos a mayor libertad de hablar. Y como esto era a los principios, y se necesitaba alguna señal exterior para quedar persuadidos, les dio ésa: cosa que en adelante ya nunca sucedió. Por ese camino alcanzaron con sus preces una gran consolación.

Razonablemente piden la gracia de los milagros. Pues no tenían otro medio para demostrar que Cristo había resucitado, sino los milagros. De modo que no buscaban únicamente su firmeza propia sino además el no quedar confundidos y predicar con franqueza. El lugar se conmovió, y a ellos más los fortificó. El sacudimiento de la tierra es a veces señal de la ira divina y a veces señal de la visita del Señor. Aquí fue de ira. En la Pasión del Señor aconteció lo mismo de modo admirable y preternatural, pues toda la tierra se conmovió. Y el mismo Salvador decía: *Habrá entonces hambres y pestes y terremotos en varios lugares*⁴. En nuestro caso aquello era señal de ira contra los adversarios, mientras que a los fieles los colmó el Espíritu Santo.

Advierte cómo después de la oración también los Apóstoles quedan llenos del Espíritu Santo. Pues dice: *Y gozaban todos de gran benevolencia, porque no había entre ellos ningún indigente.* Observa cuán poderosa es la virtud del Espíritu Santo en donde es necesaria. Ella es la causa de los bienes que en seguida se enumeran y recuerdan. Ella empuja a todos al desprecio de las riquezas, pues dice un poco antes: *Ninguno llamaba propiedad suya a su hacienda*; y aquí añade: *No había entre ellos ningún indigente.* Safira y Ananías ponen de manifiesto que tal cosa provenía no únicamente en virtud de los milagros, sino además del propósito de las voluntades. Y daban testimonio de la Resurrección no sólo con palabras, sino además con su virtud. Así dice Pablo: *Mi lenguaje y mi predicación no fueron con discursos persuasivos de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y con virtud*⁵. Y no una virtud cualquiera, sino grande.

Y con razón dice: *Y gozaban todos de gran benevolencia.* Benevolencia, porque no había entre ellos ningún indigente. Es decir que por la prontitud de los donantes nadie estaba necesitado. Los donantes no daban una parte de sus bienes y retenían la otra. O mejor dicho, ni siquiera todo, pues todo era común. Suprimían así la desigualdad y con esto vivían en abundancia grande. Y lo hacían con grandes muestras de honra a los Apóstoles, pues no se atrevían a poner el precio en sus manos. Y no donaban con ostentación, sino que ponían el precio a los pies de los Apóstoles, y los dejaron administrarlo a su talante, y

los hacían señores de lo que donaban. De manera que en adelante tomaban los fieles de ahí no como de lo propio, sino de lo que era común.

Así se lograba que no se ensoberbecieran con vana gloria. Si esto se hiciera ahora, viviríamos con mayor gozo ricos y pobres y no acarrearía esto mayor placer a los pobres que a los ricos. Si os place, amplifiquemos esto con el discurso y nos gozaremos con él al menos, ya que no queréis gozaros con la obra. Claro se ve esto con lo que entonces, sucedió; pues con vender sus bienes no quedaban necesitados los vendedores, mientras que así volvían ricos a los pobres. Pintemos esto mismo con el discurso.

Vendant todos ustedes sus posesiones y traigan acá el precio.. ¡Es amplificación del discurso! ¡No se conturben ni el pobre ni el rico! ¿Qué cantidad de oro piensas que se juntaría? Yo conjeturo (pues con certeza no es posible saberlo) que si todos y todas se despojaran de todos sus dineros, si entregaran los campos, las casas (y no hablaré de los esclavos, pues en nuestro caso no los habría, sino que tal vez a todos se les daba libertad), quizá se reuniría un millón de libras de oro; o quizás dos o tres, o más.

Ahora bien, dime: ¿qué número contiene nuestra ciudad de hombres en su conjunto? ¿Cuántos de esos estimáis que sean cristianos? ¿Estimáis que sean cien mil? ¿Y cuál el número de paganos y judíos? ¿Cuántos miles de monedas de oro se juntarían? ¿Y qué número hay de pobres? Yo no creo que sobrepase el de cincuenta mil. ¿Cuánto se gastaría diariamente para alimentarlos? Yo no creo que fuera tan grande el gasto poniéndoles mesa y alimentos en común. Preguntarás: pero ¿qué haríamos una vez que se hubieran consumido esas riquezas? ¿Crees tú que se consumirían? ¿Acaso el favor de Dios no es mil veces más abundante? ¿No se nos comunicaría ese favor más largamente? ¡Vaya! ¿No habríamos convertido la tierra en cielo? Si ese favor del cielo brilló para tres mil y para cinco mil de manera que nadie se quejó de pobreza, ¿cuánto más no brillaría tratándose de tan numerosa multitud? Y además ¿cuál de los extranjeros no añadiría algo? ⁶.

Voy a demostrarte ahora que las riquezas tal como están distribuidas ahora, se gastan más y son motivo de pobreza. Supongamos una casa en donde viven diez hijos, el marido y la esposa. Y que ella trabaje en lanas y él aporte lo que gana allá fuera. Dime: ¿cómo gastan más: viviendo todos en una misma casa o viviendo dispersos

en muchas? Claro es que dispersos en muchas; puesto que si se separan los diez hijos se necesitarán diez casas, diez mesas, diez sirvientes, y por consecuencia de las entradas también se necesitarían las correspondientes. ¿Qué decir de las casas en donde hay multitud de criados? ¿Acaso no tienen todos una mesa común con el objeto de ahorrar gastos? La división siempre engendra disminución; la concordia y acuerdo, aumento. En los monasterios se vive como vivían antiguamente los fieles. ¿Y qué monje se ha muerto de hambre? ¿Cuál de ellos no ha tenido alimento en abundancia? Y sin embargo en la actualidad los hombres temen ese género de vida más que naufragar en un piélago inmenso. Si hubiéramos experimentado ese modo de vivir, acometeríamos audazmente vivirlo de nuevo.

¿Cuán grande piensas que es esa gracia? Si en aquel entonces, cuando casi no había fieles sino sólo tres mil y cinco mil*; cuando les era contrario el mundo entero; cuando no esperaban consuelo alguno, tan fervorosamente acometieron ese género de vida, ¿cuánto más lo acometerían ahora cuando, por gracia de Dios, por todo el orbe hay creyentes? Y entonces ¿quién se quedaría gentil? ¡Pienso que nadie! ¡en tal forma nos lo habríamos atraído y acercado! Por lo demás, yo confío en que si emprendemos esa manera de vivir, así habrá de suceder por gracia de Dios. Hacedme caso, y poco a poco y por su orden llevaremos adelante este negocio. Y si Dios nos alarga la vida, me parece que se logrará que al fin tomemos semejante modo de vivir.

Por de pronto, sostened firmemente y observad la ley puesta del juramento. El que ya la vaya cumpliendo que denuncie al que la quebrante y acúselo y repréndalo acremente. He señalado el tiempo. Terminado éste, procederá a investigar; y al que encuentre culpable lo separaré y excluiré de la reunión eclesial. ¡Lejos de nosotros el que aquí se encuentre alguno que no la observe! ¡ojalá todos mantengan este pacto espiritual! Así como en la guerra los compañeros de armas y los adversarios se contradistinguen por sus banderas, que así acontezca aquí ahora.

Porque también ahora estamos en guerra. De ese modo distinguiremos bien cuáles son nuestros hermanos. ¡Qué bien tan grande será para nosotros una tal tésera aquí y en el extranjero! ¡Qué excelentes son estas armas contra las maquinaciones del demonio! La boca que no sabe jurar al punto atrae en la oración el favor de Dios y al demonio le causa grave herida. La boca que no sabe jurar tampoco

sabe de injurias. Así como lo haces cuando se incendia tu mansión, así arroja de tu lengua ese fuego; échalo fuera. Concédele a tu lengua un poco de respiro y haz tu llaga menos grave.

Os lo ruego, con el objeto de poder pasar yo a daros otra doctrina, pues mientras este vicio no quede enmendado, no me atrevo a pasar adelante. Corregidlo con toda diligencia. Tomad conciencia de este trabajo, y ya después os daré otras leyes; es decir, no yo, sino Cristo. Plantad en vuestras almas este bien y poco a poco os convertiréis en un paraíso de Dios, mucho más excelente que aquel antiguo. Porque no habrá en nosotros ni serpientes, ni árbol mortífero, ni otra cosa alguna de ese género.

Arraigad profundamente la costumbre de no jurar. Si lo hacéis, aprovechará no sólo a vosotros los aquí presentes sino a toda la tierra; y no sólo a los que ahora viven, sino también a los que luego vendrán. Puesto que una buena costumbre, si entra en una ciudad y todos la conservan, durará por muy largo tiempo, y no habrá tiempo que logre arrancarla. Si aquel que en sábado recogía leña fue lapidado (Núm. XV, 35), quien amontona y junta cosas más graves, y reúne toda una carga de pecados (pues a esto equivale la frecuencia en jurar), ¿qué castigo no sufrirá? ¿qué tormentos no padecerá? Si lográis extirpar los juramentos, alcanzaréis de parte de Dios un grande auxilio.

Si yo te digo: No injuries, al punto me objetas la cólera que te inflama. Si te digo que no envidies, me objetas otro motivo cualquiera. Pero en el caso de los juramentos, nada de eso tienes que objetar. Por esto he comenzado por rogarte lo que es más fácil, puesto que así se procede en todas las artes. Así avanza a cosas más altas quien primero ha aprendido las más fáciles. Y conoceréis cuán fácil sea abstenerse del juramento, cuando con la gracia de Dios se haya logrado y recibáis una nueva ley.

Concededme esta franqueza en hablar delante de los gentiles y de los judíos; y, lo que es primero y ante todo, delante de Dios. ¡Sí! ¡os lo ruego por el amor que os tengo y, como dice Pablo, por los dolores con que os he dado a luz! ¡Hijitos míos!... Pero no añadiré lo que sigue: *A los cuales de nuevo doy a luz*; ni tampoco lo otro: *Hasta que Cristo sea formado en vosotros*⁷. ¡Creedme que no hablaré de otra manera! Ciertamente si ahora mismo alguien pusiera en mi cabeza mil regias coronas consteladas de piedras preciosas, no me alegraría en grado tan alto como me gozo en ver vuestro aprovechamiento. Más aún: no creo que el Emperador en persona tanto se goce, como yo me gozo con vosotros.

¿Qué digo? Si el Emperador regresara tras de haber derrotado a todas las naciones enemigas; y además de la acostumbrada corona, recibiera otras coronas y diademas, símbolos de su triunfo, creo yo que no se alegraría con sus trofeos como yo me gozo con vuestro aprovechamiento, pues doy saltos de placer, como si llevara en mi cabeza millares de coronas. Y con muy justa razón. Pues si con la gracia de Dios lográis la costumbre de no jurar, habréis vencido a infinitos enemigos, mucho más temibles que esos otros del Emperador, pues lucháis contra los demonios perversos, ciertamente no espada en mano, sino con la lengua y con vuestros propósitos.

Porque advertir lo excelente de vuestro comportamiento, si tal cosa lográis. En primer lugar, habréis derrocado una pesada costumbre. En segundo lugar, habréis desarraigado el torcido pensamiento de donde se originan todos los males, como es el de creer que el juramento es algo indiferente y que no daña. En tercer lugar, habréis vencido la cólera. En cuarto lugar, también la avaricia. Porque todo eso se deriva y es fruto de los juramentos. Más aún, por aquí tendréis una ocasión excelente para toda obra buena. Así como los que aprenden las primeras letras, no únicamente aprenden esas letras, sino que mediante ellas quedan enseñados para leer los escritos, así os acontecerá a vosotros.

Ya no os engañará en adelante el pensamiento torcido, ni afirmaréis que se trata de algo indiferente. Ya no hablaréis conforme a la costumbre, sino que permaneceréis firmes para todas las dificultades; de manera que habiendo alcanzado todas las virtudes conforme a la voluntad de Dios, disfrutaréis de los bienes eternos, por gracia y benignidad del Hijo Unigénito, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

1. Hechos I, 24.
2. Salmo XXI, 2.
3. Salmo CIII, 32 y CXIII, 7.
4. Mat. XXIV, 7.
5. Los modernos traducen no virtud, sino poder, eficacia.
6. Este tema ya lo había tocado el santo en otras ocasiones, por ejemplo en la Homilía LXVI sobre San Mateo, etc. Conviene advertir que así como el fuego y caridad del Santo lo empuja a ciertos extremos de rigidez, ante aquel auditorio profundamente pervertido de Constantinopla, así también a veces lo lleva a concepciones utópicas e irrealizables en el conjunto de la masa popular.

* Precisamente por ser pocos les fue posible vivir así. Además, eso fue lo que se puede decir que en vísperas de la toma de Jerusalén, y sólo allí: en ninguna otra parte se hizo el mismo experimento (S.A.).

7. Gálat. IV, 19. Nótese que con mucha frecuencia, paganos y judíos, atraídos por la singular elocuencia del Santo, iban a escucharlo.

HOMILIA XII

*Y José, llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa
Hijo de la consolación, levita, chipriota por nacimiento,
poseía un campo y lo vendió, y trajo el precio
de la venta y lo depositó a los pies de los
Apóstoles
(Hechos IV, 36-37)*

HABIENDO LUCAS de referir la historia de Ananías y Safira, con el objeto de dar a conocer cuán grande fue el pecado en que Ananías incurrió, comienza por mencionar al otro que procedió correctamente. Pues a Ananías, siendo tan grande el número de los que así habían procedido y floreciendo tan grandemente la Gracia y obrándose tantos milagros, nada de todo eso le bastó para enmendarlo; sino que una vez cegado por la avaricia, atrajo sobre sí la ruina. De José, llamado Bernabé, dice Lucas: *Como poseyera un campo, dando a entender que no tenía más haberes, lo vendió y trajo el precio de la venta, y lo depositó a los pies de los Apóstoles.*

Pero un hombre llamado Ananías, de acuerdo con su mujer, vendió su propiedad y se reservó parte del precio, en complicidad con su mujer; y trayendo una parte, la puso a los pies de los Apóstoles. Grave cosa fue que cometieran este pecado de mutuo consentimiento sin saberlo nadie más¹.

¿Por dónde se le ocurrió a este infeliz hacer tal cosa? *Pedro le dijo: Ananías, ¿cómo es que Satanás entró en tu corazón y te impulsó a mentir al Espíritu Santo y a defraudar parte del precio del campo?* Mira aquí verificado un milagro grande y mucho mayor que el antecedente. *Acaso no eras dueño de no venderlo; y si lo vendías, el precio no era perfectamente tuyo?* Como si le dijera: *¿Había acaso alguna necesidad o se te hacía alguna violencia?* *Os arrastramos por*

ventura nosotros a esto contra vuestra voluntad? ¿Por qué, pues, tu corazón se determinó a hacer esto? No has mentido a los hombres sino a Dios. Al oír estas palabras, Ananías cayó en tierra y expiró.

¿Ves por dónde resulta este milagro mayor que el de sanar al cojo? Pedro causa la muerte y conoce lo que hay en el pensamiento y lo que a ocultas se ha hecho. *E invadió un gran temor a cuantos lo oyeron. Entonces se levantaron los más jóvenes, lo amortajaron y lo llevaron a enterrar. Transcurridas como unas tres horas, entró su mujer, que ignoraba lo sucedido. Y Pedro le dijo: ¿Dime si por esa cantidad vendisteis el campo?* Quería Pedro salvar a ésta, pues el marido era quien la había hecho pecar. Tal vez por este motivo le da tiempo para defenderse y hacer penitencia.

Por esto le pregunta: *¿Dime si por esta cantidad vendisteis el campo?* Ella respondió: Sí, por este precio. Y Pedro a ella: *¿Por qué os habéis puesto de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor?* Mira, están a la puerta los que vienen de enterrar a tu marido. Ellos te sacarán también a ti. Y al punto cayó ella a sus pies y expiró. Entraron los jóvenes y la encontraron muerta; y la sacaron y la sepultaron junto a su marido. Y un gran temor se apoderó de toda la Iglesia, y de cuantos oyeron contar estas cosas. Tras de ese temor los Apóstoles hicieron muchos milagros. Oye cómo lo cuenta Lucas. *Las manos de los Apóstoles obraban milagros y muchos prodigios en el pueblo. Y todos acordes se reunían en el pórtico de Salomón. Y de los otros ninguno osaba asociarse a ellos. Y el pueblo los veneraba.* Con toda razón. Y Pedro se había hecho temido castigando y descubriendo los pensamientos de la mente. De modo que más lo seguían así por el milagro hecho como por sus primero, segundo y tercer discursos. Había él hecho el primer milagro y el segundo y este tercero que a mí me parece ser no uno sino dos: descubrir los pensamientos de la mente y dar muerte con sola su palabra.

Iban en aumento los que creían en el Señor, multitudes de hombres y de mujeres; hasta el punto de que sacaban los enfermos a la calle, y los ponían en lechos o en camillas, a fin de que cuando pasaba Pedro, siquiera su sombra tocara a alguno de ellos. No sucedió esto con Cristo. De modo que puede verse realizado en las obras lo que El mismo había dicho: *El que cree en Mí hará las obras que Yo hago y aun las hará mayores que éstas*². Asimismo se congregaba el gentío en las poblaciones vecinas a Jerusalén y traían a los enfermos y a vejados de espíritus inmundos. Y todos quedaban curados.

Considera cómo se va tejiendo la urdimbre de la vida de los Apóstoles de cosas entre sí contrarias. La separación del Señor les causa tristeza; luego tuvieron alegría con la venida del Espíritu Santo; de nuevo tristeza a causa de los burladores; y luego alegría por la multitud de los fieles y por el milagro del cojo; de nuevo, temor de ser encarcelados y luego alegría con la propia defensa. Y otra vez tristeza y alegría: alegría, pues brillaban y gozaban de las comunicaciones divinas; tristezas de que aun a los suyos dieran muerte los adversarios. Alegría por el esplendor; tristeza por causa de los príncipes de los sacerdotes. Meditando podemos advertir esto en dondequiera: lo mismo entre ellos que entre los antiguos. Pero repitamos lo ya dicho.

Dice Lucas: Vendían sus propiedades y traían el precio y lo depositaban a los pies de los Apóstoles. Advierte, carísimo, cómo no dejaban que los Apóstoles vendieran, sino que ellos mismos vendían sus campos y llevaban el precio a los Apóstoles. No procedió así Ananías, sino que sustrajo parte del precio del campo suyo que había vendido, y por esto fue castigado, ya que no obró correctamente, sino que se halló que robaba de lo suyo. Aquí se punza a los sacerdotes, y por cierto con vehemencia. Y pues la esposa era consciente de la sustracción, también a ella se le interroga. Dirá tal vez alguno que se procedió con ella en forma excesivamente dura y amarga. Pero ¿qué dices? Pregunto: ¿cuál acerbadía? Si quien recoge en sábado unos leños es castigado con la muerte, mucho más la merece quien roba las cosas sagradas, pues aquellos dineros ya eran sagrados. Quien quiso vender sus propiedades y dar el precio de limosna, pero luego sustrajo algo del precio, es sin duda sacrílego.

Ahora bien, si así es sacrílego quien sustrae de lo suyo, mucho más lo será quien lo haga con lo ajeno. Ni penséis que pues no se sigue inmediatamente el castigo todo quedará impune. ¿Adviertes cómo se toma a crimen el que habiendo ya hecho sagrados aquellos dineros, se quite algo de ellos? Dirás: pero ¿acaso una vez vendidas las posesiones no podías usar tú el precio como cosa propia? ¿Acaso se te ha prohibido? Considera cómo ya desde los principios el demonio se mezcla entre tan grandes milagros y tan admirables prodigios. Mira en qué forma cegó a Ananías. Algo parecido sucedió también en el Antiguo Testamento, cuando se le encontró a Akán que había sustraído del anatema alguna cosa (Josué VII, 2 y XX, 22). Sabéis bien cuán tremendos castigos se impusieron por semejante pecado. Es porque el robo de las cosas sagradas es un pecado en exceso grave, pues está colmado de desprecio a Dios.

El caso es, pues, como si Pedro dijera a Ananías: Nosotros no te obligamos a vender tus posesiones ni a entregar los dineros logrados con la venta, sino que tú procediste por propia determinación tuya. Entonces, de los dineros ya consagrados ¿por qué robaste algo? Le dice Pedro. *¿Por qué Satanás entró en tu corazón?* Preguntarás: si fue Satanás quien lo hizo, ¿por qué se le imputa a Ananías? Tiene culpa por haber aceptado la tentación del demonio y haberse dejado poseer por él.

Instarás diciendo que lo propio habría sido simplemente corregirlo. Es que no se habría corregido. Pues quien tales milagros había presenciado y no había sacado de ellos provecho alguno, mucho menos podía aprovecharse por otros caminos. De modo que no fue conveniente dejar pasar sin castigo lo sucedido, sino cortar por lo sano aquella podredumbre para que no contaminara a todo el cuerpo. Y de este modo, saca utilidad el pecador mismo a fin de que no crezca en perversidad; aparte de que también los demás se tornan más cuidadosos. De no haber procedido así se habría seguido todo lo contrario. Por esto Pedro lo convence y le demuestra que no se le oculta el pecado, y después lo castiga. Le dice: *¿Por qué has hecho esto? ¿Querías conservar tu posesión?* Lo conveniente era conservarla desde un principio y no consagrirla; pero una vez que la consagraste, cometiste un sacrilegio, que es un pecado más grave. Puesto que quien roba lo ajeno, roba quizá movido de la codicia de lo ajeno; pero tú podías conservar lo que era tuyo. *¿Para qué lo consagraste y en seguida lo robaste?* Lo que hiciste fue un gravísimo desprecio de Dios. Tu crimen no tiene perdón; no hay excusa que valga.

Pero que nadie se vaya a escandalizar de que haya algunos ladrones sacrílegos. Si en aquel tiempo los hubo, mucho más los habrá ahora, cuando abunda la maldad. Reprendámoslos delante de todos para que los demás teman. Sacrilego fue Judas, pero eso no fue estorbo para los discípulos. *¿Observas cuán graves males produce la codicia de dineros? Un gran temor se apoderó de cuantos oyeron contar estas cosas.* De modo que Ananías sufrió el castigo y los demás sacaron el provecho; por lo cual no sin motivo se procedió de aquella manera. Aun cuando anteriormente se habían obrado otros prodigios, pero no se produjo temor semejante. Es pues verdadero lo del salmo: *Se conocerá al Señor cuando haga justicia*². Lo mismo sucedió allá cuando lo del arca, que fue castigado Ozán y otros concibieron temor (II Sam. VI, 7). Sólo que en el caso de Ozán el rey retiró el arca; mientras que acá los fieles sólo quedaron más avisados.

¿Has advertido que Pedro no llamó a Safira, sino que esperó a que la se presentara, ni hubo alguno que se atreviera a comunicar a Safira lo sucedido? Fue por reverencia al maestro; fue por reverencia y honor a los discípulos. *Transcurridas como tres horas.* No lo supo la esposa ni se lo comunicó alguno de los presentes, aunque el tiempo fue suficiente para que el caso se divulgara; pero todos temían. Lucas, admirado de tal cosa, dice: *Sin saber lo sucedido se presentó.* Por aquí puede verse que Pedro conocía las cosas ocultas en el corazón. Si no ¿cómo el que a nadie había preguntado a ti, oh Safira, sí te pregunta? ¿No es claro, como se ve manifiesto, que fue porque conocía y leía los secretos del corazón?

La excesiva ceguedad impidió a Safira confesar su crimen, de manera que respondió con suma audacia. Pensaba hablar con un simple hombre. Pecado grave era el que por mutuo consejo y como por común compromiso, hubieran ambos consentido en aquel crimen. Le dice Pedro: *¿Cómo es que os habéis concertado para poner a prueba al Espíritu Santo? Mira, ya están a la puerta los pies de los que fueron a llevar a tu marido a enterrar. Ellos te sacarán también a ti.* Primero le demuestra que ha pecado y luego le declara que justamente sufrirá el castigo que sufrió su esposo, ya que igual es el pecado de ambos.

Preguntarás: ¿Cómo fue eso de que: *Al punto cayó a los pies de Pedro y expiró?* Pues porque se encontraba allí cerca de él. Tales fueron los caminos por donde ambos esposos se atrajeron el castigo. ¿Quién no se había espantado? ¿Quién no habría reverenciado al Apóstol? ¿Quién no lo habría admirado? *Y todos acordes se reunían en el pórtico de Salomón.* Por aquí se ve que los Apóstoles no pasaban el día en alguna casa, sino que vivían en el templo. Tampoco temían ya quedar legalmente impuros si tocaban las cosas inmundas; sino que sin escrúpulo tocaban los cadáveres. Observa cómo son severos con los suyos, pero no ejercen su potestad sobre los otros.

Iban en aumento —dice— *los que creían en el Señor, multitudes de hombres y de mujeres.* Hasta el punto de que sacaban los enfermos a la calle y los colocaban en lechos y camillas a fin de que cuando pasaba Pedro, siquiera su sombra tocara a alguno de ellos. Gran fe la de estas multitudes, que se acercaban; y aun mayor que la de en tiempo de Cristo. ¿Cómo sucedió esto? Porque Cristo lo había predicho: *El que cree en Mí hará las obras que Yo hago y aun las hará mayores*³. Permaneciendo los Apóstoles en Jerusalén y sin andar de villa, en

villa, les traían en lechos y camillas a todos los enfermos, y los milagros fluían sobre ellos (los creyentes, los sanados, los corregidos) por la franqueza que usaban con ellos, en atención a quienes aún no creían firmemente; pues los sucesos que se desarrollaban no eran solamente milagros.

Aun cuando los Apóstoles modestamente hablando todo lo atribuían a Cristo, sin embargo, también concurrían, en su género, las virtudes de ellos. Observa cómo aquí Lucas no pone el número de los creyentes sino que lo deja a la conjectura del oyente. Así se iba extendiendo la fe entre inmensas multitudes. Por donde acontecía que también la noticia de la Resurrección de Cristo más y más se proclamaba y divulgaba. *Y de los otros ninguno se atrevía a juntarse con ellos, sino que el pueblo los veneraba.* Lo dice Lucas para demostrar que ya no se les despreciaba como anteriormente, y cómo todo se había llevado a cabo en poco tiempo y como quien dice en un instante, y esto por un pescador, hombre del pueblo.

La tierra se había convertido en cielo por la forma de vivir, la libertad de hablar, los milagros y todas las virtudes. Y los fieles, a la manera de ángeles, causaban admiración, pues a ningún vicio se inclinaban ni se dejaban vencer: ni a las risotadas vanas, ni a las amenazas ni al temor de los peligros; y no sólo por este motivo, sino también porque además eran sumamente tratables y mansos y cuidadosos de los demás. Unos les ayudaban con limosnas a otros, otros atendiéndolos en sus necesidades materiales y en la salud corporal.

¿Por qué Satanás se apoderó de tu corazón y lo llenó? Casi parece que Pedro tratara de justificarse antes de castigar a Ananías; pero al mismo tiempo enseña a otros. Porque iba a suceder que sus procederes parecieran en exceso duros, se pone a juicio estricto con Ananías y su esposa. Si Pedro no hubiera aplicado un mismo castigo a estos que igualmente habían pecado, ¿cuán grave desprecio de Dios se habría seguido? Y que ésta fuera la finalidad que tuvo Pedro se ve claro porque no impuso inmediatamente el castigo, sino que primero les puso delante su pecado. Con lo cual nadie hubo que se doliera ni gimiera, sino que todos quedaron aterrorizados. Con razón, pues, iba la fe en aumento entre ellos y se obraban muchos prodigios y había en todos grande temor, porque nunca nos perturban tanto los sucesos de los extraños como los de los domésticos.

Si, pues, a ejemplo de los Apóstoles, permanecemos todos unidos, nadie nos pondrá guerra. Pero si andamos en disensiones, todos nos

acometerán. Ese era el motivo de que ellos se encontraran enteramente confiados y en libertad para hablar, ya en la plaza, ya ante sus enemigos, y que siempre salieran vencedores. Se cumplía aquella sentencia: *Domina en medio de tus enemigos*⁴. Que encarcelados y entre cadenas tales cosas llevaran a cabo señal era de un poder superior. Pero si quienes mintieron tal pena soportaron ¿qué castigo no sufrirán los que perjurian? Más aún, si aquella mujer por el solo hecho de decir: *Sí, en ese precio*, sufrió semejante pena y no escapó de ella, pensad de qué suplicios sois dignos vosotros los que juráis y perjuráis.

Oportuno sería ahora declarar por el Antiguo Testamento la gravedad del perjurio. Dice en cierto lugar: *Era una hoz que volaba, ancha de diez codos*⁵. Ese volar significa lo rapidísimo del castigo que se sigue al juramento; y el que la hoz sea ancha y larga de diez codos significa la grandeza y fuerza de los males que se siguen; y que vuela desde el cielo significa que la sentencia viene dictada por el tribunal celeste; y la figura de la hoz quiere decir el suplicio es inevitable.

Así como la hoz aplicada al cuello no se retrae sobre sí mismo, sino que en cierta manera permanece, aun después de cortada la cabeza tal como se aplicó, así la pena que cae sobre los que juran es tremenda y no termina hasta concluir su obra. Y si a pesar de que juremos evitamos acá el castigo, no nos fiemos. ¿Qué pensáis acerca de los muchos que como Ananías y Safira se han atrevido a los que éstos hicieron y sin embargo no han soportado el mismo castigo? Preguntarás: ¿cómo es eso de que no han soportado el mismo castigo? No ha sido porque se les haya perdonado, sino porque están reservados para un castigo mayor.

En consecuencia, quienes cometen con frecuencia pecados son los que más han de temer, en el caso de no ser castigados, más que si lo fueran, pues con la dilación y paciencia divina se acrecienta el castigo. No nos fijemos en si no somos castigados, sino en si cometemos pecados; y si pecamos y no somos castigados debemos temer aún más. Dime: si tuvieras tú un criado al cual siempre lo amenazaras, pero nunca lo azotaras, ¿cuánto temería más? ¿cuándo huiría y se alejaría? ¿Acaso no cuando únicamente lo amenazaras? Por tal motivo mutuamente nos amonestamos a no usar continuamente las amenazas, no sea que así sobreexcitemos los ánimos y los destrocemos más aún que con los mismos azotes. Por lo demás en ese caso se trata de

un castigo temporal, mientras que acá se trata de un castigo eterno. No te fijes pues en si alguno ahora experimenta el golpe de la hoz, sino mira si hace obras tales como hemos dicho.

Muchos pecados se cometan ahora iguales a los del tiempo del diluvio y sin embargo no viene un diluvio. Se nos amenaza con la gehenna y el castigo, pero únicamente cominando. Muchos cometan los mismos pecados que los sodomitas y no viene la lluvia de fuego; pero ciertamente el río de fuego está preparado. Muchos se han atrevido a lo que se atrevió el Faraón, pero no han padecido lo mismo que padeció el Faraón, ni han sido sumergidos en el Mar Rojo. Pero es porque los espera el piélago abismal en donde el suplico no deja de sentirse jamás, ni puede nadie estrangularse sino se estará consumiendo continuamente con el ardor de aquellas calderas hirvientes y perpetuo morir sin estrangularse.

Muchos han pecado como pecaron los israelitas y no los han devorado las serpientes, porque les espera el gusano aquel que no muere. Muchos han cometido el mismo pecado que Giezi y no han sido heridos con la lepra, porque les espera en lugar de la lepra el ser destrozados y contados entre los hipócritas. Muchos, en fin, han jurado y perjurado; pero si hasta ahora han evitado el castigo, no nos confiemos: les espera el rechinar de dientes. Y aun quizá acá mismo tengan que padecer la pena y no escaparán aun cuando no la padeczan inmediatamente, sino con otros pecados para que la pena sea mayor. También nosotros, tomando ocasión de faltas menores solemos castigar las mayores.

En consecuencia, si algo penoso te sucede, acuérdate de tu pecado. Así les aconteció a los hijos de Jacob. Recordáis a los hermanos de José. Habían vendido a su hermano; habían intentado matarlo y en cuanto estuvo de su parte le dieron muerte; habían engañado a su anciano padre y lo habían contristado; y sin embargo nada malo les había sucedido. Pero pasados ya muchos años, llegaron a peligro de muerte y entonces se acordaron de su pecado. Y en esto yo no hablo por simples conjeturas: oyelos cómo dicen: *¡Sí! ¡hemos pecado contra nuestro hermano!*⁶ Pues tú, del mismo modo, cuando algo penoso te suceda, di: *¡Sí! ¡hemos pecado, pues no escuchamos a Cristo y juramos!* Ahora han caído sobre nuestras cabezas los frecuentes juramentos y perjurios. *¡Confíésalo!* Los hermanos de José lo confesaron y alcanzaron la salvación.

¿Qué importa si el castigo no se sigue inmediatamente al pecado? Tampoco Acab fue castigado al punto tras de lo de Nabot. ¿Por qué

sucede eso? Es que Dios te da un determinado tiempo para que te limpies. Si perseveras en tu pecado, al fin te castigará. ¿Has observado lo que sufrieron los mentirosos? Pues pensad lo que irán a sufrir los perjurios: ¡pensadlo y enmendaos! Quien jura no podrá evitar el perjurio, quiéralo o no. Y basta un perjurio para el castigo y para echar sobre nosotros íntegro el suplicio. Os ruego, en consecuencia, que atendamos a nosotros mismos, para que, habiendo huído del castigo de semejante pecado, logremos la misericordia divina, por gracia y conmiseración del Hijo Unigénito, con el cual sean el Padre, juntamente con el Espíritu Santo, la gloria, el poder y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

1. Se ha discutido mucho en qué consistió propiamente el pecado de Ananías y Safira. A primera vista parece que bien podían disponer libremente de lo que era suyo. Pero unos, como la Biblia de Jerusalén, dicen que consistió “en haber querido engañar a los Apóstoles”; otros, como Solé Romá, afirman que aquellos esposos “con su ficción cometan una burla sacrílega del ideal evangélico”; otros, como el Crisóstomo, deducen el pecado de haber estado ya consagrados aquellos precios al Señor, de manera que disponer de nuevo de ellos equivalía a un robo sacrílego. Pudiera ser que en la brevedad de la narración Lucas omitiera pormenores que nos son desconocidos y que agravaran la mentira.
2. Salmo IX, 17.
3. Juan XIV, 12.
4. Salmo CIX, 2.
5. Zac. V, 2.

INDICE

<i>Advertencia</i>	3
<i>Homilía I</i>	5
<i>Homilía II.</i> Los reunidos le preguntaban: Señor, ¿es éste el momento en que vas a restituir el reino de Israel? (Hechos 1, 6)	22
<i>Homilía III.</i> Entonces los Apóstoles regresaron a Jerusalén, desde el monte llamado de los Olivos, que dista de Jerusalén, el camino de un sábado. (Hechos 1, 12)	34
<i>Homilía IV.</i> Cuando se llegó el día de Pentecostés se hallaban todos reunidos en el mismo lugar. Y se produjo de repente un fragor venido del cielo. (Hechos II, 1-2)	47
<i>Homilía V.</i> Varones judíos, habitantes todos de Jerusalén: Tened bien entendido y prestad atención a mis palabras. (Hechos II, 14)	58
<i>Homilía VI.</i> Varones israelitas, prestad atención a mis palabras. (Hechos II, 22)	68
<i>Homilía VII.</i> Al oír esto se compungieron en su corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué debemos hacer, hermanos? (Hechos II, 37)	78
<i>Homilía VIII.</i> Pedro y Juan subían al templo, a la hora nona, hora de la oración. (Hechos III, 1)	89
<i>Homilía IX.</i> Pedro, al ver el gentío, dijo al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, o por qué fijáis los ojos en nosotros, cual si con nuestro poder o santidad hubiéramos hecho andar a éste? (Hechos III, 12)	97
<i>Homilía X.</i> Mientras aún hablaban al pueblo, se les presentaron los sacerdotes y oficiales del templo. (Hechos IV, 1).	111

<i>Homilía XI.</i> Puestos en libertad, vinieron a los suyos y les refirieron cuanto les habían dicho los sumos Sacerdotes y los ancianos. (Hechos IV , 23).....	123
<i>Homilía XII.</i> Y José, llamado por los Apóstoles Bernabé, que significa Hijo de la consolación, levita, chipriota por nacimiento, poseía un campo y lo vendió, y trajo el precio de la venta y lo depositó a los pies de los Apóstoles. (Hechos IV, 36-37)	133